

# **Y EL SANTUARIO SERÁ PURIFICADO**

**Tony Phillips**



## Tema nº 1

Es un placer estar aquí, en Francia, este fin de semana, habiendo pasado 150 años desde 1844, y pudiendo hoy considerar su importancia para nosotros. Pero antes de dirigir nuestra atención a 1844, quisiera hacer un rápido repaso de la historia humana, desde la caída de Adán.

Fue en el jardín del Edén que Dios hizo la promesa a Adán. Dijo a la serpiente (Gén. 3:15): "Y enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Dios prometió que cierto día vendría el Mesías y destruiría al diablo. Pero mucho antes de que viniese el Mesías, el plan de redención estaba en acción. De hecho, se nos dice que desde el mismo momento en que hubo pecado, hubo un Salvador. Es por eso que Jesús es el Cordero que fue muerto desde el principio del mundo (Apoc. 13:8).

Obsérvese en qué consiste el plan de la salvación. En Mateo 1:21 leemos, "y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados". Y eso operaba ya desde la fundación del mundo. Leed conmigo en Efesios 1. Quisiera que veamos qué es lo que estaba ya funcionando desde la fundación del mundo. Que veamos que el plan de la redención tiene por objeto salvar al hombre de sus pecados, y la promesa de Génesis 3:15 consiste en realidad en que Dios salvaría al hombre de sus pecados. Capítulo 1 de Efesios, comenzando en el versículo 3: "Bendito el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, el cual nos bendijo con toda bendición espiritual

en lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor". Desde la fundación del mundo, Cristo fue el Cordero inmolado, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor.

La promesa en Génesis 3:15 implica más que la historia de la cruz: incluye la respuesta del hombre a la cruz. En Génesis 3:15 hemos leído que él heriría la cabeza de la serpiente. En Hebreos 2:14 leemos que destruirá al diablo mediante su muerte. Pero quisiera que viésemos que el herir la cabeza de la serpiente --la destrucción de la serpiente-- necesita nuestra experiencia. Dios es el poder: el hombre el campo de batalla. Romanos 16:20: "Y el Dios de paz quebrantará presto a Satanás debajo de vuestros pies". El hombre es el campo de batalla, bien que la batalla sea del Señor. "Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará su pueblo de sus [nuestros] pecados" (Mat. 1:21). El adventismo del séptimo día, el pueblo remanente de Dios en los últimos días, será el vehículo en el que Dios triunfará finalmente, y sellará todas las mentes del universo por la eternidad, debido a esa victoria ganada en carne humana.

Pero antes que esa obra pueda ser cumplida, debe ser bien comprendida por el pueblo de Dios. Uno de los desafíos que Dios ha debido enfrentar, es que su pueblo no ha comprendido y aceptado verdaderamente el evangelio en su plenitud: el evangelio, o la promesa, en Génesis 3:15. Adán y Eva comenzaron a comprender la promesa. Esperaron la venida de esa "simiente". Cuando Eva trajo al mundo a su primer hijo, esperó que fuese el Mesías. En lugar de eso,

había engendrado al primer asesino. ¡Qué tremenda desilusión debió tener! En cada generación después de Eva, toda mujer que esperaba la venida del Mesías, se preguntaba anhelante si sería quizá ella quien diese a luz al Mesías. Hacia el tiempo de la generación de Noé, no solamente no había Mesías, sino que el mundo se había vuelto tan malvado que debió ser destruido.

Aparentemente el plan de salvación no estaba teniendo demasiado éxito. Sin embargo, Noé halló gracia a los ojos del Señor, y junto con un exiguo resto que fue preservado, Dios preservó también un núcleo de verdad, pero en unas pocas generaciones, la verdad del amor de Dios en el plan de la redención fue desapareciendo. Dios encontró a un hombre llamado Abram, que comenzó a apreciar el evangelio, y la promesa fue así renovada a Abraham, "en ti será suscitada simiente".

De hecho, la promesa fue ampliada. Se le dijo que recibiría tierra, que de él saldría una nación, y que tendría ese hijo milagroso. Pero me pregunto hasta qué punto comprendió realmente Abraham el plan de la redención. Cuando salió y anduvo como peregrino, habitando en tiendas, esperaba una ciudad física con fundamentos, cuyo artífice y hacedor fuese Dios, no comprendiendo que el cumplimiento final de Dios y del plan de la redención, no consistía en una ciudad material, sino que era la Nueva Jerusalem: la esposa viniendo del cielo, preparada para su Esposo. Esperaba asimismo una tierra material. Esperaba un hijo físico, de la carne: Ismael; no dándose cuenta que se trataba de un hijo espiritual, aunque viniendo de su propia carne. Un hijo-milagro que vendría también de la carne

de Sara, y sería la garantía de que algún día sería suscitado un pueblo, a partir de sus lomos; ya que Dios le había prometido también una nación, a partir de Abraham. No una nación física, sino una generación, un real sacerdocio, un pueblo santo que traería la alabanza de Dios a este mundo.

Pero Abraham no comprendió realmente bien el plan de la redención. No hasta el monte Moria, en donde se le pidió sacrificar a su hijo Isaac. Allí comenzó verdaderamente a comprender la profundidad del evangelio. Y Cristo pudo decir, mirando al monte Moria, "Abraham se gozo por ver mi día, y lo vio y se gozó".

No obstante, Abraham descendió a la tumba sin comprender plenamente la promesa, y sin ver aún su cumplimiento. Tampoco Isaac, ni Jacob, ni José... De hecho, Israel debió retornar a la esclavitud en Egipto, y allí suspiraban anhelantes por un libertador, y recordaban vagamente la promesa del libertador, así que Dios les suscitó un libertador. Pero no era todavía el verdadero Libertador. Israel no comprendió quién era Moisés en realidad. Moisés era un tipo del verdadero Libertador. Un ejemplo de Aquel que vendría y sacaría a su pueblo de Egipto: el mundo, el pecado.

Moisés no fue, pues, el cumplimiento de la promesa. No trajo auténtica liberación. No era aún la simiente. Moisés no los introdujo en la tierra prometida. Tampoco Josué, ya que si bien es cierto que los llevó a una tierra física, no experimentaron la promesa a la que Dios se refería al decir a Abraham: "A ti daré esta tierra". Los jueces tampoco los llevaron a la tierra prometida. Ni Gedeón, Sansón, ni

los profetas, ni los reyes (David, Salomón...). Ninguno de ellos era el cumplimiento de la promesa.

Y la comprensión de Israel de aquella promesa se iba haciendo cada vez más confusa, hasta el punto que cuando vino Jesús (en su primera venida), El Deseado nos dice que los ángeles tuvieron que ir a la caza de alguien que estuviese prestando atención. Daniel 9 nos da el tiempo de la primera venida de Cristo. Otras profecías dan más datos específicos sobre la primera venida. Sin embargo, Israel estaba dormido en el día de su liberación, y así, en Juan 1 leemos que "A los suyos vino, y los suyos no lo recibieron". Ni siquiera lo reconocieron.

Ni tan sólo aquel puñado de hombres que por fin vieron algo bueno en él --sus discípulos-- llegaron a comprenderlo plenamente. Como Abraham, esperaban una liberación física, y así, no pudieron comprender, y por lo tanto, resistieron el reino. Al principio, Jesús no podía hablarles de la cruz. Se veía obligado a hablarles en parábolas: "Destruid este templo y en tres días lo reedificaré", "De cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere..." Parábolas sobre la cruz. No podía hablarles de ella claramente, y cuando finalmente comenzó a hacerlo, Pedro le reprendió y le dijo "¡De ninguna manera!" Pedro era anti-cruz. Y ser anti-cruz es ser anticristo. Ese es el motivo por el que Cristo le dijo "Apártate de mí Satanás". No le comprendía, le resistió y luchó contra él. Nadie comprendió entonces verdaderamente su misión.

Pedro no solamente lo rechazó, sino que lo negó, maldiciendo. Judas lo vendió. Cuando el Pastor fue herido, todo el rebaño se dispersó. Nadie hubo con Jesús en esa hora tenebrosa. En Salmo 69, dice Jesús: "La afrenta ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado: y esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo: y consoladores, y ninguno hallé" (v. 20). Si bien la gente estaba físicamente próxima a la cruz, todos querían que descendiese. Nadie apreció su misión. Hasta su propia madre es posible que desfalleciese cuando oyó de sus labios "Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Cuando Simeón tuvo en sus brazos al niño Jesús, y lo bendijo, dijo: "He aquí éste es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel". Y mientras estaba alabando a Dios, guiado por el Espíritu Santo se giró hacia María y le dijo: "una espada traspasará tu alma de ti misma" (Luc. 2:34 y 35). Esa profecía se cumplió en la cruz, debido a su incapacidad de ver allí al Mesías.

Ninguno de sus discípulos quería escuchar, y sin embargo habían presenciado tanta bondad, habían gustado tanta verdad, que había una pequeña llama de esperanza en sus corazones, y cuando Cristo volvió a ellos tras la resurrección, lo que hizo fundamentalmente es preguntarles si estaban por fin dispuestos a escucharle. Y éstos se humillaron. Por fin habían renunciado a su propio plan, y estaban preparados para oírle.

En cuarenta días, Jesús les dijo más cosas que las que había podido decirles en tres años y medio. En esos años había puesto el marco: ahora podía pintar el lienzo. Las cosas que les decía, cobraban ahora significado para ellos, y a medida que comenzaron a ver la bondad

de Dios, esa bondad de Dios los llevó al arrepentimiento. Tuvo lugar el más profundo arrepentimiento de todas las edades, y vino el derramamiento del Espíritu Santo. Ahora, un puñado de hombres revolucionaron el mundo. Habían visto el evangelio. Habían comenzado a "comprender con todos los santos la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Dios": estaban por fin apreciando hasta dónde estuvo dispuesto Dios a ir para salvar al hombre; la increíble condescendencia del amor de Dios en la cruz.

De hecho, allí donde fuesen los apóstoles, referían el relato de la cruz. Pablo dijo a los Corintios, "no me propuse saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Cor. 2:2). Cuando fue a visitar a los Gálatas, les dijo: "Lejos esté de mí el gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gál. 6:14). Allí por donde iba, ensalzaba la cruz de Cristo. Bueno... no en todos los sitios. No hay en el Nuevo Testamento ninguna carta dirigida a la iglesia de Atenas. Cuando Pablo fue a Grecia, argumentó según la filosofía, en lugar de presentar la cruz. Pero aprendió la lección, y hoy muchos consideran a Pablo como el principal escritor del evangelio en el Nuevo Testamento.

Hoy quisiera tener la audacia de sugerir que ningún grupo en la historia.

--incluyendo la generación de los apóstoles-- comprendió el evangelio de la forma en que lo comprenderá la última generación.

Pablo no pudo haber comprendido plenamente los eventos de los últimos días [ni tampoco Lutero], ya que Daniel dice que el conocimiento de dichos eventos estaba sellado hasta el tiempo del fin. E. White nos dice en El Conflicto que hay aspectos del evangelio, que Pablo no predicó --refiriéndose al juicio--. Sin embargo, estaban inflamados por la verdad que comprendieron, porque el evangelio es poder. Si vosotros y yo no tenemos poder en nuestras vidas, quizá es porque no comprendemos o no creemos lo que profesamos.

Los apóstoles comenzaron a revolucionar todo el mundo. Y Satanás se lanzó sobre esa iglesia primitiva; primeramente mediante la persecución, pero luego con mucho más poder: mediante el engaño. Si la verdad es el poder, entonces la primera línea de ataque de Satanás debe ser la falsedad. Así, hizo caer a la tercera parte de las estrellas --los ángeles--, con el poder de su cola. Isaías capítulo 9 (vers. 15) nos dice que la cola es el profeta que enseña mentira. Esa cola, esa mentira, llegó a la iglesia primitiva. No de repente, sino poco a poco, introduciendo progresivamente la confusión, hasta que llegamos a la Edad Media, a la época del papado. Éste tomó cada aspecto del evangelio para retorcerlo y pervertirlo, hasta que quedó irreconocible.

Pero Dios no estaba vencido, y la obra de la reforma habría de restaurar ese evangelio. Wiclef, Hus, Jerónimo, Lutero, Calvino, Zwinglio, Wesley, etc, fueron instrumentos mediante los cuales Dios reveló la verdad poderosamente, porque el evangelio es poder de Dios.

Pero la reforma no terminó en el siglo diecisiete.

Hacia el siglo diecinueve, Dios anhelaba derramar más luz, ya que "La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Proverbios 4:18). Y así, en el siglo diecinueve, se produjo un movimiento en el que la gente, alejándose de los dogmas de la iglesia y la tradición, comenzó a poner el énfasis en la piedad personal y en la primacía de la Palabra. Fue una época de gran despertar en América y en Europa. Se crearon grandes sociedades bíblicas y se enviaron misioneros al África y a la China; fueron hasta los extremos de la tierra, tratando de llevar el evangelio que conocían, a fin de finalizar la comisión evangélica.

Fue en ese momento de hambre espiritual cuando Dios llamó a William Miller, un capitán de la armada que básicamente era un agnóstico, incluso un burlador; y tratando de demostrar que la Biblia estaba equivocada, vino a resultar convertido por Aquel que es el camino y la vida. Y a medida que William Miller estudió más y más profundamente las Escrituras, trató de aclarar las inconsistencias que la gente creía encontrar en la Biblia. Él creía que todo se debía aclarar con la propia Biblia; y con ésta sola y la concordancia, avanzó hasta llegar a Daniel 8:14: "Hasta dos mil y trescientos días de tarde y mañana, entonces el santuario será purificado".

Comenzó a ensamblar un sistema de verdad. De hecho, E. White nos dice que a partir de ese texto comenzó a ver un sistema de verdad

interrelacionada, y descubrió que Jesús iba a venir muy pronto. De hecho, sabemos que propuso la fecha del 22 de octubre de 1844. Sabemos también que Jesús no vino en esa fecha. Pero William Miller, como los discípulos, sabía que el tiempo era el correcto, aún sin comprender correctamente el evento. Y tuvo lugar el gran chasco.

Dios permite que acontecimientos como ese nos zarandeen, para que nuestra fe sea edificada, y también para probar a aquellos que tienen la fe auténtica --aquellos que tienen una fe firme--. El zarandeo reduce siempre el número. En Juan 6, Jesús nos dice: "Tenéis que comer mi carne y beber mi sangre". "Muchos volvieron atrás y ya no andaban con Él, desde aquel día" (Juan 6:56, 63 y 66). El Señor redujo la compañía de Gedeón a trescientos hombres. 1844 fue un tiempo de zarandeo, en el que el trigo fue separado de la paja. Y con ese pequeño grupo que no se volvería atrás, porque habían experimentado el poder de Dios, su bondad, su dirección --que sabían que Dios les conducía en la verdad, que habían pedido pan a Aquel que sabían que no les daría una piedra, Dios obraría maravillosamente.

Hiram Edson tuvo una visión, cuando estaba atravesando un campo de maíz. Allí vio la equivocación de William Miller: que Cristo no venía entonces a purificar esta tierra por el fuego, sino que pasaba del lugar santo al santísimo del santuario celestial, para comenzar la obra del juicio.

Y a medida que fue profundizando en el estudio de la Biblia, y se reunieron para estudiar la Biblia, comenzaron a ver que la purificación del templo se correspondía con una obra en el corazón humano. Recordemos: "Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".

Dios quería mostrar a nuestros pioneros que el plan de la redención es redención del pecado. Pero el pecado es transgresión de la ley. Así, Dios quería mostrar a nuestros pioneros que él podría hacer un pueblo obediente a la ley de Dios.

Pero había un problema: allí no estaba toda la ley. Así, Dios llamó a su pueblo para que restaurase la brecha, reconstruyera los muros, restaurara la ley a su gloria completa. Y a medida que estudiaban la purificación del santuario, comprendieron que la ley no había sido jamás cambiada, y hallaron el mandamiento perdido: el sábado.

Eso nos recuerda la parábola de la dracma perdida. La mujer --la iglesia--, teniendo diez monedas de plata (en Salmos 12:6 leemos que 'las palabras de Jehová son como la plata purificada siete veces'. Moisés llamó a los diez mandamientos, las 'diez palabras'); la mujer, pues, que tenía las diez dracmas, perdió una. Encendió una lámpara "lámpara es a mis pies tu palabra" (Sal. 119:105), y buscó hasta encontrar la moneda perdida. Y cuando la encontró, se alegró y lo contó a sus amigos.

Así, el Señor comenzó a revelar la verdad del santuario, pero nuestros pioneros no la comprendieron todavía en su plenitud.

Comenzaron a ver hacia dónde debían ir, comprendieron que Dios estaba llamando a un pueblo a salir de Egipto, pero en realidad no sabían muy bien cómo salir de allí. Y cuando miramos unos cuarenta años después, E. White dijo que la predicación se había vuelto tan árida como el desierto de Gilboa. En lugar de estar saliendo de Egipto, estábamos volviendo a Egipto por el camino del desierto. Este fin de semana, mi oración es que comencemos a ver lo que no vieron nuestros pioneros, lo que no comprendieron ni apreciaron; lo que el mismo Pablo no pudo ver. Y no solamente que comencemos a comprenderlo de una forma más profunda, sino que nos entreguemos a esa verdad.

Oremos: Amante Padre celestial. Sentimos el privilegio de vivir hoy. Tu llamamiento es maravilloso. Nuestra responsabilidad es solemne, pero nos has prometido darnos todo lo necesario. Ayúdanos a comprender que una comprensión más profunda de la verdad constreñirá nuestros corazones, y los llevará al arrepentimiento si no te resistimos. Despiértanos en esta undécima hora, para gloria de Jesús. Te lo pedimos en su nombre. Amén.

## Tema nº 2

Quisiera que pudiésemos ahora considerar algunos de los temas que vamos a desarrollar a lo largo del fin de semana. Hay tres expresiones significativas, en relación con la fecha de 1844, y con la verdad del santuario: Son, (1) la purificación del santuario, (2) el juicio investigador y (3) el día de la expiación. Es mi oración que estos tres conceptos, en estos días, se vuelvan claros, sencillos y comprensibles. Más importante aún: prácticos, dinámicos y que hablen al corazón. Estos tres conceptos: la purificación del santuario, el juicio investigador y el día de la expiación, están estrechamente relacionados y son de importancia capital. Tienen que ver con la restauración completa del hombre: borrar el pecado del corazón, sellar la mente por la eternidad en la bondad de Dios, salvaguardar por siempre el universo.

Esta mañana nos centraremos en la purificación del santuario, en cuán importante es esa purificación. Jesús nos dio una muestra. ¿Qué es lo primero que hizo para anunciar su ministerio? Después que fue bautizado y estuvo en el desierto, inició su ministerio público, e hizo algo para anunciarlo. ¿Qué fue? ¿Qué fue lo primero que hizo? [Voz: las bodas de Caná, el milagro de la conversión de agua en vino]. Sí, pero en la boda de Caná, Jesús dijo a su madre 'aún no ha venido mi hora' (Juan 2:4). Da la impresión de que no era su intención el hacer ese milagro. No parecía querer anunciar su ministerio de esa forma. Pero por respeto a su madre, se nos dice que realizó el milagro. Y en Juan capítulo 2, justamente después de la boda de Caná, Jesús entró en el templo y lo purificó. Leemos en

El Deseado que con la purificación del templo, Cristo anunció su ministerio de purificar a los hombres de pecado. Parece claro que lo primero que quería hacer era purificar el templo. Al final de su ministerio, tres años y medio después, ¿qué hizo Jesús en la última semana de su vida? Descendió a Jerusalem. Tras aquella gran procesión sobre el asno, purificó nuevamente el templo. Al principio de su ministerio, y al final de su ministerio, Cristo purificó el templo. Esa es una importante lección para nosotros. Dios anhela purificar el templo.

Veamos ahora en 1ª de Corintios capítulo 3, en relación con la purificación del templo. ¿Por qué quiso Dios que Israel construyese un templo? En Éxodo 25:8 leemos: "Hacerme han un santuario, y yo habitaré entre ellos". El santuario, o templo, tiene por fin enseñarnos lecciones sobre nuestra relación con Dios: la forma en la que Dios debe morar en los hombres.

1 Cor. 3:16: "No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" El servicio del templo nos enseña que Dios quiere morar en el hombre: "habitaré y andaré en ellos" (2 Cor. 6:16), y así, continúa en el versículo 17: "si alguno violare [contamina, KJV] el templo de Dios, Dios destruirá al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es".

1 Cor. 6:19: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?" Pablo insiste: 'vosotros sois el templo', en 1ª Corintios 3, y en 1ª de Corintios 6. Y ahora, lo relaciona con la purificación del

templo, en 2<sup>a</sup> de Corintios 6. En el servicio del santuario del Antiguo Testamento, la shekinah, la gloria de Dios, su presencia misma, él mismo, moraba en esa casa, para enseñarnos que quiere vivir en nosotros: individualmente y como pueblo. Ahora, en 2<sup>a</sup> Corintios 6:16, dice por tercera vez que nosotros somos el templo, "¿y que concierto [tiene] el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré en ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo".

Ahora, ¿cómo puede Dios morar en este templo --en nosotros--? Es un misterio. En 1<sup>a</sup> de Timoteo 3:16 leemos, "sin contradicción, grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne". Es un gran misterio el que Dios pueda morar en carne humana. El que Dios pueda morar en carne impecable, eso no es un gran misterio. Impecabilidad en carne impecable, ahí no hay misterio. La impecabilidad en carne pecaminosa, eso sí constituye un misterio. Dios es fuego consumidor. El hombre pecador es un objeto altamente consumible. El fuego, morando en nosotros, hombres pecadores... ¿Cómo? Moisés contempló esa verdad en símbolos, cuando estuvo ante la zarza ardiente que no se consumía. Se sentía perplejo, mientras contemplaba ese fuego que ardía en la zarza, sin consumirla. Ahí estaba el misterio de la piedad, en el tipo: Dios manifestado en carne. Pablo nos dice que ese "misterio es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:26 y 27). ¿Cómo puede Dios vivir en carne humana? ¿Cómo puede el fuego morar en el hombre pecador? Sólo hay una forma: purificando ese templo. El fuego debe consumir el pecado. Y así, leemos en 2 Cor. 6:17, "por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no

toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". En Corintios, leemos repetida tres veces la afirmación: 'vosotros sois el templo'. Y ahora en el capítulo 7, versículo 1, leemos: "así que, amados, pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios". 'Vosotros sois el templo: es tiempo de purificar este templo'.

No estamos diciendo que no haya templo en el cielo, pero los edificios no tienen problemas de pecado: los seres creados con mente, y libre albedrío (poder de elección) sí que tienen problemas de pecado. La purificación del templo en el cielo decididamente tiene una obra en correspondencia, en el corazón humano. De hecho, la purificación del templo en el cielo, no puede avanzar más de prisa que la obra en el corazón humano. En 1888, un pastor llamado A.T. Jones empleó esta sencilla ilustración: ¿Cómo puede Dios purificar el templo en el cielo, si continuamos introduciendo nuestro pecado en el templo? Para poder purificar el templo, primeramente debe ser purificado el individuo. Si un día regresáis a vuestra casa, una casa de dos pisos, y veis el agua corriendo escaleras abajo, escurriendo incluso por todas las rendijas desde el piso superior, y escucháis el ruido que hace el grifo abierto de la bañera, ¿qué es lo primero que haréis? ¿Iréis a coger la fregona y comenzaréis a recoger el agua de la planta baja? ¿no iréis primeramente al piso superior y cerraréis la fuente de la inundación? Dios no puede purificar el templo sin cerrar el grifo del pecado, este corazón humano. Así, la purificación del

templo tiene relación con la purificación de los corazones humanos. ¿Resulta comprensible? ¿no os parece obvio?

Veamos el capítulo 8 de Daniel, versículo 14: "Hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado". Después que Daniel hubiese recibido esta visión, leamos lo que sucedió. Versículo 15: "Mientras yo contemplaba la visión, y trataba de comprenderla, vi ante mí una semejanza de hombre". Versículo 16 y 17: "y oí una voz humana en el Ulai, que a gritos dijo: Gabriel, enseña la visión a este hombre. Entonces se acercó a mí; y con su venida me asombré, y caí sobre mi rostro. Pero él me dijo: 'Hijo de Adán, entiende que la visión es para el tiempo del fin'". La visión se refería al tiempo del fin. Versículo 18 y 19: "Mientras él hablaba conmigo, caí dormido en tierra sobre mi rostro. Pero él me tocó, y me puso en pie. Y dijo: 'Voy a explicarte lo que ha de venir al fin de la ira, porque se cumplirá en el tiempo del fin'". Una vez más se nos dice que es para el fin. Esa visión tiene su cumplimiento en el tiempo del fin. Versículo 23: "Al fin del reinado de ellos, cuando los rebeldes lleguen al colmo de la maldad, se levantará un rey altivo de rostro, maestro en intrigas". Es evidente que la visión se refiere al final del tiempo. Versículo 26 y 27: "La visión de las tardes y las mañanas que te fue dada, es verdadera. Y tú sella la visión, porque es para un futuro distante. Y yo, Daniel, quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos días. Cuando convalecí, atendí los asuntos del rey. Pero quedé espantado acerca de la visión, y no la entendía". ¿Entendió Daniel la visión? ¡No había forma de entenderla! ¡Estaba sellada hasta el tiempo del fin! Daniel quedó quebrantado, y estuvo enfermo algunos días. La visión lo abrumó; no podía dejar de pensar

en ella. Daniel era un estudioso del santuario. Es evidente en su oración, registrada en el capítulo 9. No tenemos tiempo para detenernos en ella hoy, pero en resumen, Daniel pide a Dios que venga a hacer brillar su rostro sobre el santuario (vers. 17). Daniel sabía que la purificación del santuario tenía que ver con el plan de la salvación. Él sabía que la purificación del santuario tenía lugar en el día de la expiación, que estaba en relación con el lugar santísimo del santuario. Conocía la importancia, la grandeza de eso, pero no lo comprendía, y no obtuvo respuesta. En Daniel 9:20 vemos cómo clama a Dios, porque él sabía que Dios quería destacar a Israel como un pueblo santo, que fuese un ejemplo de bondad ante el mundo. Hay muchas promesas en el Antiguo Testamento a propósito de Dios morando en su pueblo; de que Dios mismo se manifestaría en su pueblo, ante el mundo. De hecho, si el misterio de la piedad es Cristo en vosotros; si el misterio es Dios manifestado en la carne, entonces, la consumación --o cumplimiento-- del misterio de Dios al que se refiere Apocalipsis 10:7 debe ser la consumación de Dios manifestado en su pueblo. Y Daniel sabía que Dios quería manifestarse a sí mismo en su pueblo. En Ezequiel 36:23 leemos, "y sabrán las gentes que yo soy Jehová, dice el Señor Jehová, cuando fuere santificado en vosotros delante de sus ojos". Zacarías 2:5 dice, "yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y seré por gloria en medio de ella". Aquí está el templo. La gloria de la shekinah en el templo. Esa es la misma imagen que Dios dio a Moisés, porque en Deuteronomio 28, el Señor dijo a Moisés que anunciase al pueblo que el mundo los temería cuando ellos permitiesen que Dios viviese su vida en ellos (Deut. 31:6, 8, 17, etc) , y ellos demostrasen así obediencia a Dios, ante el mundo. La

consumación del misterio de Dios --Apocalipsis capítulo 10, versículo 7-- está ligada a la purificación del templo. Apocalipsis 10 trata sobre la historia del adventismo: 1844. En los versículos 8 al 11 leemos cómo un ángel tiene un librito abierto en su mano, y dice a Daniel 'toma el librito y cómelo'. Él lo come, y es dulce en la boca, pero hace amargar su vientre. Y después de esa experiencia, le dice, 've y profetiza de nuevo'. En esa experiencia vemos 1844: el gran chasco. Fue en el gran chasco cuando nuestros pioneros comenzaron a entender la purificación del santuario, porque el librito abierto en la mano del ángel era Daniel 8 --la purificación del templo--. Podéis pues comprobar que la purificación del templo (vers. 8-11 de Apocalipsis 10) está relacionada con la consumación del misterio. Versículo 7: "Pero en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comenzare a tocar la trompeta, el misterio de Dios será consumado". El templo será purificado. El misterio --Cristo en vosotros-- será consumado: la plena y final manifestación de Cristo en el creyente.

Pregunto: ¿Puede darse una manifestación plena y final de Cristo en los creyentes, si continuamos pecando?

Volvamos a Daniel capítulo 9. En Daniel 8:14 dice, "hasta 2.300 días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado". Daniel no comprende la visión. ¡Desea tanto comprenderla! Y en Daniel 9, años después, mientras está clamando (Daniel 9:17), "Ahora, pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo y sus ruegos, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor". Mientras dice virtualmente, '¡Oh gloria de la shekinah, ven a este templo!', el Señor le dice: 'Está bien, es el

momento de que comprendas la purificación del templo'. O, al menos, es el momento de que lo escribas, ya que lo que Daniel va a decir ahí, él mismo no pudo comprenderlo. Así, viene Gabriel para decir a Daniel en qué consiste la visión. Comenzando en el versículo 22: [Gabriel] "me instruyó, y me dijo: 'Daniel, ahora he venido para darte sabiduría y entendimiento. Tan pronto como empezaste a orar, fue dada la respuesta, y yo he venido a enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión'". Asegurémonos de saber cuál es la visión que Daniel no había comprendido. ¿Qué visión es la que Daniel no comprendía? [Voz: 'los 2.300 días']: Daniel 8:14; está claro. Aquí viene la explicación de Daniel 8:14, aquí se explica la purificación del santuario. Versículo 24: "Setenta semanas están cortadas para tu pueblo y tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos". ¿Cuántos de vosotros habéis leído el libro de A.T. Jones El Camino consagrado a la perfección cristiana? Si no lo habéis hecho, os aseguro que lo necesitáis: ¡explica estos principios de una forma tan simple y clara! Explica cómo Daniel 9:24 y siguientes, son la explicación de Daniel 8:14.

La purificación del santuario es: el acabar la prevaricación [transgresión, KJV], poner fin al pecado, expiar [hacer reconciliación por] la iniquidad, traer la justicia perdurable, sellar la visión y la profecía, y ungir el Santo de los santos. Hay dos formas de entender esa expresión "ungir al santo de los santos, o el santísimo": (1) El Espíritu Santo, en forma de paloma, descansó

sobre Jesús --fue ungido-- en ocasión de su primera venida. Eso es cierto, pero hay también otra comprensión de la expresión, que es (2) la unción del santísimo, el comienzo de la obra en el segundo departamento del santuario, que es en lo que consiste la purificación del santuario. Acabar la transgresión, o prevaricación. Poner fin al pecado. Reconciliarnos completamente con Dios, quitar la iniquidad y restaurar esa unión completa. Traer la justicia eterna. ¿Podéis ver que la purificación del santuario consiste en Dios purificando a su pueblo del pecado?

Ahora querría dedicar algunos momentos a examinar cómo. ¿De qué serviría el que comprendiésemos que Dios tiene que purificar su templo, si no sabemos cómo? De hecho, puede resultar terriblemente frustrante el saber que Dios quiere que su pueblo alcance cierta norma, pero sin saber cómo llegar a ella. Mis primeros tres años en el adventismo se hicieron finalmente miserables: se fueron convirtiendo en cada vez más difíciles. Yo era un buen estudiante, leía el Espíritu de Profecía, creía que Dios tendría una generación final que sería victoriosa, pero nadie podía explicarme cómo llegar a eso. Entonces, me esforzaba duramente para formar parte de ese pueblo, y ese yugo se hizo cada vez más pesado. Un día hacía limpieza de todo aquello que ocupaba el frigorífico, y que no debemos comer, y un mes después volvía a estar lleno. Lo mismo que había despreciado en otros, era incapaz de evitarlo en mí. Me sentía amargado, estaba inclinado a la crítica, y era incapaz de manifestar el espíritu de Jesús. Un día, alguien vino y me dijo: 'Tu problema es que no comprendes las buenas nuevas'. Yo le respondí '¡Soy adventista, conozco el evangelio!' ¿Por qué

suponemos que las personas que han salido de Babilonia comprenden ya las buenas nuevas? Yo era católico. No comprendía las buenas nuevas, y realmente nadie en la iglesia me las podía hacer comprender. Me mostraban dónde había que llegar, pero no cómo alcanzarlo. Hasta que cierto día, un pastor me dio una serie de cassettes, y oí el Salmo 22, que comienza diciendo "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" y acaba (vers. 31) diciendo: "Consumado es". El Salmo 22 es la descripción de lo que pasó por la mente de Jesús, desde el momento en que dijo 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?', hasta que inclinó su cabeza y dio el espíritu --'Consumado es'--. Nadie me había mostrado la cruz, como lo hizo Pablo con los Gálatas. Pablo describió la cruz de una forma tan vívida a la iglesia de los Gálatas, dice "ante cuyos ojos Jesucristo fue ya descrito como crucificado entre vosotros". Las profundidades de la gloriosa condescendencia de Dios resultaron tan reales, que Pablo les dijo que se habrían prestado gustosos a darle sus propios ojos. No había límite a las buenas obras que harían. Eran imparables. El amor de Cristo los constreñía, los empujaba, los movía, porque habían visto algo de la bondad de Dios. Cuando yo vine a esta iglesia, vi solamente a dónde había de llegar, pero no cómo llegar. Y a medida que oía esos cassettes, cuando oí la historia de María Magdalena, comencé a comprender que nuestro problema es que no comprendemos las buenas nuevas, porque Dios va a purificar el templo derramando buenas nuevas, derramando su palabra, revelando su palabra. "¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra" (Salmo 119:9). La Palabra misma va a purificarnos. Juan 15:3, "Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado". Efesios 5:26, hablando de la iglesia:

"Para santificarla limpiándola en el lavacro del agua por la palabra". "Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad" (Juan 17:17). Es la palabra la que santifica. Y la forma en la que la palabra santifica, la forma en la que somos transformados de gloria en gloria, a su imagen, es viendo más y más profundamente su amor por nosotros. Es por eso que cuando María Magdalena vio ese increíble amor incondicional, ese amor que la buscaba infatigable... A pesar de cuantas veces había ella dejado de manifestar el carácter de Dios, Cristo no la condenó. Ese amor, finalmente quebrantó su corazón, y ella derramó su vida entera a los pies de Jesús. Tomó el equivalente a un año entero de salario, y lo derramó a los pies de Jesús. ¿Qué os parece si estuviésemos reunidos un viernes de tarde, los aquí presentes, con María Magdalena, y alguien dijese: vamos a dar expresión a nuestro agradecimiento personal uno por uno, y al llegar el turno a esa mujer, tomase treinta mil dólares en billetes, los depositase en una tinaja, los rociase con gasolina, y los incendiase hasta convertirlos en cenizas, diciendo: '¡Estoy tan profundamente agradecida por lo que Jesús ha hecho por mí!, esta ofrenda ardiente es para Él'. ¿Qué diríamos? Derramó su vida por Jesús. Sabéis lo que dijeron los discípulos: todos la condenaron, porque ellos no habían comprendido la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor de Dios. Ella lo había captado, y eso la constriñó a dar todo cuanto tenía.

Temo que en el adventismo encontremos dos grandes corrientes. Una de ellas no comprende el amor de Dios, lo hace algo barato, dice: 'Nunca venceremos el pecado, y poco importa, ya que Jesús lo hizo en nuestro lugar'. Otra gran corriente dice: 'Debemos vencer el

pecado. Debemos alcanzar la perfección. Jesús tomó nuestra naturaleza, y fue perfecto, por lo tanto, debemos ser perfectos, y la forma de lograrlo es mediante duro esfuerzo. Si obramos tenazmente, algún día llegaremos a alcanzarlo'. Pero eso ignora el hecho de que es la revelación de la bondad de Dios lo que nos conduce al arrepentimiento (Rom. 2:4).

En 1888, el Señor vino de una forma, que demostró que no estábamos preparados para recibirlo. Vino como un silbo apacible, como un mensaje de bondad, exaltando la cruz, explicando la justificación por la fe. Fue un mensaje centrado en el evangelio, que habría de subyugar nuestros corazones de piedra y los sometería a esa obra de purificación. Fue el adventismo histórico conservador el que rechazó el mensaje, porque le pareció gracia barata, nueva teología. Eso es una lección para mí, porque sé que Dios va a perfeccionar un pueblo. Creo que va a haber una generación final victoriosa. Creo que debe comenzar ahora, pero necesitamos comprender cómo va a tener lugar. Necesitamos comprender verdaderamente lo que Jones y Waggoner dijeron sobre la justificación por la fe, aquello a lo que E. White dio su apoyo explícito y entusiasta en incontables ocasiones --cientos de veces--. Hay ahí algo que debemos comprender. En 1888, confluyeron dos grandes corrientes: (1) la purificación del santuario: qué va a hacer Dios, y (2) la justificación por la fe: cómo va a realizarlo. Mi oración es que en nuestro estudio, Dios nos de una vislumbre clara de ambas cosas.

Oremos:

Amante Padre celestial, ¿nos has dado un privilegio tan grande, en la verdad del santuario!, pero ayúdanos a aceptar que todavía estamos lejos de comprenderlo todo. Ayúdanos a ver más clara y profundamente lo que tú quieres cumplir, y cómo. Danos que comprendamos lo solemne que es la hora en la que vivimos, cuál es tu parte y cuál la nuestra. Haznos ver que es demasiado tarde en la historia del mundo para permanecer en la confusión; que es tiempo de manifestar poder; que podamos comprender que el evangelio es el poder. Enséñanos a ser humildes como Jesús. Danos que recapitemos sinceramente en el evangelio, que podamos confesar nuestra tibieza, y permitamos que Jesús entre y haga su obra de purificación. Es por él, y en su nombre que te lo pedimos, Amén.

## Tema nº 3

Vamos a abordar la segunda parte de nuestro estudio sobre el juicio. Querría volver a un punto que ya hemos considerado antes: ¿Hasta qué profundidad alcanza la obra del juicio?

Que nadie se engañe a este propósito: Dios va a purificar de todo pecado; vosotros y yo tendremos que hacer frente a todo aquello que hayamos hecho, y responder por todo aquello en lo que hemos fallado. Leamos en Eclesiastés 12:13 y 14: "El fin de todo discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, el cual se hará sobre toda cosa oculta, buena o mala". Dios traerá toda obra a juicio, incluyendo todo lo oculto. Leamos en Eclesiastés 10:20: "Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey, ni en los secretos de tu cámara digas mal del rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las que tienen alas harán saber la palabra". Las cosas que decís en vuestra cámara, cuando la persona de la que habláis no está allí, serán traídas al juicio. Incluso lo que pensáis, aquello a lo que en apariencia nadie tiene acceso, será conocido en el juicio, porque cierta ave del cielo lo revelará, y esa ave es la "paloma", el Espíritu Santo.

Como dijo A.T. Jones, la obra del Espíritu Santo es revelar todas las cosas, a fin de que podamos verlas, y decidir si preferimos a Cristo, o a esas cosas. Veamos en 1ª Corintios 4: "Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual también aclarará lo oculto de las tinieblas, y manifestará los intentos de los

corazones". En la obra del juicio, Dios revela todas las cosas secretas, y expone plenamente el corazón. La obra del juicio avanza a medida que Dios revela su palabra. Leemos en Hebreos 4:12, "la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos: y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". Y observad que el versículo siguiente relaciona eso con el juicio: "y no hay cosa que no sea manifiesta en su presencia; antes todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta". Todo está desnudo ante Dios, ante quien tenemos que dar cuenta, y Dios va a exponer nuestro corazón.

Veamos 2ª Corintios 5:10. Esos Corintios eran miembros de iglesia. Pablo está aquí hablando de la iglesia, y se incluye a él mismo: "Porque es menester que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo". Todo será puesto a la luz, y sugiero que comparecemos ante el tribunal de juicio de Cristo antes de su segunda venida; porque la hora de su juicio, para la iglesia, es antes de la venida de Cristo. Leamos en Hechos 17:30 y 31: "Empero Dios, habiendo disimulado los tiempos de esta ignorancia, ahora denuncia a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan: por cuanto ha establecido un día, en el cual ha de juzgar al mundo con justicia, por aquel varón al cual determinó; dando fe a todos con haberle levantado de los muertos". Lucas relaciona aquí el juicio con el hecho de que Dios abra nuestras mentes a nuestro pecado. El día del juicio es cuando desaparece la

"ignorancia". Jesús dijo, "Yo, para juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, sean cegados" (Juan 9:39).

La razón por la que el Señor desempeña esa obra de juicio, es para llevarnos al arrepentimiento. Está tratando de purificarnos. La espada de dos filos revela los pensamientos del corazón, a fin de poder purificarlo. Dice 2ª de Corintios 10:5 que él es capaz de llevar todo pensamiento en obediencia a Cristo. Tal cosa no nos sucederá, hasta que reconozcamos cuán malvado, cuán egoísta, envidioso, codicioso y corrupto es todavía nuestro pensamiento. Laodicea se resiste a creer tal cosa. Nosotros somos Laodicea. Dios quiere llevar a cabo esa obra de purificación ahora, en estos últimos días, y estoy absolutamente convencido de que la forma en la que va a realizar esta obra, la forma en la que llevará a esta iglesia a ver su pecado, nuestro pecado, mi pecado, es derramando buenas nuevas. De hecho, en 1888, Dios quiso purificar el santuario. Si leéis en Malaquías 3, nos habla de un tiempo en el que el Señor vendrá a su santo templo para hacer una obra de purificación por fuego, y si bien aplicamos esto a 1844, dejamos de comprender que quiso hacer lo mismo en 1888. De hecho, Malaquías 4 explica la forma en la que Malaquías 3 tendrá lugar: "He aquí, yo os envío a Elías el profeta, antes que venga el día de Jehová grande y terrible". Y Elías hará una obra de restauración: "convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres". En la Review & Herald del 18 de febrero de 1890, E. White advierte a la iglesia, en la época de 1888, de que su mente se encontraba en un estado tal, que rechazaría a Elías si viniese. Si leéis el artículo, está muy clara la implicación

que hace E.White, de que Jones y Waggoner vinieron como un cumplimiento de "Elías".

La iglesia no estaba preparada para la recepción de la lluvia tardía viniendo de esa manera, porque "Elías", la "lluvia tardía", el "fuerte clamor", todo ello tiene que ver con un mensaje de buenas nuevas y poder que viene en forma de juicio, primeramente a la iglesia, y a continuación al mundo. En la década de 1888 no estábamos preparados para él, y lo rechazamos. Quisiera que vieseis que la lluvia tardía es primariamente el Espíritu de verdad llevando a las personas a toda la verdad (Juan 16:13); que la lluvia tardía viene como un derramamiento de buenas nuevas. Recordad: somos limpios por la palabra. La purificación del santuario es posibilitada por la palabra. Somos juzgados, librados, por la palabra. Esa palabra es derramada --o pronunciada--. De la misma manera en que Dios creó por su palabra, redime por la palabra. Hablaremos próximamente de ello, pero quisiera que vieseis que la "lluvia tardía", "Elías", fue una revelación de la palabra. Job 36:26-28: "Sí, Él es grande y no le comprendemos; el número de sus años es insondable. Cuando atrae las gotas de agua, pulveriza la lluvia en su vapor que vierten las nubes, destilan sobre el hombre en abundancia. Además, ¿quién entenderá los despliegues de la nube, los fragores de su tienda? He aquí que extiende por encima su luz y cubre las raíces de la mar; pues mediante ellos juzga sobre los pueblos" (Vers. Cantera-Iglesias). Mediante la luz, mediante el agua, es como juzga a las gentes. Quisiera que comprendiésemos que ese agua es la palabra. Jesús dijo a la samaritana, en el pozo de Jacob, 'lo que necesitas es el agua de vida'. En Juan 7 se nos dice que ese agua

viviente es el Espíritu Santo. En Juan 6:63, dice Jesús: "las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida". Y la lluvia que cae es la palabra, ya que es el Espíritu de verdad llevándonos a toda verdad (Juan 16:13). Consideremos la lluvia tardía, según Isaías 55:10 y 11: "Porque como desciende de los cielos la lluvia, y la nieve, y no vuelve allá, sino que harta la tierra, y la hace germinar y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, antes hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié".

La palabra --las buenas nuevas-- es derramada como la lluvia. A medida que recibimos las buenas nuevas y las comprendemos más profundamente, si ejercemos fe, si creemos lo buenas que son, no importa cuán tibios hayamos sido con anterioridad, él podrá guardarnos sin caída, y presentarnos delante de su gloria irrepreensibles (Judas 24). Si podemos comenzar a comprender lo que significa el que Dios nos ame a pesar de todo, si somos capaces de creerlo, esa palabra nos purificará. Juzgados, librados, purificados por la palabra.

En 1888, E.White dice que comenzó la lluvia tardía, y ¿qué sucedió? La gente comenzó a dirigir su atención al evangelio. El despliegue del evangelio en los últimos días es directamente proporcional a esa lluvia. Leemos en Deuteronomio 32, versículos 1 y 2: "Escuchad, cielos, y hablaré, y oiga toda la tierra los dichos de mi boca. Goteará como la lluvia mi doctrina, destilaré como el rocío mis razones, como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba". Observad en qué consiste esa lluvia: es el derramamiento de su

palabra, su doctrina o enseñanza. Y ¿cuál es su obra? (versículo 3): "El nombre del Eterno proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios". ¿Qué significa el nombre? Muchos le dan hoy una gran importancia al nombre de Dios: Jehová, Yahvé (YHWH), Adonai, Elshadai... y si el nombre deja de escribirse o pronunciarse de la forma exacta, entonces para ellos ¡todo está mal! Pero el nombre significa mucho más que un simple rito. El nombre implica el carácter. Representa quién es esa persona; de quién se trata. Así, cuando Moisés dijo al Señor: "Ruégote que me muestres tu gloria", el Señor le responde: "proclamaré el nombre de Jehová delante de ti". Le dice virtualmente: 'Presta atención, Moisés, te voy a mostrar mi nombre, te voy a mostrar todo mi bien' (Éx. 33:18 y 19). 'Te voy a mostrar quién soy'. Así, en Deuteronomio 32, cuando dice, "proclamaré el nombre del Eterno" (versículo 3), y que esa lluvia va a derramarse, ¿qué significado tiene en el Día de la expiación? Que finalmente va a desaparecer un velo, y un pueblo --por la fe-- entrará en el lugar santísimo, y verá allí la shekinah, aquello que Moisés deseó ver. Lo verá a él cara a cara. A fin de que vosotros y yo podamos ser purificados plenamente, si es que hemos de ser limpiados de pecado, tenemos que comprenderlo plenamente: no que hayamos de llegar a saberlo todo sobre Dios, sino que debe desaparecer toda confusión. Sabremos quién es él, y lo veremos tan lleno de bondad, que nos daremos enteramente a él. Tal es la experiencia de la última generación.

Quisiera una vez más que vierais que eso es lo que sucede con la lluvia. En Deuteronomio 32, "el nombre del Eterno proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios", significa que nos muestra la grandeza

de Dios. (Versículo 4) "Es la roca, su obra es perfecta, todos sus caminos son rectos. Dios es leal, ninguna iniquidad hay en él. Es justo y recto". Observad la similitud entre eso y lo que se le respondió a Moisés.

Dios expone su carácter, que está implícito en su nombre, y se revela con ocasión de la lluvia tardía. Proverbios 1:23: "Volveos a mi reprensión. He aquí yo os derramaré mi espíritu, y os haré saber mis palabras". Repitámoslo: "os derramaré mi espíritu, y os haré saber mis palabras". ¿Podéis ver que el derramamiento del Espíritu está en relación con el conocimiento de su palabra, de la verdad?

Hay muchos textos al respecto, pero no disponemos ahora de tiempo para detenernos en ellos. Consideremos brevemente uno de esos textos; el de Isaías 28:10: "Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá". Eso evoca la idea de un pueblo cavando profundamente en la mina de la verdad, tal como dijo Salomón en Proverbios 2:4 "si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros". Pablo expresa lo mismo al referirse a un pueblo hambriento de la palabra. En 1ª de Corintios 2:13, nos habla de un pueblo que tiene doctrina del Espíritu, que acomoda "lo espiritual a lo espiritual", que cava profundamente en la verdad. En Isaías 28:12, a ese cavar profundamente se le llama reposo, el reposo del cansado, el refrigerio. Cuando tengo mucha sed, cuando estoy cansado y sediento, todo cuanto deseo es un vaso de agua. Algún día Laodicea se dará cuenta de lo seca y sedienta que en realidad está, y entonces clamará al Señor, y él enviará agua al que

tiene sed. Será un mensaje de buenas nuevas que nos proporcionará tal seguridad y confianza en él; tan asegurados estaremos en su amor, que estaremos preparados para examinar sinceramente nuestros corazones. Cuando eso suceda, tendrá lugar una magnífica transformación. No seremos más como niños, llevados de aquí para allá de todo viento de doctrina, sino que habrá por fin un grupo que crecerá según la medida de la plenitud de Cristo: ya no estará más preocupado por sí mismo, sino que derramará su vida por la salvación de este mundo. Como dice en Hechos 17:6 que hicieron los apóstoles, trastornarán el mundo. ¿Estamos tú y yo dispuestos a formar parte de ese grupo?

En el juicio algo va a cambiar, porque Dios nos ofrece la oportunidad de sentarnos con él en su trono. ¿Qué pensáis que significa eso de compartir el trono del juicio con Cristo? Ofreció esos tronos a los discípulos. Sin duda, Jesús quería purificar a Israel, y destacarlo ante el mundo, haciendo de él ese grupo. Dios no predestinó a Israel al fracaso. Les ofreció sinceramente la oportunidad de ser ese pueblo, a fin de poder 'revolucionar' el mundo por su medio. Jesús dijo a los judíos, 'He intentado reuniros, como hace la gallina con sus polluelos, pero no quisisteis'. Ese grupo selló entonces su rechazo. Ellos mismos pusieron fin a su tiempo de gracia. Dios espera ahora de su iglesia que sea ese grupo que el Israel literal no quiso ser. En Mateo 19, Jesús ofreció a sus discípulos la oportunidad de ser ese pueblo.

Dediquemos un momento a considerar la lucha que tenían los discípulos, al no haber comprendido el plan de la redención. Nada

querían saber de la purificación del corazón. Pensaban en mansiones, en coronas, en visitar quizá las estrellas... en definitiva, un asunto de provecho personal. Para el cristiano, el lugar en el cielo no es lo importante; lo importante es Cristo, y éste crucificado. Los discípulos no lo comprendían. En Mateo 16 Jesús les dice: 'Voy a la cruz', y Pedro replica, '¡De ninguna manera, no permitas tal cosa!' Jesús intentaba mostrarles el reino; intentaba hacerles ver que el reino de Dios no es esencialmente un lugar, sino que el reino de Dios 'entre vosotros está'. Jesús dijo que el reino de Dios viene cuando su voluntad es hecha en la tierra como en el cielo. Tal fue la oración del Señor. Los discípulos no lo comprendían, y debido a eso, debido a su gran egoísmo, Jesús no les podía mostrar la cruz. ¡Había tantas cosas que deseaba decirles!, pero en Juan 16:12, tuvo que resignarse por el momento: 'ahora no las podéis llevar'. Intentaba explicárselo, pero tenía que desistir. Es como si llevasen unas extrañas gafas de sol que les hiciesen ver todas las cosas a través de su interés personal: '¿Qué hay de bueno para mí? ¿Qué gano con ello?'

Jesús comenzó a mostrarles el verdadero reino: quería que ellos viviesen la vida de él. Jesús, tras haber sido interrogado sobre si es lícito que un hombre repudie a su mujer, respondió (Mat. 19:4,5): 'Al principio, los dos eran una sola carne', y el ideal de Dios es que el hombre no repudie jamás a su mujer. 'Dios os concedió el divorcio por la dureza de vuestro corazón', les dijo. Pero el matrimonio, dado en el Edén, es un símbolo o tipo de la redención: Cristo y su esposa, y él nunca la abandonará. Nunca deja de amarla. Leed algún día el relato de Oseas (os recomiendo la versión Dios

Habla Hoy). Es la historia de un hombre que ve cómo se le quebranta el corazón en vida. Su esposa adúltera le arranca el corazón del pecho, lo echa por tierra, y lo pisotea ante sus ojos. Pero no obstante, él continúa amándola. En Oseas 3:1, el relato nos dice que se trata de Cristo y su esposa. Así, los judíos decían a Jesús: 'queremos el divorcio'. Y Jesús elevó ante ellos la norma; les presentó el ideal. La conclusión de los discípulos fue que era preferible no casarse. No estaban dispuestos a aceptar el ideal. Jesús les dijo (versículo 11): "No todos reciben esta palabra, sino aquellos a quienes es dado". (12): "Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se hicieron a sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso, séalo". 'Todos no pueden aceptar eso', dijo Jesús. 'Algunos estarán dispuestos a andar todo el camino, a dejarlo todo por Cristo'. Entonces apareció el joven rico preguntándole qué tenía que hacer para ser salvo. --'Guarda la ley'. El joven dijo: 'Ya lo hago', y Jesús le respondió: 'Para ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y ven, sígueme'. El joven se fue triste. Jesús dijo entonces, mirando hacia los discípulos: 'Os digo que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios'. '¡Dejadlo todo para seguirme!' Sus discípulos se espantaron y exclamaron '¿Quién podrá ser salvo?' ¡Cómo podían dejar todas las cosas que amaban, sin haber visto antes los encantos incomparables de Cristo, lo único que tiene valor!

Cuando Jesús eleva la norma, y tú y yo vemos la ley tal cual es, no meramente nuestra estrecha visión de 'haz esto, no hagas aquello', nos damos cuenta de lo imposible que es obtenerlo por la carne. Pero Jesús dijo: 'Lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios'. Dios va a preparar un pueblo de tal modo, que los justos requerimientos de la ley serán cumplidos en nosotros (Romanos 8:4). Se trata de un milagro. Es la gracia divina. Mientras intentaba explicarles eso a los discípulos, Pedro se acercó y le dijo: 'Nosotros lo hemos dejado todo, ¿qué pues tendremos?' ¿Acaso Pedro lo había dejado todo? Lo que Pedro había hecho era básicamente un buen negocio: había cambiado una vida ruda e incierta como pescador, a cambio de lo que creía la oportunidad de su vida: la perspectiva de un sitio destacado en aquel nuevo gobierno. Jesús conocía los pensamientos de Pedro, así que le dijo: "en la regeneración, cuando se sentará el Hijo del hombre en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel". Pedro debió pensar: '¡Magnífico! ¡Que sea pronto!' Hay un texto significativo: se trata de cuando Ana oraba por Samuel, refiriéndose a los pobres y los mendigos, y a la forma en que Dios los eleva y los hace herederos del trono de gloria. Pedro debía estar familiarizado con el Antiguo Testamento. Debió decirse a sí mismo: 'Voy a formar parte del cumplimiento de la oración profética de Ana. Nos sentaremos en tronos. ¡Terciopelo y oro! ¡Magnífico!' Es en ese contexto en el que Salomé vino a Jesús y le dijo: 'Tengo que pedirte un pequeño favor: una vez establecidos esos doce tronos, ¿podrían sentarse mis dos hijos --Santiago y Juan-- a tu derecha y a tu izquierda?' Jesús le respondió: 'No imaginas siquiera de lo que realmente se trata, porque mi trono está en el Gólgota, y estoy

anhelante por producir una generación que va a apreciar la cruz, y que estará dispuesta a ir a ella conmigo'. Pero no comprendían, y luchaban contra esa idea.

En el juicio vemos un trono rodeado por otros 24 tronos. Sentado allí está el Anciano de días, el Padre mismo, ya que el trono representa la sede del gobierno; representa su esencia. Se nos indica que el fundamento del gobierno de Dios es ese amor sublime, libre de egoísmo. Algún día el mundo entero conocerá que el Padre posee todo el derecho a sentarse en ese trono. Cuando Jesús vino y se hizo hombre, dejó ese trono. A fin de poder regresar y sentarse de nuevo junto a su Padre en el trono, debió recorrer todo el camino hasta la cruz. Así, en Apocalipsis 5 vemos al Hijo viniendo al trono del Padre, y también en Daniel 7. ¿Qué es lo que lo hace digno de sentarse en el trono de su Padre? Es el haber vencido por "su sangre". Y así, en la última generación, Dios espera que haya un grupo que no ha resistido todavía hasta la sangre, para seguir al Cordero por dondequiera que va. Y en el juicio, Dios mismo se pone a prueba, ya que él ha dicho, no solamente que la ley puede ser obedecida, sino que eso no es algo difícil --'Mis mandamientos no son gravosos' (1 Juan 5:6). Ha dicho que el yugo de Jesús no es pesado, sino ligero, a condición de que comprendamos la grandeza de su bondad.

Dios va a preparar a una generación que expondrá ante todo el universo que cuando discernimos claramente el amor de Dios, es más fácil hacer el bien, que el mal.

Incluso en carne pecaminosa y en medio de todas las tentaciones del diablo, los 144.000 serán la mejor evidencia en el juicio de que Dios es exactamente quien dice ser: que Dios es amor.

Oremos:

Amante Padre celestial, mereces tanto, y te hemos dado tan poco... Ayúdanos a comprender lo tardía que es la hora en la que vivimos. Que podamos redimir el tiempo. Con todo el poder del universo que creaste, derrama la lluvia, las buenas nuevas, para que nuestros corazones puedan ser uno, y para que cautivados por ti podamos sentarnos contigo en el trono. Que comprendamos lo que significa vencer como Jesús venció. Gracias por ese gran privilegio y responsabilidad. Te rogamos que nos despiertes. En el nombre de Jesús, Amén.

## Tema nº 4

Antes de comenzar la reunión de oración propiamente dicha, vamos a dedicar unos minutos a considerar el tema de la oración. Abramos la Biblia en Hebreos 11:6: "Empero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es menester que el que a Dios se allega, crea que le hay, y que es galardoador de los que le buscan". Sin fe no podemos agradar a Dios, y la fe se define aquí como una apreciación de su bondad. Sabemos que existe, pero sabemos también lo bondadoso que es. Él es quien nos recompensa: nos ama. Está deseoso de darnos los mejores dones, más de lo que nuestros padres terrenales lo están.

Permitidme que os sugiera que la razón por la cual oramos tan poco es porque no creemos. No creemos la realidad del texto leído, cuán lleno de bondad está Dios. Cristo dijo a la mujer en el pozo de Jacob: "si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice... ['Si tuvieras fe; si creyese que Dios es el dador, y si conocieras el don -- que Dios es el que recompensa--, entonces'] tú pedirías de él" (Juan 4:10). Si creyésemos realmente eso, oraríamos "sin cesar".

La razón por la que vosotros y yo no pedimos más a Dios es porque realmente no creemos que las promesas sean para nosotros. ¿Habéis asistido recientemente a un entierro? ¿Habéis experimentado la desagradable sensación de no saber qué decir? ¿Sabéis que Dios ha prometido daros las palabras que habéis de decir? Isaías nos dice: "el Señor Jehová me dio lengua de sabios, para saber hablar en sazón palabra al cansado" (Isa. 50:4). Dios me ha prometido que

puede darme las palabras que reanimen a quien las oye. La razón por la que eso no sucede es porque no creemos que él pueda preocuparse hasta ese punto de mí, y de esa persona necesitada. Dudamos de él, y debido a eso no puede obrar sus milagros. Hoy nos dice a nosotros lo mismo que dijo a los discípulos: "¡Oh hombres de poca fe!" Porque si tuviéramos fe como un grano de mostaza, podríamos mover montañas; y eso no está realmente sucediendo.

El pueblo de Dios, en los últimos días, orará en el nombre de Jesús. No significa que terminaremos toda plegaria con las letras J-E-S-Ú-S, sino que oraremos con su carácter, con su fe, creyendo que nuestro Padre está tan lleno de amor, que cuando le pedimos pan, no nos dará una piedra. En ese día no oraremos tanto por nuestros dolores físicos o problemas personales: --Señor, cúrame este dolor, arréglame la avería del coche... Buscaremos primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas nos serán añadidas. Dios va a tener un pueblo que orará por él. Leemos en Salmo 72:15: "Y oraráse por él continuamente". En el día de la expiación, cuando es quitado el velo, y un pueblo lo ve tal cual es, comienza a comprender el dolor en el corazón de Dios. Comenzarán a ver al Cordero inmolado, verán al Mesías en lágrimas, porque todo el mundo en este planeta está en tal esclavitud y depresión, esperando que alguien les ofrezca un vaso de agua fresca, y entonces comenzaremos a orar aferrándonos a sus promesas, reclamándolas: 'Señor, tú me has prometido sabiduría' (Santiago 1:5). 'Señor, necesito saber qué decir a estas personas'. 'Necesito saber quién eres, Padre'. De hecho, en ese día no necesitaréis a muchos que os

enseñen; veréis que todo lo podéis encontrar en la Biblia si creéis. Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan 8:32).

Es mi oración que el pueblo de Dios sintamos pronto esa clase de hambre, que sintamos cómo la Palabra es espíritu y es vida. Cuando creamos, Dios abrirá nuestros ojos a ella. Pidámosle por ello.

Arrodillémonos ahora para orar, en humilde reconocimiento de la pequeñez de nuestra fe. Dios está deseando derramar la lluvia. Ha prometido hacerlo. Vendrá como un mensaje de poder. ¿Tenéis la fe para creer que él va a enseñaros, purificaros y daros el poder para ser ministros de la reconciliación, a fin de que cambie vuestro pequeño mundo? El Señor ha prometido ya tal cosa. La Palabra lo hará. Lo único que impide es nuestra dificultad para aceptar que él está tan lleno de amor. Oremos, pues, para que Dios ayude nuestra incredulidad. E.White definió la oración como la llave que, en la mano de la fe, abre los almacenes del cielo.

Oremos:

Padre celestial, ¡te damos tantas gracias por este sábado, y por nuestro gran Sumo Sacerdote --Jesús--, que está haciendo la obra de purificación en estos últimos días! Haz que podamos comprender la realidad de ese hecho, y de todo cuanto anhelas darnos además. Que el sábado signifique algo grande, que tu obra final avance por fin. Gracias por tu promesa de que el santuario será purificado. Purifícanos, Señor, de nuestra incredulidad. En el nombre de Jesús, Amén.

## Tema nº 5

Esta mañana quisiera que disfrutáramos estudiando el santuario. Quisiera compartir con vosotros algunos pensamientos. Hay uno que no quisiera olvidar: En el santuario, el sábado era un día en el que el sacerdote debía cambiar los panes de la proposición. Y creo que ahí hay una lección para nosotros: el sábado, la misión del ministro es proveer al pueblo alimento fresco y nuevo. Esta mañana oro para que el Señor nos de alimento fresco y nuevo.

Vamos a considerar Juan 15:13: "Ningún hombre tiene mayor amor que éste, que un hombre ponga su vida por sus amigos" (KJV). Dividiendo el versículo en tres partes, podemos considerar que no hay mayor amor que...: (1) que un hombre (2) ponga su vida (3) por sus amigos. Jesús se está refiriendo a la cruz. Y vamos a considerar cómo fue a la cruz. Lo primero que nos dice es que va a la cruz como hombre, no como Dios. No estamos diciendo que Cristo no sea Dios, sino que se enfrenta al Calvario como hombre.

Quisiera comenzar por considerar la fe de Jesús. Hay un pasaje que nos es muy familiar: Apocalipsis 14:12: "Aquí está la paciencia de los santos. Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús." Se han predicado muchos sermones sobre los mandamientos de Dios. Mucho menos sobre la fe de Jesús. Esa corta palabra, "de", se puede traducir como fe de Jesús, o como fe en Jesús. El griego admite ambas traducciones. Pero necesitamos comprender especialmente la fe de Jesús. ¿Era Cristo justo por naturaleza, o era justo por la fe? Es muy importante responder a esta

pregunta. En Hebreos 3:1 leemos: "Por tanto, hermanos santos, participantes de la vocación celestial, considerad el Apóstol y Pontífice [sumo sacerdote] de nuestra profesión, Cristo Jesús". Todo el libro de Hebreos nos presenta a Cristo como nuestro sumo sacerdote. En el capítulo 8, versículo 1, dice: "Así que, la suma acerca de lo dicho es: Tenemos tal pontífice [sumo sacerdote]". Está aquí resumiendo los primeros siete capítulos, que presentan a Cristo como sumo sacerdote, y de la obra que está llevando a cabo. En el primer capítulo de Hebreos se nos presenta a Cristo como siendo plenamente Dios, y en el capítulo dos como siendo plenamente hombre, lo que lo capacita para ser nuestro mediador, nuestro sacerdote: "Porque hay un Dios, asimismo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1ª Tim. 2:5). Hoy vamos a centrar nuestra atención en este Hombre, y en cómo vivió por la fe.

Tras haber presentado la divinidad y la humanidad de Cristo en los dos capítulos precedentes, en Hebreos 3:1 leemos: "Consideradlo..." La palabra considerar significa meditar en, concentrarse en, fijar los ojos en Jesús: reflexionar en torno a nuestro sumo sacerdote. Pero observemos el contexto en el versículo dos: "Considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó" (el término fiel y fe son equivalentes en su etimología, la versión de King James de la Biblia traduce faithfull, compuesto de faith = fe, y full = lleno: lleno de fe). Fijad, pues, vuestros ojos en Cristo, y en la forma en la que fue fiel --lleno de fe-- a su Padre. Se trata de la fe de Jesús. En Hebreos 12:1 se nos habla de una gente que deja todo el pecado que le asedia, todo el peso del pecado que les rodea. Pablo describe así en el primer versículo lo que va a ser el

cumplimiento de la misión de nuestro gran sumo sacerdote, y ahora nos muestra cómo va a lograrlo. En el versículo siguiente leemos: "Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe".

Cristo es el origen, el agente y el medio por el cual se produce la fe. La fe no se crea en un momento, de la manera en que Dios creó la tierra y lo que en ella habita. La fe se fraguó primeramente en la vida de Jesús, y luego, como dice el apóstol, "es dada a los santos" (Judas 3). De hecho, las buenas nuevas son incluso mejores que eso, ya que se nos dice que a todo hombre le ha sido dada una medida de fe (Romanos 12:3). Pero debemos comprender la manera en que esa fe se desarrolló primeramente en Cristo. Es a través de Jesús como recibimos toda bendición espiritual. Lo podéis comprobar en Efesios 1:3: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales". Quiero llamar vuestra atención al hecho de que se trata de la fe de Jesús, que nos es dada a nosotros. Leamos en Hechos 3:16. Se trata aquí de la curación del hombre cojo en el día de Pentecostés. Leemos que "en la fe de su nombre [el nombre de Jesús], y la fe que por él es, ha dado a éste completa sanidad". La fe que viene por medio de Cristo ha sanado a este hombre. La fe viene de Jesús, y fue primeramente manifestada en su vida. La fe es "la sustancia de lo que se espera, la evidencia de lo que no se ve". Es imposible ver, y tener fe. Si vosotros veis, si sabéis, eso no es fe. Es por eso que Santiago nos dice que "Dios no puede ser tentado" (Santiago 1:13). Dios no puede ser tentado porque conoce todas las cosas. Es imposible engañarlo. La fe puede ser tentada y seducida. Por lo tanto, si Cristo no vivió por la fe, si él hubiese vivido simplemente

por su poder divino, si hubiese vivido como Dios, no habría podido ser tentado. Sus tentaciones habrían sido una falsificación. No habrían sido reales. Vamos a reflexionar en cómo vivió Jesús, en cómo vivió Cristo verdaderamente por la fe.

A primera vista, no parece que Cristo viviera por la fe, porque allí donde va, parece saberlo todo. Dijo a Natanael: "antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi" (Juan 1:48). Dijo a la mujer samaritana en el pozo: "cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido" (Juan 4:18). Cuando le fue traída la mujer sorprendida en adulterio, escribía en la arena los pecados de sus acusadores. Dijo a Pedro: "me negarás tres veces". A Judas: "me vas a traicionar". Dijo: "Voy a ir a la cruz, y todo el rebaño se dispersará". En la Pascua, les dijo: "Id a tal ciudad, y encontraréis un hombre que lleva un cubo de agua sobre la cabeza. Él os dirá dónde se encuentra la habitación a la que deberéis ir. Encontraréis un asno que nunca ha sido montado. Decidle que el Maestro lo necesita, y os lo dará". Allá donde fuese, parecía saber exactamente lo que iba a suceder. De hecho, una de las cosas que me impresiona más es la experiencia con María Magdalena en la fiesta de la casa de Simón; particularmente la forma en la que Jesús trata a Simón. Jesús refirió a Simón la historia perfecta. Le dijo: 'Simón, dos hombres tenían sendas deudas. Uno debía 50, y el otro 500 monedas. Ambos fueron perdonados. ¿Cuál crees que estará más agradecido?' Y con esa historia, Cristo esgrimió su Palabra, la espada de doble filo, y penetró profundamente en el corazón de Simón. Pero lo hizo sin poner en evidencia a Simón delante de los presentes. Cuando vosotros y yo hacemos reproches a las personas,

lo hacemos con disparos de ametralladora para que todos oigan el fuego. Pero Jesús tiene cuidado de no destruirnos, porque su obra es la de restaurar. Lo mismo sucede con Judas. Jesús no puso en evidencia a Judas. Existe mucha gente hoy que parece sentir que su llamado consiste en esparcir los trapos sucios por doquier. Eso no viene de Dios. Es el amor de Dios quien nos redarguye finalmente de nuestros pecados. Hay algo muy profundo en estas palabras de Jesús: "el que esté libre de pecado, tire la primera piedra".

El caso es que Jesús, en la fiesta de Simón, tenía la historia perfecta. ¿Cómo la obtuvo? De forma natural, nos sentimos inclinados a pensar: --'Era Dios, ¡para él era fácil!' Os quisiera sugerir que el momento en el que Cristo encontró la historia perfecta para Simón, fue temprano por la mañana, antes de amanecer, cuando se levantaba y oraba: 'Padre, te necesito. Dependo enteramente de tu bondad y poder'. Leed conmigo en Hebreos 5. Habría sido maravilloso tener un vídeo donde pudiésemos ver a Jesús orando. En cierta ocasión Jesús quiso que sus discípulos le viesen orando. Fue en el huerto de Getsemaní. Si lo hubiesen contemplado allí orando, habrían quedado impresionados y fortalecidos para la hora de la prueba, pero estaban adormecidos y se lo perdieron. Ahora, vosotros y yo, podemos ver por la fe aquello que los discípulos se perdieron. Así, en Hebreos 5:7 y 8, leemos que "en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído por su reverencial miedo. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia".

"Sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:6). Jesús tuvo siempre todo lo que agradaba a su Padre, porque tenía fe. Y fue oído, dice el texto, por su temor reverencial, por su fe. No se trataba de nada parecido a un fingimiento. Oraba con "ruegos y súplicas, con gran clamor y lágrimas". Y oraba a Aquel en el que tenía confianza, y que sabía que le daría lo que necesitaba. Cristo se acercó al Padre creyendo que él existe, y que recompensa a los que le buscan (Heb. 11:6, segunda parte). Es así como vosotros y yo debemos dirigirnos a él. Debido al hecho de que Jesús lo hacía todo perfectamente, nos cuesta creer que Cristo viviese por la fe. Querría que reflexionásemos en las cosas a las que Cristo renunció cuando vino a este planeta. Filipenses 2:5: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". En los dos versículos siguientes se explica cuál fue el sentir de Jesús, cuando Cristo descendió todas esas etapas, dispuesto a despojarse de todas las cosas, hasta llegar a la muerte misma, y muerte de cruz. En el principio del versículo 7, dice que "se anonadó --o despojó--a sí mismo". Eso significa que Jesús renunció voluntariamente a todas las prerrogativas o atributos divinos. No se trata de unos pocos, sino del paquete entero de atributos divinos.

Quisiera que nos detuviéramos en lo que Cristo dejó al venir a esta tierra: Lo primero es obvio: dejó su gloria. Cristo veló la gloria divina con la carne humana. No hubiéramos podido permanecer ante él, en su gloria. Tuvo que deponerla. Dejó también su omnipresencia. Cuando Cristo vino a este planeta, dejó de poder estar en todos los sitios al mismo tiempo. Es por ello que dijo a los discípulos: 'Os conviene que yo me vaya, para que os pueda enviar

el Espíritu Santo. Yo no puedo estar en todos los sitios a la vez. El Espíritu Santo sí puede' (paráfrasis de Juan 16:7). Pero él dejó también algunas otras cosas: su omnisciencia. Se despojó del conocimiento de todas las cosas. ¿Puede Dios, que lo conoce todo, progresar en sabiduría? ¡No! Dios lo sabe todo, no puede "crecer en sabiduría". Cuando Jesús vino a este planeta, vino como un hombre y aprendió como un hombre. Lucas nos dice que "el niño crecía en estatura y sabiduría". De hecho, en El Deseado se nos dice que los Diez Mandamientos que él mismo dio en el monte Sinaí, tenía ahora que aprenderlos sobre las rodillas de su madre. No solamente ahora no lo sabía todo, sino que desconocía también el futuro. Sabía solamente lo que el Padre le revelaba. Es por eso que no sabía el día ni la hora de su venida. Dijo: 'solamente mi Padre que está en los cielos la conoce. No me la ha mostrado'. Eso es en realidad lo que significan sus palabras al respecto. Y sugiero también que él dejó su poder. En Juan 5:30 leemos: "No puedo yo de mí mismo hacer nada".

Querría en esta mañana hacer un breve estudio en el evangelio de Juan, y contemplar la fe de Jesús. En Hebreos se nos amonesta a fijar nuestros ojos en él, quien es fiel (lleno de fe). En Filipenses 2:8 leemos que fue "Hallado en la condición como hombre". Veamos ahora Juan 7:15: "Y los judíos se maravillaban, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, no habiendo aprendido?" Es exactamente la pregunta que nos estamos haciendo esta mañana. ¿Cómo sabía Jesús lo que sabía? Y la respuesta está en los versículos que siguen: "Respondiéndoles Jesús, dijo: mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió. Si alguno quisiere hacer su voluntad, conocerá de la

doctrina si viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo". 'Si queréis verdaderamente conocer la verdad para obedecerla y abrir vuestros ojos -dice Jesús-, Dios os mostrará si yo vivo por la fe, o si viene naturalmente de mí mismo'. ¿Tenía Jesús que sacrificar el yo diariamente, como vosotros y yo? ¿o simplemente actuaba como lo hace un piloto automático? Leamos en Juan 10:17. Algunos han intentado utilizar este versículo para pretender que Cristo empleó sus poderes inherentes: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, más yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar". De forma que algunos dirán: --'¿Veis? Cristo puso su vida y la volvió a tomar por su propio poder'. Puesto que Cristo tenía ese poder, ellos asumen que él era el origen de ese poder. Pero la frase que sigue, en el mismo versículo, nos dice cuál era la fuente de ese poder: "Este mandamiento recibí de mi Padre".

Vayamos ahora a Juan 8:26-28. Aquí nos explica cuál era el origen de las historias perfectas que Cristo empleaba: "Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros: mas el que me envió, es verdadero: y yo, lo que he oído de él, esto hablo en el mundo. Mas no entendieron que él les hablaba del Padre. Díjoles pues Jesús: Cuando levantareis al Hijo del hombre, entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo; mas como el Padre me enseñó, esto hablo". Jesús les estaba diciendo: 'Todo cuanto hago y digo, me es dado por mi Padre'. Vivió por la fe. Veamos en Juan 12:49 y 50: "Porque yo no he hablado de mí mismo: mas el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de

hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna: así que, lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así hablo".

Una tarde de sábado estaba estudiando el evangelio de Juan, y me llamó la atención uno de estos versículos. Me pareció como una maravillosa ventana abierta hacia el cielo: algo así como una revelación. Fui anotando cada vez que había una expresión en la que se hacía evidente que Jesús vivió por la fe. Encontré unos 30 ó 40 versículos que afirmaban eso en el evangelio según Juan. La idea de que Jesús vivió como un hombre está por doquiera. Eso es animador par mí. ¡La fe de Jesús!

Cuando Jesús fue a la cruz, todas las evidencias que él tenía sobre las cuales había edificado su fe --porque la fe se apoya en la evidencia--, comenzaron a desvanecerse. Nuestra fe viene al apreciar la gran bondad de Dios. Dios me muestra su amor, y edifica mi fe. Entonces, Dios parece esfumarse, y permite que mi fe sea probada. Eso es exactamente lo que sucedió a Jesús. Cuando salió del agua, tras su bautismo, oyó la voz de su Padre decir "Este es mi Hijo amado"; vio al Espíritu Santo descender en forma de paloma, acreditando que él era el Ungido, porque era el Espíritu Santo quien obraba a través de Jesús. Oyó, pues, la voz, y vio la forma de paloma. Pero poco tiempo después desaparecieron la voz y la paloma, y Jesús se encontró en el desierto para ser tentado. La evidencia se esfuma. Ninguna declaración proclama allí "este es mi Hijo amado". Muy al contrario, Satanás le dice: "Si eres Hijo de Dios...", y su fe es tentada, es puesta a prueba. En muchas ocasiones Jesús oyó, y dejó de oír la voz de su Padre. Su Padre le da muestras

constantes de su amor, y Jesús siente la presencia de su Padre, pero a medida que el Calvario comienza a aproximarse, esa voz empieza a desaparecer, y se enfrenta a la prueba final de la fe. Cuando entra en el huerto del Getsemaní, incluso ya antes, deja de oír esa voz. "Comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera", y dijo a sus discípulos: "mi alma está muy triste hasta la muerte". El corazón le pesa, porque las tinieblas lo rodean, y ya no ve ni oye a su Padre. Su fe, como hombre, va a ser sometida a la más terrible prueba. Y mientras las tentaciones le asaltan, subsiste por la fe. Leamos el Salmo 22. Vamos a prestar atención solamente a un par de textos en este salmo. Jesús clama, en el versículo 1: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Al final del capítulo, en el versículo 31, la última frase se puede traducir a partir del original como: "Consumado es". Y en realidad, el salmo 22 es una descripción de Jesús, entre "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" y "Consumado es". Es como si David hubiese sido un reportero, pero no tomando el registro de las palabras de Jesús, sino el de sus pensamientos. Y David nos parece querer decir en ese salmo: 'Venid y ved lo que le sucede al Señor al ser hecho pecado por nosotros'. Jesús clama al Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" ¿Es que Dios le había abandonado realmente? --No: "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí" (2 Corintios 5:19). De hecho, si el Padre hubiera abandonado realmente a Jesús, si el Espíritu hubiese dejado a Jesús, habría sucumbido al pecado. Fue su Padre, por medio del Espíritu, quien lo sostuvo en esa hora. Pero el pecado se vuelve tan horroroso, que Jesús es incapaz de sentir el aliento del Padre, o del Espíritu. Siente que ha sido abandonado. En el versículo 1 y 2, dice: "¿Por qué estás lejos de mi

salud, y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no oyes; Y de noche, y no hay para mi descanso". ¿Por qué siente Jesús que es la noche? Al medio día, es decir, a las doce, el sol comenzó a oscurecerse. Jesús no tenía reloj. En su situación no podía decir: '¡Oh, qué pronto se hace de noche!' En su agonía ha perdido ya la noción del tiempo, y sobre la cruz, le parece que está entrando en la noche eterna para siempre jamás. En su aflicción, clama por liberación. En el versículo 6 dice: "Mas yo soy gusano, y no hombre". Jesús se llama a sí mismo "gusano". Eso es lo que hace el pecado. Cuando veis el pecado tal como es en realidad, cuando veis lo maligno y terrible que es, sentís, os parece imposible que Dios os pueda aceptar. Job hizo una exclamación similar. Dijo: "Corrupción, tú eres mi padre y madre, y gusano, tú eres mi hermana". Lo que Job quería decir es: 'Soy tan repugnante, tan lleno de pecado, tan patético, que no puedo ni siquiera pretenderme un ser humano, porque los seres humanos son hechos a la imagen de Dios, y yo no reflejo esa imagen ni en una partícula'. Cristo se sintió como aún más bajo que la humanidad. De hecho, Jesús sentía como si él mismo fuese el pecador --todos los pecadores--. Vayamos ahora al Salmo 69. Es un salmo mesiánico. Describe también la cruz. Hay cosas en ese salmo que solamente pueden aplicarse al Calvario [ver versículos 9, 20, 21, etc.]. En el versículo 5 leemos: "Dios, tu conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos". A primera vista, decimos: --'No, eso no puede aplicarse de ninguna forma a Jesús'... Pero en el Calvario, Jesús, el que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Es cierto que tenemos la idea general de que Cristo llevó los pecados del mundo sobre sus hombros, algo así como quien lleva una mochila. Pero Pedro nos

dice que Cristo "Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1ª Pedro 2:24). Los llevó en él mismo, en su ser. Dice Pablo que fue hecho pecado por nosotros. De tal manera el pecado fue hecho una parte de él, tan identificado está con el pecado, que siente como si fuese el suyo propio. Volviendo al Salmo 22, en los versículos 7 y 8 describe cómo los que estaban alrededor suyo, en torno a la cruz, le escarnecían con burlas. Y entonces comienza a construir un puente, por la fe, que va a permitir nuestra salvación. En los versículos 9 y 10 vemos cómo se aferra a los recuerdos de su infancia. Rememora la bondad de sus padres, aunque el pecado le haga sentirse totalmente abandonado por Dios. Recuerda ahora su pasado, y todas las ocasiones en que su Padre estuvo allí, junto a él. En el versículo 9 dice: 'Cuando era un bebé dependía absolutamente de ti, y allí estabas para sustentarme'. Jesús no nació el 25 de diciembre. No había hermosas sábanas limpias, como describen los cuadros clásicos del Pesebre. Nació donde se recogen los animales. Desde el principio dependió de su Padre. De hecho, dos años después, o poco tiempo después, se pronuncia ya un decreto de muerte; su vida depende de su Padre, quien envía a un ángel para advertir a José. Y así, leemos en el versículo 10: "Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios". Versículo 11: "¡No te alejes de mí!" En el versículo 12 se siente cercado por fuertes toros de Basán. En el 13: "Abrieron sobre mí su boca como león rapante y rugiente". Todo ello es simbólico de la persecución, tentación y pecado que siente. Intenta darnos una idea de la magnitud de la prueba. Versículo 14: "He sido derramado como agua, y todos mis huesos se descoyuntaron. Mi corazón fue como cera, se derritió dentro de mí". Jesús experimentó un quebranto indescriptible. Cada célula de su

cuerpo sufría la carga de la condenación. Descendió verdaderamente al "infierno" por nosotros. Leemos en el versículo 15: "Me has puesto en el polvo de la muerte". Desde el principio de la creación, solamente Uno ha muerto verdaderamente. Todos los demás han pasado al "descanso". El descanso no es algo desagradable. La muerte verdadera, la segunda muerte, es algo muy distinto. No podemos ni siquiera explicarla. Por la "locura de la predicación" - como dice Pablo- tratamos de explicar lo que le sucedió en la cruz. Continúa en el versículo 17: "Puedo contar todos mis huesos". "Partieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suerte" (versículo 18). En el 19: "Mas tú, Jehová, no te alejes, fortaleza mía, apresúrate para mi ayuda". 20: "Libra de la espada mi alma; del poder del perro mi única". Lo que en realidad pide, aquello por lo que está preocupado, no es su propia vida, ya que habría podido dejar de actuar por fe, descender de la cruz y salvar su vida. Se nos dice que en esa hora no podía ver más allá de los portales de la tumba. No tiene la garantía de que vaya a triunfar su sacrificio. No tiene la seguridad de que vaya a salir victorioso [ver Salmo 69:6]. Algunos días antes, su Padre le decía que sería victorioso, y tras haber oído la voz del Padre, podía avanzar confiado. Podía decir: "Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré". Podía explicar a sus discípulos: "Es necesario que sea crucificado, y resucite al tercer día". Pero ahora esa voz ha desaparecido, y tiene que confiar en la promesa. Y en esa hora, se ciernen sobre él las más fieras tentaciones del enemigo. En el versículo 21 ya no nos presenta al león alrededor de la cruz, sino que siente ya allí su boca devoradora. Todo ello es simbólico de la furia satánica desatada contra él. Y pensad en esto: dado que la fe de Jesús resiste contra la boca del

león, contra las puertas del infierno, Cristo puede edificar una casa, una iglesia, sobre la Roca, de tal manera que las puertas del infierno no puedan prevalecer contra ella. La razón es que su iglesia tendrá la fe de Jesús. A partir del versículo 22, podemos ver que él eligió creer que el plan de la redención triunfaría gloriosamente. Esa es la fe de Jesús.

"Ningún hombre tiene mayor amor que este, que un hombre ponga su vida por sus amigos". Jesús: -Dios, pero también hombre. Va a la cruz como hombre, y lo hace en beneficio de sus amigos. Cuando leí este versículo hace más de un año, hubo algo que me extrañó. De hecho, el final del versículo me decepcionaba en cierta forma, ya que dice que lo hizo "por sus amigos". En Mateo 5 había leído que debemos ser perfectos como nuestro Padre que está en los cielos, y la perfección se define allí en términos de "Amad a vuestros enemigos" (versículos 44-48). "Benedicid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os ultrajan y os persiguen", es decir, 'Sed como vuestro Padre, quien ama a sus enemigos'. Leía en Romanos 5:10 que "Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo". Pensaba: --'¡Esa es la mayor demostración de amor!' Me preguntaba por qué el texto no diría que la mayor demostración de amor es que un hombre ponga su vida por sus enemigos (en lugar de por sus amigos). Pero un día me di cuenta de algo: Dios llama amigos a sus enemigos. En la parábola de las bodas, cuando el rey descubre a alguien que no llevaba el vestido de boda, se dirige a él diciéndole: "Amigo" (Mateo 22:12). ¿Dónde se nos dice que fue herido Jesús? "En casa de mis amigos" (Zacarías 13:6). De hecho, cuando Judas hace

aparición en el huerto del Getsemaní para entregar a su Maestro, Jesús le dice: "Amigo, ¿a qué vienes?" (Mateo 26:50). Dios no es nunca tu enemigo. Seas quien seas, y seas como seas, ¡tienes un Amigo! ¿No te parece que "el Cordero es digno" de que respondas a su amistad?

"De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". ¿Comprendemos verdaderamente la fe de Jesús?

Querría compartir con vosotros un último pensamiento. Cuando Jesús se hizo un hombre, A.T. Jones dijo en una ocasión -de hecho más de una vez-, que eso significa un sacrificio eterno. Dios no amó de tal manera al mundo, que prestó a su Hijo unigénito. No. Cristo se hizo uno con la humanidad por la eternidad. Me pregunto si Cristo conoce, incluso hoy, el día y la hora de su venida. Cuando ascendió, después de la resurrección, ¿recuperó todo lo que había voluntariamente depuesto? ¿Recordáis lo que dijo a María cuando ésta quería darle gracias, tras haber resucitado? "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre" (Juan 20:17). En *El Deseado*, E. White explica que rehusó recibir la adoración de María, porque aún no sabía si el Padre había aceptado su sacrificio. Pensamos que al verse resucitado, debía sentir que el plan de la redención había sido un éxito, pero E. White nos dice que no lo consideró así antes de oír la voz del Padre. ¿Qué nos dice eso de su omnisciencia? Hay un versículo interesante en Apocalipsis 14:14. Se describe a Jesús viniendo sobre una nube blanca, después que los mensajes de los tres ángeles han cumplido su misión. En el versículo 15, un ángel

viene a Jesús y le dice que meta la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega. ¿Por qué hace falta que un ángel le indique a Jesús que es el momento de la siega? Puede que sea un simple asunto de protocolo, pero es también posible que para salvarte, Cristo haya dejado por la eternidad mucho más de lo que tú y yo habíamos pensado, y ciertamente apreciado.

Oremos:

Padre celestial, te damos gracias por la cruz. Ayúdanos a comprender que lo que realmente contamina el santuario es nuestra gran profesión de amor por ti, mientras que nuestras vidas se parecen muy poco a la de Jesús. Despiértanos en esa última hora de la historia, para que podamos recibir la fe de Jesús. Te lo pedimos en su nombre. Amén.

## Tema nº 6

Pregunta: Oímos mucho sobre la fe, pero ¿no nos habla la Biblia de esfuerzo y lucha?

Respuesta: Al considerar la justificación por la fe en relación con los versículos que nos hablan de esfuerzo perseverante, lucha, etc, es preciso observar que todo el esfuerzo y lucha deben estar en el terreno de la fe, y no en el de las obras. Según los escritos de E. White, nuestro combate, nuestra batalla, es la "buena batalla de la fe". La fe no es "lo fácil", sino que es la parte difícil. Hemos de reconocer que a veces nos resulta casi imposible creer. Por ejemplo, la razón por la que no nos levantamos temprano, por la mañana, para estudiar la Biblia, es porque no creemos que su Palabra sea Espíritu y vida. Job lo creía, y dijo "guardé las palabras de su boca más que mi comida" (Job 23:12). ¿Cuántas veces os saltáis una comida? ¿Sois tan constantes en estudiar la Biblia? Si no lo sois, la razón es que no creéis que el cumplimiento de la Palabra esté allí. No creéis que lo que Dios os quiere mostrar en su Libro es la bendición más increíble del mundo. Es mi firme convicción que el tesoro escondido en el campo, la perla de gran precio, es Cristo tal como es revelado en su Palabra. En la última generación, Dios va a convencer a un pueblo de esa verdad. Cuando creamos realmente que ese tesoro está allí, nada nos alejará de nuestras Biblias. La fe es lo que hace la diferencia. La razón por la que aún no hemos experimentado eso, es porque nos parece tan difícil de creer. La batalla está en la fe.

Pregunta: ¿Sobre qué base se hará el juicio?

Respuesta: Todos los textos que he leído en la Biblia, referentes al juicio, dicen que seremos juzgados de acuerdo con nuestras obras; por nuestros hechos. Porque en el juicio, lo que Dios hace al poner de manifiesto nuestras vidas, es mostrar claramente quién tiene fe y quién no la tiene. Eso es así porque la fe obra siempre. Al exponer nuestras vidas, se hace evidente quién lo aprecia y quién no. Cuando la vida secreta queda descubierta, se hace evidente quién ama a Dios y quién no. Hoy no somos conscientes de por qué hacemos esto o aquello, o por qué pensamos de una forma u otra. Se nos esconden nuestros pensamientos y nuestros motivos. Dios permitirá que nuestros corazones sean expuestos en el juicio, y los habitantes del cielo comprobarán fehacientemente que damos nuestros corazones verdaderamente a Dios. La diferencia, en relación con su pueblo de los últimos días, es que esa obra de revelar lo secreto de nuestros corazones tiene lugar ahora, mientras vivimos. La última generación será una demostración de cuanto Dios habría hecho con todos los creyentes, si hubiesen tenido el tiempo y la luz necesarios. Dios será reconocido justo, porque no habrá excusado el pecado, sino que lo habrá limpiado (purificado). Satanás no podrá decir: 'Mira sus vidas, realmente no te aman. Si estos son los que vas a llevar al cielo, ¡llévame también a mí!' Al contrario, sus vidas serán la respuesta a la gran acusación de Satanás --que no existe el amor sin egoísmo. Pero la base del juicio son nuestras obras. La razón por la que no tenemos nada que temer es porque (1) Dios nos ama, y (2) no dependemos de nosotros para producir las buenas obras. Dios no me condena. Si creo las buenas nuevas, hasta qué punto me ama, él perdona y purifica, es él quien quita mi pecado y me califica para el

juicio, no soy yo quien se califica. Permitidme que os cite Mateo 12:36 y 37, que guarda paralelismo con Romanos 2:15 y 16: "Mas yo os digo que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado". No quiere decir que Dios nos hará justos por aquello que decimos o hacemos. No significa que tenemos que hacernos buenos antes que Dios nos justifique. Significa que cuando Dios nos justifica --por la fe--, nos cambia. Nos pone en armonía con su ley, y podrá decir: "Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús". Lo mismo sucede con el capítulo 2 de Santiago: cuando dice que Abraham fue justificado por obras, significa que sus obras demostraron que había sido justificado. Las obras de Abraham demostraron su justicia por la fe. 'Justificado' puede significar 'reconocido como justo', ya que en Romanos 3:4 dice que 'Dios sea justificado cuando de él se juzgare': significa que será reconocida, o demostrada su justicia.

Pregunta: ¿Abandonó realmente Jesús sus atributos divinos, al encarnarse?

Respuesta: Estaban a su alcance, pero no los empleó. Quizá los pudiese emplear pidiéndoselos nuevamente al Padre, o bien estaban en él y pero no los empleó, lo que parece ser el caso. En todo caso, Filipenses 2 dice que se anonadó (K.J.V: vació) a sí mismo, que escogió dejarlo todo voluntariamente, no tocarlo. Por alguna razón, después de la resurrección, continuó eligiendo no hacer uso de sus atributos divinos. Yo no sé por qué, ni por cuánto tiempo, pero hay

alguna declaración en la Biblia y en el Espíritu de Profecía que muestran que Cristo todavía no sabe el día y la hora de su venida. Después de la resurrección, le dijo a María 'voy a vuestro Dios y a mi Dios', y en El Deseado leemos que no sabía si su sacrificio había sido aceptado, hasta no oír la aprobación del Padre. No se trata de ningún dogma, pero no hay duda de que ahí hay algo profundo. En Apocalipsis 14, un ángel le dice que ha llegado el momento de ir a buscar a su esposa. Quizá sea una formalidad, un mero asunto protocolario, pero quizá es porque ha revestido su divinidad de humanidad por siempre. Cristo es un don (no un préstamo) por la eternidad. No sé el pleno alcance de eso, pero cuando Jones y Waggoner --quienes tengo la persuasión de que fueron un cumplimiento de "Elías"-- comenzaron a presentar la justificación por la fe y la purificación del santuario, E. White dijo que estaban elevando, destacando al Salvador, y ellos lo vieron como un sacrificio eterno. No tengo la sabiduría para saber lo que eso significa, pero una cosa sé: antes de estar sellados en su amor, conoceremos y apreciaremos mucho mejor lo que costó a nuestro Salvador el rescatarnos.

Pregunta: ¿Qué significa ser perfecto antes de la venida de Jesús?

Respuesta: Algunos emplearían Mateo 5:48, 'sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto', para decir que no debemos realmente ser perfectos, que lo único necesario es haber desarrollado un amor maduro, mientras continuamos pecando. Quisiera sugerir que el pecado es una manifestación del egoísmo de Satanás, y no de amar como Dios ama. La vida de Jesús, cuando

estuvo en la tierra, es un modelo de lo que es la perfección. Si tenéis vuestra fe puesta en Cristo en todo momento, y permitís que la vida de Cristo obre en vosotros, por más elevado que sea vuestro concepto de la ley, Dios ha prometido cumplirla en nuestras vidas -- ya que él es el autor de la ley--. Ha prometido que es capaz de "cautivar todo pensamiento en obediencia a Cristo" (2 Cor. 10:5), capaz de hacer que "la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros" (Rom. 8:4). "Cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio" (1 Juan 3:3). "Porque para esto sois llamados; pues que también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que vosotros sigáis sus pisadas: el cual no hizo pecado" (1 Ped. 2:21 y 22). "Por la sangre del testamento eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo" (Heb. 13:20 y 21). Hay innumerables textos de la Biblia, al respecto. La razón por la que encontramos eso tan difícil de creer, es porque no lo hemos comprendido. Cuando Pedro anduvo sobre las olas del mar, podría haberse detenido a razonar: 'nunca he visto que nadie haga tal cosa', o bien podía decidir creer, por más imposible que pareciera a la vista de su experiencia pasada, que la palabra de Dios puede cumplir lo imposible, sosteniéndolo a flote. Cuando dudó de la palabra de Dios, comenzó a hundirse. La última generación creerá que él "es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros delante de su gloria irreprensibles, con grande alegría" (Judas 24). Lo que obstaculiza el camino hacia esa última generación es que consideramos la palabra de Dios, vemos lo que dice, y decidimos: 'Eso es imposible'. En 1 Juan 5:10 dice que "el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso". No que convierta en mentiroso a Dios, sino

que da ocasión para que el mundo desprecie su palabra. Nietzsche dijo: 'Si queréis que crea en vuestro Redentor, tenéis que parecer mucho más redimidos de lo que parecéis'. Dios nos dice: 'Puedo hacer eso. ¿Estás dispuesto a creerme?' Y en Romanos 3 leemos que el hecho de que Israel no creyera, no hizo vana la verdad de Dios: "Sea Dios verdadero, mas todo hombre mentiroso" (versículo 3), y en el versículo siguiente, vemos en qué términos se vindica a sí mismo. Dice claramente que Dios se pone a prueba, y si nuestra incredulidad lo deja como mentiroso, nuestra fe lo deja como justo. En eso consiste el juicio.

## Tema nº 7

Tengo dos pensamientos que querría compartir con vosotros, en relación con el juicio y la Escuela Sabática de esta mañana. Primeramente: ¿Qué es lo que nos cualifica para el juicio? La respuesta del Espíritu de Profecía es: 'la justicia imputada de Cristo es la que nos cualifica, ahora y en el juicio'. En otras palabras: cuando comparezcáis ante Cristo y se os pregunte qué derecho tenéis a estar allí, la razón será porque ha perdonado vuestros pecados pasados y presentes, y es él y su obra purificadora solamente, su perfecta vestidura de justicia, la que os da el derecho a estar allí. Así, cuando se os pregunte si sois dignos, responderéis como el Centurión --'No soy digno: El Cordero es digno'. Pero debido a que la vida de Cristo también nos purifica, cuando el diablo viene a Jesús, Cristo podrá señalar nuestras vidas sin avergonzarse, porque cuando pone sus ropas sobre nosotros, nos limpia. Así, en Apocalipsis 19:7, leemos que 'su esposa se ha preparado', y el lino fino que viste 'son las acciones justas de los santos'. Son las propias vestiduras de Jesús obrando en nuestras vidas.

Otro pensamiento: La naturaleza del juicio de Dios, de su justicia, es redentora. Vemos que en las vidas de los santos, la hora del juicio es la hora de la purificación. En 2ª de Crónicas 6:30, Salomón ora dedicando el templo, y dice: "perdona, y da a cada uno conforme a sus caminos". Salomón no concibió la misericordia y la justicia separadas, sino que vio la justicia misericordiosa, porque la obra del juicio es exponer el pecado. El mismo tipo de juicio que viene sobre la iglesia, viene sobre el mundo. De hecho, el deseo de Dios es

juzgar al mundo ahora, ya que dice: 'derramaré mi Espíritu sobre toda carne'. Toda carne incluye a justos y a injustos. Se trata del derramamiento de un mensaje. La luz que juzga, vendrá sobre todo el mundo y la tierra será iluminada de su gloria. El juicio vendrá primeramente sobre la iglesia, y el fuego purificador la santificará, y siendo la iglesia transformada a semejanza de la gloria de Dios, ministrará el juicio al mundo. El problema de los malvados es que cuando la luz viene sobre ellos y expone sus pecados, en lugar de someterse en arrepentimiento, hacen como el hombre descrito en Santiago 1:23 y 24: "considera en un espejo su rostro natural... y se fue, y luego se olvidó qué tal era". Pero, a diferencia de él, la iglesia responde. Dios quiere realmente derramar su luz, la verdad, el mensaje, para juzgar al mundo entero. El mundo rechaza ese juicio; no hay nada más que pueda hacerse por él, ya que escoge afrontar el juicio más tarde, sin fe.

Es ahora mi convicción que Dios pronto va a derramar la lluvia, y "Elías", el mensaje, la luz, la lluvia, llegarán con su obra purificadora. Señalemos un par de textos en relación con la lluvia tardía, con el fin de ver cómo la lluvia purifica. Es importante comprender la lluvia, porque entonces podemos orar por ella de forma inteligente. Oseas 10:12: "Sembraos simiente de justicia, recoged cosecha de amor, desbarbechad lo que es barbecho; ya es tiempo de buscar a Yahveh, hasta que venga a lloveros justicia" (Biblia de Jerusalem). Veamos Isaías 45:8: "Rociad, cielos, de arriba, y las nubes destilen la justicia; ábrase la tierra, y prodúzcanse la salud y la justicia; háganse brotar juntamente. Yo Jehová lo crié". Podéis ver que Dios va a derramar la lluvia. En Isaías 55:10 y 11

leemos que la lluvia que desciende de los cielos es su palabra, la verdad. Cuando el Espíritu de verdad nos lleve a toda la verdad -- como dice Juan 16 que actúa el Consolador--, si decimos 'Amén' como Abraham, seremos cambiados a su imagen.

Si Dios va a derramar toda esa verdad, luz y lluvia; si su deseo es que todos se salven, ¿por qué no lo hace ya, y pone así fin a todo el sufrimiento? Dicho de otro modo: si la forma en la que Dios nos salva es revelándose a sí mismo a nosotros, ¿por que no se nos revela ya plenamente ahora? Preguntémoslo aún de otra manera, ¿por qué no ha hecho Dios la Biblia más asequible al entendimiento?

Es cierto que la Biblia es tan sencilla que un niño la puede comprender. Pero siendo así, ¿por qué existen cientos de denominaciones que van en direcciones opuestas, cada una de ellas con sus propios expertos en griego y hebreo? De hecho, hay muchas denominaciones que no leen libros como Ezequiel, Daniel y Apocalipsis. Los encuentran demasiado difíciles. No; la Biblia no está escrita de una forma simple. ¿Nunca habéis oído a nadie decir: 'es demasiado complicada', o 'puedes hacer decir a la Biblia no importa el qué'?

Hoy vamos a detenernos en la consideración de por qué fue escrita la Biblia de la forma en que fue escrita. La Biblia está repleta de aparentes contradicciones. En Gálatas leemos 'el justo vivirá por la fe, sin las obras', 'somos justificados por la fe'; Santiago dice que 'somos justificados por las obras'. Pablo dice a los Romanos que 'a

aquel que no obra...'; a los Filipenses les dice 'ocupaos en vuestra salvación'. Pedro dice 'procurad la leche espiritual'; Pablo dice 'desechad la leche espiritual, es el momento de la vianda firme'. Éxodo dice que 'Dios no justificará al impío'; en Romanos 4:5 leemos que Dios 'justifica al impío'. En Mateo 5 leemos que Dios ama a sus enemigos; En Salmo 5:5 leemos que Dios 'aborrece a todos los que obran iniquidad'. En dos lugares de la Biblia leemos que Abraham recibió las promesas; en otros dos lugares leemos que murió sin recibir la promesa. Cuando los discípulos sugirieron a Jesús hacer descender fuego del cielo, para destruir a ciertas personas con las que no simpatizaban, Jesús les dijo 'no sabéis de qué espíritu sois'; en otro lugar, Jesús dice 'he venido a encender el fuego'. En un lugar dice 'nunca te dejaré ni te abandonaré'; en Isaías 54:7 dice, 'por un pequeño momento te dejé'. 'Si no fuereis como niños, no entraréis en el reino...'; Efesios 4:14: 'que ya no seamos niños' (también en Hebreos 5).

El lector superficial ve contradicciones en todos los sitios. Incluso nosotros, a veces nos sentimos tentados a pensar que el problema está en la forma en la que Dios hizo escribir la Biblia. Si fuese como las 27 creencias fundamentales: al principio un índice de contenidos, todo organizado sistemáticamente, los eventos del tiempo del fin en una sección, la justificación por la fe en otra, todos los temas ordenados y claros, sin parábolas ni contradicciones, enigmas, rompecabezas, símbolos, códigos... Todo claro y asequible a la comprensión de cualquiera, no habría discusiones, pensamos. Hay muchas personas sinceras y honestas que quieren verdaderamente conocer la enseñanza de la Biblia, y parecen no poder. A veces nos

gustaría preguntarle al Señor por qué no lo ha puesto más fácil, por qué no nos ha mostrado más claramente quién es él, y en qué consiste su plan. Seguramente me podríais dar una larga lista de razones por las cuales Dios lo ha hecho así, pero hay una razón muy importante por la cual Dios no puede mostrarnos de una vez quién es realmente. Hay una ley en la física que dice que 'a cada acción corresponde una reacción equivalente y de signo opuesto'. ¿Qué sucedería si Dios nos mostrase de una vez quién y cómo es? ¿Qué veríamos por contraste, si él nos mostrara de una vez la plenitud de su bondad? Veríamos la plenitud de nuestro pecado. Dios nos va a revelar su carácter en estos últimos días. Diremos como Moisés, 'Ruégote que me muestres tu gloria [carácter]'. Dios nos enviará su fuego purificador, su bautismo de fuego, que es el derramamiento del Espíritu mostrándonos la verdad en la Palabra, pero no podemos recibirlo todo de una vez. Es por eso que Jesús dijo a los discípulos: "aún tengo muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar" (Juan 16:12). La obra de la iluminación debe ser progresiva, 'de gloria en gloria'. Proverbios 4:18: "La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto". La revelación tiene que ser progresiva. Dice el Salmo 43:3: "Envía tu luz y tu verdad: éstas me guiarán, me conducirán al monte de tu santidad". Así, la obra de Dios revelándose a sí mismo tiene que ser progresiva. Sólo puede mostrarnos lo que está en nuestra capacidad ver, y solamente en la medida en la que estamos dispuestos y deseosos de recibirlo. Lo que Dios ha tenido que hacer, por nuestro bien, es velarse a sí mismo ante la humanidad.

Veamos primeramente la forma en la que Jesús se veló, para analizar después la forma en la que la Palabra está velada. La Palabra está velada de forma equivalente a como Jesús estuvo velado al venir a esta tierra en la carne. Se nos dice que cuando Jesús vino a la tierra, veló su divinidad con humanidad. De hecho, Hebreos 10:20 especifica cómo su carne era el velo. Si la divinidad no hubiese estado velada con humanidad, Cristo no hubiera podido habitar entre nosotros sin destruirnos. Cuando dirigimos la atención al servicio del santuario, vemos la divinidad, en el lugar santísimo, sólo a través de un espeso velo que lo separaba del lugar santo. Ese velo se nos dice que era la carne de Jesús. De hecho, la divinidad de Jesucristo estaba tan perfectamente velada, que Isaías 53 dice "no hay parecer en él, ni hermosura". En otras palabras, Jesús no era como lo caracterizaban los pintores italianos. Jesús no atraía a las personas debido a su aspecto exterior, sino por lo que hacía y decía. La forma en la que la divinidad se revelaba es viviendo la vida del Padre en la carne. Mediante sus actos y palabras, Cristo reveló progresivamente al Padre, siendo la revelación más plena en el Calvario, y esa es la razón por la cual sucedió allí algo muy simbólico: el velo se rasgó. El resultado es que en el Calvario podéis mirar el lugar santísimo. Podéis mirar la justicia y la misericordia besándose, como en el propiciatorio del lugar santísimo. El propiciatorio estaba situado sobre las tablas de la ley, en el lugar santísimo.

Pero incluso si el velo se desgarró en el Calvario, incluso teniendo presente que podemos mirar el lugar santísimo en el Calvario, en

realidad, sigue velado, porque vosotros y yo miramos el evento, pero ¿comprendemos su significado?

Y así, Dios ha velado la Palabra de una forma similar. En Juan 1 vemos cómo el Verbo fue velado en la carne, y así está velada la Palabra. Dios la debe revelar de forma gradual, progresivamente. No nos la puede mostrar de repente en su plenitud. Cierta día comencé a comprender la razón por la que hay tantas aparentes contradicciones: Es la única forma en la que Dios puede hacer que no lo veamos tal como él es, de repente. Dios pone algo así como niebla delante de ciertas verdades, en lugar de hacerlas obvias e inmediatas. Ha hecho que la Biblia sea algo así como un puzzle, de forma que algunos fragmentos están puestos del revés, o bien escondidos bajo otros fragmentos, o bien codificados en forma de imágenes o símbolos. Mucha gente se aproxima al puzzle, encuentra una pieza, luego otra, les resulta pesado continuar el proceso de investigación y claudican, pensando que Dios no debe preocuparse por nosotros, ya que no nos ha dado mayores facilidades para que conozcamos claramente su amor.

Pero el propio Jesús tuvo que actuar de forma similar cuando estuvo en esta tierra: debió ir revelando al Padre 'un poquito aquí, otro poquito allí'. Tenía que hablar en parábolas. A veces tenía que aparentar desprecio o despreocupación para probar la fe de las personas. En lo profundo debía estar anhelando ardientemente revelarse a sí mismo, pero no podía, lo mismo que José estaba deseoso de revelarse tal como era ante sus hermanos. José 'hizo como si no conociese a sus hermanos, y hablóles ásperamente' (Gén.

42:7), se veló ante sus hermanos, y la forma en la que lo hizo fue actuando de una forma que no era la que correspondía a su carácter, y lo hizo para velarse, de manera que cuando sus hermanos atravesasen el velo para verlo tal como él era, experimentasen un proceso de profundo autoescudriñamiento en el que todo su pecado saliese a la superficie. Para posibilitar ese atravesar el velo, José les daría pequeños indicios: situar por orden de edad a los hermanos, dar una ración extra a Benjamín...

José es el tipo de la obra del juicio. Dios hace en esencia algo equivalente. Está deseoso de revelarse tal cual es, y muestra indicios, mediante Jesús. Un día estaba Jesús sentado en un lugar, y se le acercaron unas mujeres con sus niñitos. Los discípulos intentaban despacharlas de allí, ya que su Maestro estaba ocupado con cosas importantes: --'Estamos intentando establecer un reino, y está ocupado con los asuntos del reino'. Los discípulos probablemente actuaron de forma sonora, esperando que Jesús apreciase su acto y les diese las gracias. Pero en lugar de eso, Jesús les dijo: 'dejad a los niños venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos'. Y mientras los bendecía y oraba por esas madres, probablemente los discípulos comenzaban a vislumbrar cómo era su Padre. Jesús quería enseñarles que efectivamente, iba a establecer un reino, pero el reino que quería establecer sería un reino de gracia en los corazones de los hombres, y no había nada más importante en ese día que confortar a esas madres, abrumadas por la carga del futuro de sus hijitos, en aquella época de tanta maldad. Jesús quiso enseñar que en aquel momento no había nada más importante que confortar a esas madres angustiadas con la seguridad de que eran

'aceptas en el Amado'. Desde luego, debió sorprender a los discípulos, y Jesús fue desplegando día tras día estas cosas.

En cierta ocasión Jesús probó la fe de la pobre Cananea que le pedía la curación de su hija diciéndole: 'he venido solamente a sanar a las ovejas perdidas de Israel'. Ella insistió: --'Por favor!', y Jesús respondió: 'no se da el pan a los perros'. La primera vez que leí eso, me sorprendió. Jesús no quería que esa pobre mujer afligida llegase a la conclusión de que él no la amaba, pero probó así su fe, y también la de sus discípulos, y a medida que su fe crecía, atravesaba el velo. Resolvió las aparentes contradicciones: por un lado parecía mostrar que Jesús no la amaba, pero por otro lado ella había visto su amor, y sabía en quién estaba creyendo, y pensó: 'no te dejaré hasta que no me bendigas'. Por fin dijo Jesús '¡Cuánta fe!'

Eso es lo que Cristo quiere hacer con nosotros. Leemos en algún lugar, y nos da la impresión de que Dios no se preocupa demasiado de nosotros, la Biblia se nos hace aburrida, la dejamos de leer por un tiempo. Pero en estos últimos días, Dios va a ordenar ese puzle ante nuestros ojos, y desaparecerán las aparentes contradicciones, porque comprenderemos que muchas de las cosas escritas no son literales, sino simbólicas o metafóricas.

Por ejemplo: 'Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré'. Los judíos decían: '¡Edificio!' Jesús dijo: 'No; ¡cuerpo!' Un día dijo: 'Guardaos de la levadura de los fariseos'. Los discípulos pensaron que estaba hablando de pan, y cada vez que Jesús intentaba revelarles algo, era malinterpretado. No podía decírsele

directamente, porque 'no lo podían llevar'. Cuando una vez les habló por fin llanamente y les dijo: 'Voy a la cruz', Pedro saltó sobre él. Poco después lo intentó de nuevo, y no logró que lo comprendieran. Así, les tuvo que hablar en parábolas y luego se las explicaba a los discípulos, pero éstos no las comprendían realmente. En Mateo 13, tras referir las parábolas del tesoro escondido, de la perla de gran precio y de la red que es echada al mar, preguntó a sus discípulos: '¿Habéis comprendido esas cosas?' Le respondieron: 'Sí'.

¿Las habían comprendido realmente? ¿Habían comprendido el reino de Dios? Leed en Mateo 13:44 la parábola del tesoro escondido. En los versículos 45 y 46 presenta la parábola de la perla de gran precio, y a partir del 47 la de la red que es echada a la mar. ¿Habían comprendido los discípulos la perla de gran precio? ¿Estaban dispuestos a perderlo todo por ella? ¿Estaban dispuestos a darlo todo por el tesoro escondido en el campo? No, porque no comprendían de qué se trataba esa perla, como tampoco el tesoro escondido.

El verdadero cristiano desea el carácter de Cristo en su vida. A la luz de la cruz las mansiones de la gloria dejan de ser lo importante, y cuando comenzamos a comprender hasta dónde estuvo dispuesto a ir nuestro Creador-Redentor por amor a nosotros, comenzamos a reaccionar como aquel endemoniado que fue sanado, y saltando de gozo hacia Jesús y abrazándole le rogaba que le permitiese ir con él a donde él fuese. La perla de gran precio es 'seguir al Cordero por dondequiera que va', es querer saber más de él. 'Esta es la vida eterna, que te conozcan' (Juan 17:3). Ese es el reino: que lo conozcamos. En Filipenses 3:10 leemos: "A fin de conocerle, y la

virtud de la resurrección, y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte". Esa es la ilusión y objetivo del cristiano. Desea la vida de Jesús. Dice el salmista: "Seré saciado cuando despertare a tu semejanza" (Sal. 17:15). Pablo nos dice que debemos procurar los frutos, más que los dones, y se trata de los frutos del Espíritu. Un día veremos la Nueva Jerusalem, no como teniendo sus calles de oro, sino como dice Apocalipsis: "la calle de la ciudad" (N.T. Interlineal). Una sola calle conduce al trono de Dios, que es la calle de la cruz, de la negación del yo.

Es hora para el pueblo de Dios en estos últimos días, para que comprenda lo que no pudieron discernir los discípulos: que la perla de gran precio es comprender quién es Dios y en qué consiste el gran plan de la redención tal como está revelado en su Palabra. Leed algún día los primeros nueve capítulos de Proverbios, que constituyen su introducción: allí donde Salomón describe la sabiduría, inteligencia, discernimiento y conocimiento como una personalización de Cristo, y dice que eso es mejor que los rubíes, que es aquello por lo que vale la pena cavar. El tesoro escondido en el campo es eso. En la última generación Dios tendrá un pueblo que finalmente ama la verdad, y que como Job la desea más que su comida diaria. Ese pueblo va a creer que la verdad, su Palabra, es Espíritu y es vida, que todo el poder del universo está en la Palabra de Dios a fin de efectuar esa obra de purificación.

Así, comenzarán a ordenar el puzzle. Dice Isaías 28 que será 'línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá'. Comenzarán a cavar profundamente aquí y allí. Como dice 1 Corintios 2, 'acomodando lo

espiritual a lo espiritual', y verán que la forma en la que Dios compuso la Biblia, con todas esas pequeñas piezas aquí y allá, ocultándolas en el campo, no es porque no las quiera revelar, sino por amor a nosotros.

Daremos un ejemplo: La destrucción eterna por el fuego. Apocalipsis 14, cuando presenta el mensaje de los tres ángeles, refiriéndose al tercero, dice: 'los que tienen la marca de la bestia serán atormentados en la presencia del Cordero y de los santos ángeles, y el humo del tormento de ellos sube para siempre jamás'. Hay muchos otros pasajes que hablan también del fuego que no se apaga, y parece deducirse que Dios va a torturar por la eternidad. Hay muchas almas sinceras, fuera de nuestra Iglesia, que creen que negamos las Escrituras al no aceptar la doctrina del tormento eterno; cuando en realidad, lo que Dios ha hecho es quitar las llaves de esos pasajes, y en lugar de ponerlas justamente a continuación de esos pasajes, de forma que en una lectura sistemática y exegética pudiese aclararse la verdadera enseñanza bíblica sobre el "infierno", las ha situado en otros rincones, de tal manera que solamente aquellos que tienen hambre y sed, y 'quieren hacer su voluntad, conozcan de la doctrina', como dice en Juan 7:17. Así, encontramos en Éxodo la explicación de que "eternamente" es un término relativo a la vida del esclavo que sirve "eternamente" a su señor. También Samuel, sirviendo en el templo "por siempre", Judas 7, etc. Lo que quiero ilustrar es que esos textos no están allí, a continuación de lo dicho sobre el fuego eterno en Apocalipsis. Es solamente cavando y cavando, y ensamblando esas piezas, como nos damos cuenta de que ese texto toma un significado nuevo, que a su vez afecta a otros

relacionados, y así sucesivamente, y habéis comenzado un viaje fascinante que es el más maravilloso de todos cuantos cabe imaginar.

Cuando Dios mira desde el cielo a su pueblo, se pregunta por qué no está realizando todavía ese viaje. ¿Acaso no nos ha dado suficiente evidencia? ¿No hemos gustado aún bastante de su bondad y bendición, como para comenzar a ordenar ese puzzle? ¿Cuánto tardaremos aún en exclamar: --Ninguna otra cosa importa, excepto conocerle a él? No es cuestión de que uno tenga que ser el más listo del mundo, ni el más privilegiado en memoria: si creéis que os ama tanto que os promete que 'si alguien carece de sabiduría, demándela a Dios, quien da abundantemente y no zahiere', si creéis que esa promesa es para vosotros y os arrodilláis y le pedís: --'¡Señor, haz que te conozca!', él abrirá vuestros ojos.

En la última generación, sucede algo que no ha tenido lugar hasta entonces: Hay un velo que desaparece totalmente, y un pueblo lo ve tal cual es, antes de la segunda venida. El pastor A.T. Jones dijo cierta vez que no tenemos que temer el fuego eterno, ya que cuando lo enfrentemos estaremos ya acostumbrados a él, al haber morado con él previamente. El pueblo de Dios conocerá ese proceso, al creer en la promesa de Jesús de que 'conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres', esa verdad, ese fuego, ese mismo fuego que Jesús dio a los discípulos en Emaús cuando éstos comenzaron por fin a ver las dimensiones de la cruz y exclamaron --'¿Acaso no ardía nuestro corazón dentro de nosotros?' Ellos pasaron entonces por una purificación, que es por la que pasará su pueblo de los últimos días.

Cuando pasemos por ese fuego y le permitamos hacer su obra en nosotros, Dios enviará ese fuego al mundo, su propia Palabra. Hay muchos textos que identifican el fuego con la Palabra, en los últimos días. Cuando Dios me muestra la viga que hay en mi ojo, y cuando Dios nos muestra que Laodicea está aún muy lejos de donde podría estar, entonces contemplo esa armada de fuego en Joel capítulo 2: Allí nadie oprime a los demás, sino que todos avanzan en perfecta uniformidad, en un esfuerzo unido. Sin duda se trata de la respuesta a la oración de Jesús en Juan 17, esa oración sacerdotal, esa oración intercesora que será contestada en la culminación del día de la expiación: Que seamos uno, de la misma manera en que Cristo y su Padre son uno, para que todo el mundo pueda verlo. Cuando veo esa profecía y lo comparo con mi propia vida, tengo una lucha para creer que eso es posible. Pero a medida que Dios me muestra más y más profundamente las buenas nuevas, mi esperanza toma aliento, mi fe resulta reanimada, y cuando veo a hermanos que han recorrido muchos cientos de kilómetros para asistir a estas reuniones, porque están hambrientos de la Palabra, y cuando veo que eso está sucediendo en todos los lugares del planeta, alabo a Dios y le pregunto: --¿Ha llegado el momento? ¿Va a ser derramada la lluvia? ¿Está ya Elías ante nosotros?

Oremos:

Padre celestial. Te damos gracias por tu infinita bondad y estamos agradecidos por la gran paciencia que tienes con nosotros. Gracias por no estar lejos --de brazos cruzados--, sino cercano a nosotros,

rogando, clamando. Padre, creo que comenzamos a vislumbrarlo, pero te ruego que abras nuestros ojos, necesitamos más lluvia, más sabiduría, y nos dijiste que te la pidiésemos en fe, no dudando. Auméntanos la fe, en nombre de Jesús. Amén.

## Tema nº 8

Oremos:

Padre nuestro que estás en los cielos. En ésta última hora, pedimos tu bendición. De igual manera en que guardaste el mejor vino para el final, en la boda de Caná, nosotros esperamos ahora tus buenas nuevas; no para nuestro intelecto, sino para nuestros corazones. En nombre de Jesús, Amén.

Algunos me han pedido que relate algo sobre mi experiencia personal. Os explicaré cómo conocí el mensaje de 1888. Nací y crecí en el catolicismo, y mientras me desarrollaba en ese ambiente, mi familia abandonó la iglesia. En lo profundo de mi ser sabía que Dios existía realmente, y aunque era católico, de alguna forma intuía que la Biblia era verdadera. Pero al alejarnos del catolicismo, fui el primero de mi familia en acceder a los estudios superiores. Fui uno de los tres mil estudiantes que había en la gran ciudad en la que vivía. Caí en la drogadicción y en el alcoholismo. Dejé la universidad, buscando la forma de divertirme, recorrí más de treinta mil kilómetros haciendo autostop. No quería establecerme en ninguna parte, pero en el fondo de mí, no era feliz. Un día mis padres me telefonaron y me dijeron: 'Regresa a casa, y te pagaremos la universidad, si quieres hacer algo útil con tu vida'. Accedí, regresé, comencé los estudios, y conocí a Kati. Ni ella ni yo aprovechamos mucho los estudios ese año, pero nos casamos. Yo esperaba que el casamiento significaría la realización de mi vida; sin embargo, continuaba con una vida desordenada, continuaba

consumiendo drogas. Es entonces cuando nació Emilie, nuestra primera hija. Fue el día más importante de mi vida: mientras me encontraba en la sala de espera para padres, observando cómo se abría camino una vida humana, mi propia hija, comencé a comprender lo importante de la paternidad y la gran responsabilidad que tenía con respecto a mi familia. Sin embargo, carecía de la fuerza para hacer lo recto. Seguía preocupándome mucho de mí mismo, seguía tomando drogas, y eso duró tiempo. Cierta día decidimos volver a la iglesia. Kati era luterana y yo católico, pero no me importaba el lugar, así que fuimos cada domingo a la iglesia luterana, y era mi convicción que tras haber asistido a la iglesia, me encontraría mejor conmigo mismo, puesto que había cumplido con mi obligación. Sin embargo, seguía encontrándome vacío. Faltaba algo.

Un día recibimos un folleto por correo, un tríptico repleto de dibujos llamativos: diversas bestias, una ramera... Se trataba de un seminario sobre el Apocalipsis que iba a tener lugar en nuestra zona. A Kati le entusiasmó: quería estudiar la Biblia y saber lo que sucedería al fin del tiempo. Estaba decidida a asistir a los seminarios. Yo quería llenar el vacío que había en mí, pero sin caer en el fanatismo, así que solamente asistí a un par de presentaciones en aquel seminario, mientras que Kati asistió a todas. Decidió que se iba a bautizar, y yo me sentí profundamente herido, ya que comprendí que era una decisión para siempre: no se trataba de una religión de un día a la semana. Vi cómo cambiaba su vida, y sentí como si estuviese perdiendo a mi esposa. Durante unos ocho o nueve meses, tras el bautismo de Kati -al que ni siquiera quise asistir-, Emilie solía llorar

en la iglesia, lo que me proporcionaba el pretexto para quedarme en casa con el bebé. En nuestra familia había aspereza. Kati regresaba a casa deseosa de contarme lo que había sucedido en la iglesia y yo quería seguir tomando cerveza sin que me interrumpiesen el partido deportivo televisado. No era fácil la convivencia. Un día, sin saber por qué, sentí un deseo de conocer la verdad, y un sábado por la tarde, cuando Kati regresó a casa, en lugar de encontrarme tomando cerveza ante el televisor, me encontró leyendo *El Camino a Cristo*. Ese libro llegó a mi corazón. En el fondo, sabía que el sábado era verdad, pero tenía miedo. Fui a buscar al pastor, recibí cuatro o cinco estudios: el sábado, la ley, el estado de los muertos, los acontecimientos del tiempo del fin, la marca de la bestia... todo eso me produjo singular entusiasmo. Creí verdaderamente que Cristo venía pronto, y dejé mi trabajo por el sábado. Quería seguir a Jesús. Comprendí que Dios iba a preparar a un pueblo que guardaría su ley, así que procuré ser un buen observador de la ley. De hecho, me esforzaba por ser el mejor guardador de la ley, y vine a convertirme en un guardador crítico de la ley. La mayor parte de los miembros de la iglesia habían abandonado ya la idea de ser guardadores de la ley, porque habían visto lo difícil que resultaba leer todos los detalles en los escritos de E. White, y procurar cumplir cada pequeña cosa. La mayor parte de los que conocía habían encontrado esa carga tan pesada, que habían claudicado, y no creían ya en que Dios pudiese jamás llegar a perfeccionar un pueblo. Al contrario: creían que continuaríamos pecando hasta que Cristo nos cambiase en su segunda venida.

Me sentía muy miserable. Limpiaba el frigorífico de todo lo que era poco recomendable para la salud, y un mes después volvía a estar lleno de la misma basura. Me prometía no hacer más aquello, y tres semanas más tarde había roto la promesa. Verdaderamente una experiencia del antiguo pacto. Yo no soy el tipo de persona capaz de hacer las cosas a medias. Si comprendo algo, me desvivo por ello. Sabía que el adventismo no era una experiencia para ser vivida a medias. No podía soportar la idea de ser un caliente-bancos. Si no podía ser parte de ese pueblo que vencería, sabía que mi camino acabaría fuera de la iglesia. Un día vino un pastor y me dijo: 'Necesitas comprender las buenas nuevas'. Me dio una lista de libros a leer: Las Buenas Nuevas. Gálatas versículo a versículo (Waggoner), El Camino consagrado a la perfección cristiana (Jones), Lecciones sobre la fe (Waggoner y Jones), Descubriendo la cruz (Wieland), Las Buenas Nuevas: mejores de lo que había creído (Wieland), etc. Comencé a leer esos libros, y tuve la convicción de que la respuesta estaba allí. Pero no fue hasta haber oído una serie de cassettes del pastor Wieland, cuando experimenté algo parecido a lo que le sucedió a Waggoner estando sentado en una carpa, en los tempranos 1880: vio a Cristo claramente "descrito como crucificado" (Gál. 3:1). Mientras escuchaba esos cassettes, me decía, --'¡Por qué nadie me había hablado de esas Buenas Nuevas!' Kati tuvo la sensata idea de aligerar mi agenda, a fin de que pudiésemos asistir a un seminario sobre "1888". En esa Asamblea, comenzábamos a las seis de la mañana, y continuábamos hasta las nueve de la noche durante seis días. Me sentía en las nubes. ¡Fue tan extraordinario! Finalmente comprendí cómo es que Dios puede purificar a un pueblo: mediante sus Buenas Nuevas.

Tres meses después había otro seminario a 1.600 kilómetros de distancia, así que "colocamos" a las niñas, atravesamos varias tormentas de nieve y casi sin dormir llegamos allí: Valió la pena. ¡Vale la pena dar la vuelta al mundo, por las Buenas Nuevas! Mi corazón había quedado cautivado por ellas. Cuando regresé a mi iglesia local, oramos a Dios: '¿Cómo podremos transmitir estas Buenas Nuevas?' No compré uno o dos libros, sino cajas de libros. No soy un americano rico. De hecho, ahora mismo estoy sin trabajo. Mi esposa me recuerda que a mi regreso tendré que buscar trabajo, pero he estado muy ocupado con las Buenas Nuevas.

Cuando comencé no era ningún predicador. De hecho, cuando era estudiante, me avergonzaba la simple idea de tener que hacer una pregunta en clase. Jamás soñé con hacer lo que estoy haciendo, pero el amor de Cristo nos constriñe, nos prepara para ser misioneros, y Dios tiene planes para vosotros con los que ni siquiera habéis soñado. Pablo nos dice que nuestro racional culto consiste en que nos presentemos como sacrificios vivos (Rom. 12:1). Eso es lo que hace el amor de Dios. Así pues, comenzamos a hacer todo cuanto estaba a nuestro alcance. Comenzamos a grabar y distribuir cassettes. Un hermano nos proporcionó un duplicador de cassettes, con el que hicimos unas cinco mil copias. Recuerdo que en un encuentro campestre estaba en mi tienda copiando cassettes; habíamos distribuido unas quinientas. No cobrábamos por eso -- aunque alguna vez la gente nos daba dinero--, simplemente sabíamos que ellos los necesitaban. Así, habiendo comenzado a distribuir libros y cassettes, el Señor fue abriendo oportunidades

para hablar. Aún puedo recordar mi primer sermón. Las piernas me temblaban. Se trataba de una pequeña iglesia de veinte personas. Estaba deseoso de darles Buenas Nuevas. No sé si tenía mucho sentido lo que les prediqué, pero sé que estaba entusiasmado. El Señor me fue mostrando más y más profundamente el evangelio: -- 'Haz tu parte: Estudia, estudia, estudia la Biblia', y Dios te dará oportunidades -me decía. Un fin de semana unos pocos de nosotros nos reunimos para estudiar en un campamento hasta tarde por la noche. Regresamos a casa enfermos. Recuerdo que estaba en la bañera intentando combatir la fiebre, mientras oraba: 'Señor, haré lo que tú me digas con este mensaje. Iré allá donde me envíes'. Y sonó el teléfono: era el pastor, para preguntarme si podía dar el sermón del culto en nuestra iglesia. Allí, los sábados asisten unos trescientos miembros. Me quedé sin aliento, pero dije: 'Sí. De acuerdo'. No fue el mejor sermón que recuerde, pero el Señor, en su misericordia, hizo que fuese una bendición para algunos, porque esa iglesia comenzó a estudiar, y el pastor respondió a las Buenas Nuevas. Así, continué yendo allí donde se me invitaba.

Prediqué en unas cuarenta iglesias en Wisconsin, y allá donde predicaba preguntaba a la gente si quería reunirse por la tarde para seguir estudiando. Pronto se convirtieron en seminarios organizados. Un día, en una Asamblea del Comité para el estudio del mensaje de 1888, les expliqué a los delegados de ese Comité lo que estaba haciendo, y me pidieron presentar un sermón en la Universidad de Andrews. Comencé a temblar nuevamente, pero acepté. Y así cada vez más. He sido invitado a la mayoría de nuestras universidades en América, a semanas de oración en nuestras instituciones,

seminarios, escuelas, y allí donde he sido llamado. Eso ha resultado muy duro para mi familia. Mi esposa es un ángel, y mis hijas han sido muy pacientes. Ven cuánto aprecia la gente las Buenas Nuevas. Dios os llama a ser misioneros. ¡Ni se os ocurra volver a vuestras casas con uno o dos libros para vosotros solamente! Pedidle a Dios que abra vuestro corazón y vuestros ojos, para que veáis cuán blancos están los campos para la siega. Esparcid las Buenas Nuevas como las hojas de otoño.

Y ahora, vamos a comenzar nuestro estudio.

Me gustaría hablaros del Día de la Expiación. Hemos dicho que el juicio son buenas nuevas. La purificación del santuario son buenas nuevas. El Día de la Expiación, también. Levítico 23:26-32: "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Empero a los diez de este mes séptimo será el día de las expiaciones: tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ninguna obra haréis en este mismo día; porque es día de expiaciones, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios. Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de sus pueblos. Y cualquiera persona que hiciere obra alguna en este mismo día, yo destruiré la tal persona de entre su pueblo. Ninguna obra haréis: estatuto perpetuo es por vuestras edades en todas vuestras habitaciones. Sábado de reposo será a vosotros, y afligiréis vuestras almas, comenzando a los nueve del mes en la tarde: de tarde a tarde holgaréis vuestro sábado". Dios hace un llamamiento a su pueblo, en el día de la expiación. Llama a una santa convocación, a unificar los esfuerzos. En Hebreos se nos

dice que debemos unirnos más estrechamente, a medida que el Día se aproxima. Así debe ser, a medida que comprendemos mejor el Día de la Expiación. Nos habla de hacer una ofrenda ardiente. Aquellos que no tomen parte, serán cortados del pueblo. En ese Día de la Expiación, "no haréis obra alguna": es el momento de afligir nuestras almas.

Mateo 3: Quisiera que viéramos que Elías --Juan el Bautista--, vino a los judíos con un mensaje de purificación, como el expuesto en Levítico 23, ya que Dios les estaba ofreciendo la oportunidad de ser su pueblo. En el primer versículo leemos que Juan el Bautista predicaba en el desierto. Esa palabra, "desierto", es muy importante. Volveremos después a ella. Él los llamaba a una santa convocación, y la forma en la que lo efectuaba era llamándoles al arrepentimiento. Dijo Juan el Bautista que todo árbol que no produce buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Es el fuego del juicio. Juan dijo que tras su bautismo de agua, vendría el bautismo de fuego. Después que el agua [el Espíritu Santo] os convierte y os lleva en unidad con Jesús, debe completarse la obra de santificación. El agua y el fuego representan lo mismo. El agua que purifica es el fuego purificador. Ambos simbolizan al Espíritu Santo, que nos lleva a un mensaje. En 1 Corintios 3 leemos que edificamos la casa sobre el fundamento de Jesucristo. Toda la madera, heno y hojarasca tendrá que pasar la prueba del fuego. Todas las ramas que hemos producido, que no han llevado fruto, tendrán que ser echadas al fuego: tendrán que ser expuestas y quemadas. En 1 Corintios 3, Pablo nos muestra el juicio, la forma en la que hemos de pasar a través de ese fuego, y toda la madera, heno y hojarasca serán consumidos. Toda rama que no lleva

buen fruto será consumida. Pedro dice que nuestra fe debe ser probada por el fuego, y eso es de lo que se trata en Levítico 23. El Día de Expiación es una ofrenda ardiente.

Esta es la visión que tendrán los impíos al final del tiempo: verán a Cristo, la Víctima misteriosa, y todo lo que ha hecho, tal como se describe en El Conflicto, o en Historia de la redención (E. White), y verán por contraste sus vidas en visión panorámica. Ciertamente no será para ellos una experiencia agradable. ¡Se darán cuenta demasiado tarde! Pues bien, esa misma visión es la que ahora han de tener los santos, en el juicio, a fin de que todas esas obras sean consumidas. Hoy es el día aceptable.

Si alguien no tomaba parte en esa ofrenda ardiente que Juan Bautista ofrecía a Israel, tanto en el Día de la Expiación como en el propio mensaje de Juan, era "cortado". Es tiempo en el que Dios va a ir más allá de los actos visibles, y va a alcanzar hasta las raíces del árbol. Juan dijo que la segur estaba puesta a las raíces del árbol: estaba refiriéndose a una profunda purificación. En ese Día no debemos efectuar obra alguna. No significa que no debemos tener un trabajo, sino que debemos cesar de nuestras obras. Durante seis mil años, Dios ha obrado para nuestra salvación, lo mismo que en los seis días de la creación. Está esperando a un pueblo que repose en la obra de Él. Pero en lugar de eso, nuestras propias obras, nuestra propia justicia, ha oscurecido la salvación.

Aquellos que puedan quedarse hasta después de la comida, estudiaremos más sobre el tema del sábado y su simbolismo en el

plan de la redención [se ofrecerá en el último tema]. En tres ocasiones leemos: "No haréis en él obra alguna", ya que en el Día de la Expiación es Dios quien obra; nosotros reposamos. Aún resta un sábado de reposo para el pueblo de Dios. Hebreos 4 nos habla de un pueblo que aún no ha entrado en ese reposo. Israel no fue ese pueblo. Josué no pudo introducirlos a ese reposo. Tampoco Juan el Bautista. Ese reposo llega al final de los seis mil años, en el Día de la Expiación. Es por eso que el viernes es el día de la preparación, el día que precede al último de la semana, el sábado. Esa experiencia produce arrepentimiento; es por ello que el mensaje de Juan el Bautista --el profeta del desierto- fue: 'Arrepentíos'. Pero Juan nos proporcionó también el método para arrepentirnos, cuando dijo: 'He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo' (Juan 1:29). De hecho, el mensaje de Juan el Bautista fue la justificación por la fe, ya que dijo 'Allanad los caminos y enderezad las veredas' y la única manera en la que Dios puede hacer derechos nuestros caminos, la única manera en la que puede hacernos rectos, es por la fe. Juan debió comprender el evangelio, ya que era un hombre humilde. Cuando los hombres querían exaltar a Juan, él dijo: "Él debe crecer, y yo menguar. No soy digno ni de desatar la correa de sus zapatos". Solamente el verdadero evangelio puede producir frutos como ese, y cuando Dios tenga un pueblo tal, que no esté luchando por su posición personal, entonces podrá cooperar para purificar del pecado a otros. Hoy hay demasiada gente que se ofrece voluntariamente para señalar el pecado de los demás, pero el mensaje de Juan el Bautista era el arrepentimiento. De hecho, su mensaje era Apocalipsis 3:19: "Yo reprendo y castigo a todos los que amo: sé pues celoso y arrepíentete".

Abrid las Biblias por el libro de Joel. Es un libro para el tiempo del fin. Está enfocado al Día de la Expiación, del derramamiento de la Lluvia Tardía. Pedro citó a Joel en ocasión de Pentecostés; pero si leéis a Joel, os daréis cuenta de que Pedro lo citó fuera de su mejor contexto. Algunas de las cosas que presenta Joel, no sucedieron nunca en Pentecostés. Naturalmente, eso no significa que Pedro empleara inapropiadamente el texto, sino que viene a ser un cumplimiento parcial, una parte del todo. La plena aplicación de Joel se sitúa sin duda alguna en los últimos días. Habla de la lluvia tardía, y del Día del Señor. El tipo de imágenes que Joel emplea se refieren a los eventos de los últimos días. Capítulo 1, versículo 15: "¡Ay del día! Porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso". Capítulo 2, versículo 1: "Tocad trompeta en Sión, y pregonad en mi santo monte: tiemblen todos los moradores de la tierra; porque viene el día de Jehová, porque está cercano" (ver también Joel 2:11 y 31). El Día del Señor y la Lluvia Tardía tienen todo que ver con el Día de la Expiación, el día en el que Dios viene a hacerse uno con su pueblo. Joel hace una exposición de cuanto sucede en nuestro tiempo. De hecho, E. White nos dice que los profetas del Antiguo Testamento escribieron más para nuestro tiempo que para el de sus contemporáneos. Pablo nos dice que "estas cosas les acontecieron en figura, y son escritas para nuestra admonición, en quienes los fines de los siglos han parado" (1 Cor. 10:11).

El libro de Joel es como un periódico de la actualidad. Veamos su enseñanza. Joel 1:2: "Oíd esto, viejos, y escuchad, todos los

moradores de la tierra. ¿Ha acontecido esto en vuestros días, o en los días de vuestros padres?" Joel dice virtualmente: 'Va a suceder algo grande, algo extraordinario' que necesitamos comprender. En el versículo 3 nos habla de cuatro generaciones. Dios dice que visita la maldad de los padres sobre los hijos, hasta la cuarta generación. Cuando un grupo toma el camino equivocado, si no se arrepiente, la cuarta generación, aparentemente, resulta afectada. El problema, según el versículo 4, es que las langostas devoran las plantas. Algo empieza a desaparecer, y en el versículo 10 vemos qué es: "El campo fue destruido, enlutóse la tierra; porque el trigo fue destruido, se secó el mosto, perdióse el aceite". Dijo Amós que había una gran hambre en la tierra, no hambre de pan, sino de la palabra de Dios: faltan las Buenas Nuevas. El "vino nuevo" no aparece. El vino nuevo consiste en el jugo de uvas recién exprimidas. ¿Qué sucede si exprimís las uvas y dejáis el jugo a temperatura ambiente? Comienza a fermentar. Es por eso que dijo Salomón: 'No mires al vino cuando rojea', o cuando se agita. Eso se debe a la acción de bacterias que fermentan el azúcar. Si bien vosotros y yo no debemos ingerir alcohol, Salomón está hablando de doctrina, porque cuando el jugo de uva recién exprimida comienza a cambiar, deja de ser apropiado para beber, y en el día descrito por Joel, la Buena Nueva estaba de tal manera pervertida y alterada, que dejaba de ser un alimento sano para el alma. También dice que se perdió el aceite. El aceite es el Espíritu Santo.

Veamos en el versículo 5 cuál es el problema: "Despertad, borrachos, y llorad; aullad todos los que bebéis vino, a causa del mosto, porque os es quitado de vuestra boca". Isaías 28 y 29 nos

dice que no se trata de alcohol, sino de doctrinas. De hecho, en Isaías 28 se nos dice que "todas las mesas están llenas de vómito y suciedad, hasta no haber lugar limpio". ¿Por qué sucede eso? Versículo 6: "Porque gente subió a mi tierra, fuerte y sin número; sus dientes, dientes de león, y sus muelas, de león". El león dispuesto a devorar, Satanás, obrando mediante una nación, una bestia, viene sobre el pueblo de Dios, tal como describe Daniel 7: el poder de un "cuerno pequeño" que influencia al mundo entero, y el mundo entero está ebrio con el vino de Babilonia. Es posible que también nosotros participemos de alguna manera en esa ebriedad, en la medida en que nos haya podido influir. Babilonia nos ha enseñado que Jesús no fue como nosotros, que nunca podemos vencer el pecado, que continuaremos crucificándolo, y ha distorsionado las Buenas Nuevas; y dada esa condición que Joel describe, en el versículo 13 y 14 nos dice que es tiempo de que nos reunamos para arrepentirnos. Versículo 14: "Pregonad ayuno, llamad a congregación; congregad los ancianos y todos los moradores de la tierra en la casa de Jehová vuestro Dios, y clamad a Jehová". Dios nos está llamando hoy a experimentar eso, a ayunar: esa es la razón por la que en el Día de la Expiación se nos encomienda un mensaje de reforma pro-salud. Dios nos dio ese mensaje, para que nuestra sangre esté limpia, y nuestros cerebros puedan estar en condición saludable para poder recibir la Lluvia Tardía. No comprenderemos jamás la verdad como es nuestro privilegio comprenderla, si nuestra sangre está cargada y caemos dormidos tras la comida. El mensaje pro-salud es un vehículo para llevarnos a la situación propicia para que Dios pueda derramar la verdad. El mensaje de la reforma pro-salud nunca os parecerá importante, a menos que os convenzáis de

que encontrar a Cristo en su Palabra es encontrar la Perla de gran precio.

La segunda cosa a la que eran llamados en el Día de la Expiación, era a "vestir de saco". Juan Bautista vestía de ese modo. No es la hora para nosotros de vestarnos lujosa o llamativamente, ni de adornarnos. Cuando hacemos tal cosa estamos intentando aparentar más de lo que somos, ante los otros, y Dios va a exponernos plenamente en los últimos días. En el libro de Judas se nos habla de aborrecer "aun la ropa que es contaminada de la carne" (vers. 23). En Isaías 3 leemos de un pueblo que desecha todo ornamento. Leemos en los versículos 13 y 14 que se trata de una obra de juicio. En el versículo 17 leemos que descubrirá a la mujer -la iglesia- sus vergüenzas. Es en ese contexto que encontramos la lista más larga de la Biblia, en relación con los adornos. En el Día de la Expiación, el pueblo de Dios desecha las modas. No son importantes para ellos. No pasa por sus mentes el gastar dinero en su apariencia. Hay un mundo que está yendo hacia la perdición eterna. No ha oído aún el evangelio de Jesús. De hecho, no pensaremos en nosotros mismos, sino que experimentaremos arrepentimiento. ¿Cómo explicar el arrepentimiento que va a tener lugar en el pueblo de Dios? ¿Cómo explicar la profundidad de lo que sucederá?

El 'Comité para el estudio del mensaje de 1888' ha reconocido en los escritos de E. White, en las obras de Waggoner y Jones, pero sobre todo en la Biblia, una experiencia que llamamos 'arrepentimiento corporativo'. Quizá no sea la mejor forma de llamarlo, pero creo que describe adecuadamente el concepto. E. White nos dice que en el

juicio, los libros del cielo incluyen el registro, no sólo de aquello que hemos hecho, sino de aquello que habríamos hecho si hubiéramos tenido la oportunidad. ¿Qué significa eso? Significa que en el juicio no solamente veremos aquello que hemos hecho, sino también que aquello que cualquier otro en el mundo ha hecho, es exactamente lo que yo habría hecho, de no ser por la gracia de Dios. Nadie es inherentemente mejor que otro. Todos necesitamos la justicia de Cristo al cien por cien. Cuando veis que alguien obra equivocadamente, y os sentís tentados a elevar la plegaria del fariseo --'Señor, gracias porque yo no soy como él'-- si abris vuestro corazón a la obra del Espíritu Santo, os enseñará, como el mismo Cristo explicó, que si aborrecéis a alguien, o albergáis cualquier grado de enojo, sois tan culpables como si hubieseis cometido asesinato. Lo acabaríais cometiendo, si tuvieseis el tiempo y las circunstancias favorables. Es por eso que muy pronto veremos a personas próximas a nosotros, ponerse del lado de la marca de la bestia, y procurar nuestra muerte. ¿Acaso se habrán convertido en asesinos de repente? No. Las semillas del mal han estado desde tiempo atrás tomando arraigo en su corazón. Se han resistido a que esas ramas sean cortadas de raíz, y sean echadas en el fuego, y todo el árbol ha venido a ser lo que finalmente puede verse. Tenemos que librarnos de esas ramas, debemos desechar la semilla del odio que conduce a ese árbol del crimen. Hemos de permitir a Dios que haga completamente esa obra.

Si mantenéis abiertos vuestros ojos a los acontecimientos contemporáneos, comprobaréis lo que sucede cuando no están presentes las Buenas Nuevas divinas. En Ruanda hay personas que

se sentaban una al lado de la otra en la iglesia, pero cuando llegó la crisis, unos daban muerte a los otros. Ha habido adventistas que han dirigido soldados contra otros adventistas. ¿Se volvieron asesinos de repente? El tiempo de prueba expone ampliamente el corazón, y la semilla produce rápidamente el árbol. Tú y yo somos tan culpables como cualquier otro que jamás haya vivido. Tú y yo habríamos crucificado también a Cristo, y lo habríamos negado con maldición. En realidad, lo hemos hecho. Somos culpables de los pecados del mundo, y no abandonaréis nunca eso que os parecen pequeñas cosas, hasta que comprendáis su verdadera fealdad. Eso es arrepentimiento corporativo. "1888" es la historia de nuestra iglesia, de nuestros dirigentes, haciendo al Espíritu Santo, al derramamiento de la Lluvia Tardía, lo que los judíos hicieron a Jesús. Y tú y yo nos sentimos hoy tan bien, diciéndonos: 'Dios, te doy gracias porque yo no soy como aquellos hombres'... No conocemos nuestros propios corazones. Pedimos insistentemente la Lluvia Tardía, pero si fuese derramada hoy en toda su plenitud, muchos de nosotros nos encontraríamos del lado equivocado. De hecho, excepto que nos arrepintamos de los pecados de nuestros padres, que son también los nuestros, somos todos culpables de haber resistido al Espíritu Santo. Excepto que nos arrepintamos, rechazaremos al Espíritu Santo.

Querría concluir con una corta historia. Hay muchas cosas que querría deciros, a propósito de cómo Dios me ha mostrado eso en mi propia vida; cuán orgulloso soy todavía, cuán codicioso... Recientemente fui a Chicago, a llevar a un joven francés a casa de unos amigos. Serían las 12 de la noche de un sábado. Cuando llegamos, los amigos no estaban en la casa. El joven no había

telefoneado para saber si estarían allí, pero tenía otros amigos por la zona, así que les telefoneamos y me dispuse a llevar al joven a casa de ellos. Los amigos que no estaban en su casa vivían en las afueras de la ciudad, pero los que estaban en su casa, vivían en el centro de la ciudad.

Algunos de vosotros sabéis lo que significa eso en América. Estamos en un país lleno de violencia. Las calles están infestadas de gangsters. Hay crimen por doquiera. Hay un racismo terrible. Los blancos odian a los negros, y los negros a los blancos. Jamás debe hacerse una incursión en la sección "contraria", de noche. Cuanto mayor la ciudad, peor la situación. Los bomberos no pueden ir a la ciudad sin protección policial. He trabajado en la universidad de la ciudad, ya que estuve empleado allí, y supe en mi carne lo que significa el racismo. Sabía de la violencia que había en Chicago, y evitaba en lo posible transitar por ella. Pero ahora tenía que ir de noche, lo que casi equivalía al suicidio.

Entramos en la ciudad, mi joven amigo --que hablaba muy poco inglés--, y yo. Las indicaciones que nos dieron para llegar, nos dirigían por las calles estrechas de la ciudad. El sábado por la noche, cuando hace buen tiempo, la ciudad está muy ocupada. La gente, especialmente los adolescentes, toman bebidas alcohólicas. No hay policías por ninguna parte. Ante nosotros se paró un coche. Varios corrieron hacia allí para hacer sus negocios con la droga. Se giraron, nos miraron. Yo estaba conduciendo un tipo de coche que desentonaba claramente en ese entorno. Ni siquiera estábamos seguros de adonde íbamos. Mi amigo intentó mirar en el mapa, yo lo

quería hacer también, pero no era cuestión de pararse a un lado y encender la luz interior. Cuando el semáforo se puso verde, aceleré para avanzar, pero el coche permaneció inmóvil, y se encendió el piloto indicador de avería de transmisión. La gente comenzó a mirarnos desde el exterior. En las grandes ciudades suelen romper los cristales para robar a los ocupantes de los coches. Hay muchos más ladrones que policías. Allí estábamos bloqueados, y yo sentí miedo, lo mismo que sucedió a Abraham cuando fue a Egipto.

Después de aquella noche, tenía que ir a una escuela, a presentar una semana de oración. El Señor tuvo que permitir que me encontrara en esa situación, para abrir mis ojos a la realidad de cuánto dudaba aún de su protección, qué poca confianza tenía en su cuidado. Si Dios tiene una misión para mí, ¿qué importa lo que me rodee? 'Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?' Estoy en sus manos, y si el tiempo de mi partida ha llegado, no tengo nada que temer de aquellos que destruyen el cuerpo. He de estar agradecido de poder dar testimonio del amor de Dios, incluso ante mi asesino. Dios me mostró en ese momento cuán pecador era, cuánto dudaba de él.

¿Quién soy yo para ir a cualquier otro, a señalarle el pecado que hay en su vida? Dios no me trae convicción de todo el mal que hay en la iglesia para que vaya a denunciarlo, sino que me llama a mí al arrepentimiento.

Oremos:

Amante Padre celestial. Gracias por estar por nosotros y con nosotros. Gracias por no habernos abandonado, y porque sigues procurando abrir nuestros ojos a las Buenas Nuevas. Te rogamos que nos purifiques de la incredulidad; que tu bondad nos pueda llevar al arrepentimiento y a ver que los días gloriosos de esta iglesia, que la hora más resplandeciente, está aún en el futuro. En nombre de Jesús, Amén.

## Tema nº 9

Conocéis mi convicción de que Dios quiere abrir su Palabra ante nosotros. A los Adventistas del Séptimo Día se nos conocía como "el pueblo del libro". Pero el interés por las Escrituras ha decaído, y nos hemos vuelto perezosos. No obstante, en los últimos días, la Biblia lo será todo para nosotros. Querría dedicar unos momentos a descubrir con vosotros la manera en la que el puzzle va a ser compuesto, para que el estudio de la Biblia se convierta en algo viviente.

Leemos en Proverbios 1:1-6: "Los proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel: Para entender sabiduría y doctrina; para conocer las razones prudentes; para recibir el consejo de prudencia, justicia, y juicio y equidad; para dar sagacidad a los simples, y a los jóvenes inteligencia y cordura. Oirá el sabio, y aumentará el saber; y el entendido adquirirá consejo; para entender parábola y declaración; palabras de sabios, y sus dichos oscuros".

En los primeros seis versículos podéis ver que la razón por la que Dios nos da los proverbios es para abrir nuestras mentes y enseñarnos quién es; en qué consiste realmente el evangelio. Es por esa misma razón que se nos da toda la Biblia. Dios nos quiere declarar todos los enigmas, misterios, parábolas y proverbios. Capítulo 2:1-5: "Hijo mío, si tomares mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría, si inclinares tu corazón a la prudencia; si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la

buscares, y la escudriñares como a tesoros; entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios". Ahora leemos en Prov. 3:13-15: "Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia: Porque su mercadería es mejor que la mercadería de la plata, y sus frutos más que el oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas; y todo lo que puedes desear, no se puede comparar a ella". Capítulo 4:7-9: "Sabiduría ante todo: adquiere sabiduría: y ante toda tu posesión adquiere inteligencia. Engrandécela, y ella te engrandecerá: Ella te honrará, cuando tú la hubieres abrazado. Adorno de gracia dará a tu cabeza: Corona de hermosura te entregará". Prudencia, conocimiento, entendimiento, sabiduría: esas son las auténticas joyas. Esa es la perla de gran precio, el tesoro escondido. Lo más importante de todo es que comencemos a comprender la grandeza de la verdad que Dios nos quiere mostrar.

Nuestros pioneros, en los años próximos a 1844, se quedaban a veces toda la noche estudiando. Querían conocer a Dios. ¿Con cuánto fervor estudiamos hoy la Biblia? ¿Cuán importante es para nosotros la Palabra de Dios? La Biblia, la Palabra de Dios, lo cumplirá todo. Dice Santiago (1:21) que la Palabra nos salvará. Pedro nos dice que somos nacidos de nuevo por la Palabra (1 Ped. 1:23). En Hebreos leemos que nos sustenta con la Palabra de su potencia (1:3). '¿Con qué limpiará el joven su camino?', con guardar tu palabra'. 'En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti' (Sal. 119:9, 11). Leemos en el Salmo 17:4: "Por la palabra de tus labios yo me he guardado de las vías del destructor". La Biblia nos muestra que todo lo que Dios quiere cumplir, tiene lugar

mediante su palabra. Lo mismo que en la Creación -cuando la tierra y el cielo fueron formados por la palabra de Dios-, así también en la re-Creación (o nueva Creación). La palabra de Dios lo es todo. Necesitamos comprender esa Palabra.

Es ya hora de que crezcamos. Ved Hebreos 5. Lo mismo que en los primeros cuatro capítulos, Pablo está refiriéndose a Cristo como a nuestro gran Sumo Sacerdote, y en el versículo 11 dice: "del cual tenemos mucho que decir, y dificultoso de declarar, por cuanto sois flacos para oír". Pablo dice que tiene mucho que decirnos acerca de Jesús, pero no queremos oír. No estamos interesados. Necesitamos ver renacido ese interés. El versículo 12 dice que deberíamos "ser ya maestros a causa del tiempo", y sin embargo, tenemos "necesidad de volver a ser enseñados cuáles sean los primeros rudimentos de las palabras de Dios". Incluso hemos llegado a necesitar leche como los niños pequeños. Aquí, ser como los niños pequeños no es la situación deseable. Se trata de la misma infancia referida en Efesios 4, la de esos "niños fluctuantes... llevados por doquiera de todo viento de doctrina". En el siguiente versículo de Hebreos 5 leemos "que cualquiera que participa de la leche, es inhábil para la palabra de la justicia, porque es niño". Los niños tienen una comprensión muy limitada. Versículo 14: "Mas la vianda firme es para los perfectos, para los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal". Así, Pablo viene a decirnos que ya es tiempo de que utilicemos nuestro discernimiento. Observad el versículo 1 del capítulo 6: "Por tanto, dejando la palabra del comienzo en la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del

arrepentimiento de obras muertas, y de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, y de la imposición de manos, y de la resurrección de los muertos, y del juicio eterno. Y esto haremos a la verdad, si Dios lo permite".

La perfección se nos presenta asociada al hecho de crecer o madurar en la verdad. Quisiera que comprendieseis el patrón o modelo. La "luz", la "lluvia", la "verdad", es lo que nos purifica, lo que nos eleva, y todo ello se encuentra en la Palabra de Dios. En Hebreos 5, Pablo amonesta a la iglesia de los Corintios por no estar interesada en crecer: "De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda: porque aún no podíais, ni aún podéis ahora" (1 Cor. 3:1 y 2). La iglesia de los Corintios no estaba preparada. De hecho, en 1 Corintios 2, y también en el primer capítulo, Pablo ha estado hablando sobre la cruz, y ha presentado la cruz como un misterio. 1 Cor. 2:7: "Hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria: la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de gloria. Antes como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para aquellos que le aman". No está aquí hablando del cielo. Habitualmente aplicamos ese texto a las moradas celestiales: al hecho de que no podemos imaginar lo maravilloso que será. Pero Pablo presenta eso en el contexto de la cruz, y para mostrar que no deseamos todavía conocer la sabiduría de Dios y el "misterio": la sabiduría oculta, el misterio de la cruz. Eso debe

implicar nuestra propia experiencia, ya que Pablo denomina ese misterio como siendo "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27). Así pues, el versículo 9 se refiere al hecho de que hay algo que Dios ha planeado para sus santos, aquí en la tierra, que aún no ha penetrado en nuestras mentes. Permitidme que os muestre algunos versículos en relación con eso.

Todavía no hemos comprendido lo que va a suceder. Romanos 8:19 insiste en la idea: "Porque el continuo anhelar de las criaturas espera la manifestación de los hijos de Dios". Dios no ha sido todavía revelado mediante sus hijos. 1 Juan 3:2: "Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es". Aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. A medida que él se revela, somos transformados a su semejanza. Cuando él aparece, lo vemos tal como es. No se trata aún de la segunda venida de Jesús, sino de la hora del juicio, a medida que se va revelando a su pueblo y tiene lugar esa obra de purificación, de forma que Dios los puede presentar, no sólo ante el mundo, sino ante todo el universo (Efe. 3:10; Eze. 36:23). Pablo dice que toda la creación gime esperando la manifestación de ese grupo que Dios ha prometido que finalmente habrá, siguiendo al Cordero por dondequiera que va. Y eso es algo que todavía no ha ocurrido.

Si aprendemos a estudiar la Biblia tal como indica el libro de Proverbios: 'cavando', o como dice Isaías 28: "mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá", o como dice Pablo:

"acomodando lo espiritual a lo espiritual" (1 Cor. 2:13) -buscando textos similares y relacionándolos-, entonces comenzaremos a ver la diferencia. Eso es exactamente lo que hicieron nuestros pioneros. William Miller tomó la Concordancia, la Biblia, y cuando llegaba a un texto que no comprendía, buscaba en la Biblia otras expresiones similares, y a medida que encontraba esas otras pequeñas piezas y las iba ensamblando, el asunto se aclaraba. Eso es lo que hará el pueblo de Dios del tiempo del fin. Una de las cosas que me encanta hacer es "cavar" en la Biblia y ensamblar las piezas. Lo que sucede a menudo es que aquello que anteriormente pensábamos que el texto decía, no es lo que dice en realidad. Frecuentemente encontraréis que la forma en la que lo habíais visto estaba limitada por una mentalidad centrada en nosotros mismos, mientras que la comprensión más profunda tiene una mayor relación con la experiencia por la que el pueblo de Dios pasará, y con la experiencia de la cruz.

Permitidme que os de un ejemplo: Mateo 7 refiere la historia del hombre sabio que edificó su casa sobre la roca. Solemos comprender esa historia aplicándola a nosotros individualmente: construimos la casa sobre la roca, o bien sobre la arena, y cuando llegan los problemas, la dificultad; entonces, si estamos sobre la roca, resistiremos la tormenta; mientras que aquellos que edificaron sobre la arena acabarán en la ruina. La Roca es Jesucristo, desde luego. Eso es muy cierto, pero es también cierto que Cristo mismo es el hombre sabio, ya que dijo: 'sobre esta Roca (él mismo) edificaré mi iglesia'. Si analizáis en la Biblia los textos que se refieren a edificar una casa, veréis que es constante la imagen de

Dios perfeccionando a su iglesia. Permitidme que os cite un par de ellos: La Biblia emplea indistintamente los términos "casa" y "templo", con el mismo valor. 'Hacerme han un santuario [templo], y yo habitaré entre ellos'. En Juan 14, Jesús nos dice que se va para prepararnos una casa. Cuando Jesús partió, tras la resurrección, ¿se llevó útiles para la construcción de un edificio, o bien se vistió de los ropajes sacerdotales para hacer una obra de intercesión, para purificar un pueblo? En Hebreos 3, Pablo nos dice que Moisés fue fiel sobre toda su casa: la iglesia. Nosotros somos la casa, y él está tratando de edificar esa casa de tal forma que pueda resistir la tormenta. En Juan 14 se nos dice que en esa casa 'muchas moradas hay'. En otras palabras, en esa casa que va a edificar, hay lugares ('Voy, pues, a preparar lugar para vosotros...'). No estoy diciendo que no vaya a haber casas en el cielo, pero algún día comenzaremos a ver la cruz allá donde antes sólo veíamos casas. En 1 Pedro 2 podemos contemplar esa obra de edificar la casa. Versículos 4 y 5: "Al cual allegándoos, piedra viva, reprobada cierto de los hombres, empero elegida de Dios, preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo". Somos piedras que deben componer una casa. A una de las siete iglesias del Apocalipsis se le dice, "Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios" (3:12). Construir una casa... Voy a preparar un lugar para vosotros... Son imágenes de Cristo perfeccionando la iglesia. Esa es una de las imágenes o enigmas. Hay muchos símbolos referentes a Dios perfeccionando su iglesia: uno de ellos es la re-edificación del templo. Otro la construcción de la casa. Otro más es la esposa que finalmente está preparada. El niño

que crece. Imágenes todas ellas de Dios consumando la obra de preparación de su pueblo. ¿Podéis ver la forma en la que Dios vela esas cosas, para que no sean obvias? Él espera que cavemos profundamente para comprenderlas.

Cuando estudiáis la Palabra de Dios, debéis tener presente que su palabra es él mismo revelado a nosotros. Dios es infinito. A.T. Jones dijo que la Palabra es infinita. Cada versículo es infinito. Nunca comprenderéis en su totalidad ni siquiera un solo versículo; por lo tanto, en el momento en que penséis que ya comprendéis plenamente un versículo, Dios no puede enseñaros allí nada más (1 Cor. 8:2). Dijo el pastor Jones que son precisamente los versículos que creemos comprender mejor, aquellos a través de los cuales Dios nos quiere mostrar aún mayores cosas.

En el Antiguo Testamento no faltan relatos a propósito de la edificación de una casa. Por ejemplo en Haggeo, cuyos dos capítulos están dedicados a eso mismo. Nos habla de dos casas, y afirma que la primera fue mucho mayor que la segunda. Cuando los ancianos vieron la segunda casa, se pusieron a llorar, porque aquella segunda casa no era nada comparada con la precedente. Pero dice: 'no lloréis, porque esta segunda casa será más grande que la primera, ya que llevará la gloria'. ¿Cuándo sucedió? La respuesta típica es: 'Cuando vino Cristo la primera vez'. Y es cierto, pero hay otra forma de comprender ese texto: Dios procuró construir una casa con la nación de Israel. Era una gran casa. En los días de David y Salomón, el mundo entero tenía conocimiento de esa casa. Reinas venían a Salomón. Naciones temían a David. Hasta en los días de Moisés, al

aproximarse a Cannán, Jericó tuvo miedo. Israel estaba en camino de convertirse en una gran nación, era una gran casa, pero no llevó la gloria. En los últimos días, Dios va a construir una casa.

Si los ancianos de Israel hubieran podido ver lo que es hoy el Adventismo del Séptimo Día, en relación con los millones de habitantes del planeta, seguramente habrían llorado con mucho mayor motivo. La mayoría de los que habitan el mundo, ni siquiera tienen noticia de nuestra existencia. Crecemos a un ritmo parecido al de los Mormones, o al de los Testigos de Jehová. Hay grupos Pentecostales creciendo más de prisa que nosotros. La población mundial crece mucho más rápidamente que nosotros. Pero poco importa lo insignificante, lo débil que sea este templo: será mayor que el primero, porque "llevará la gloria".

Es posible una comprensión incluso de mayor alcance de ese texto: Jesucristo, morando físicamente en un templo físico, es un símbolo de Cristo viviendo en su pueblo, en los últimos días. Cuando Jesús anduvo en el templo y lo purificó, eso era un tipo de lo que va a hacer en estos últimos días. En Haggeo encontramos lo que Dios quiere hacer con su pueblo; el antitipo, el cumplimiento, la sustancia de lo representado por el antiguo Israel. Las construcciones físicas no son más que el tipo o símbolo.

Como pueblo, hemos ido tan lejos en la Palabra, que nos hemos dicho: 'ya lo comprendemos todo', y hemos dejado de cavar. ¡Pero hay tantas cosas que Dios anhela revelarnos! Quisiera llamar vuestra atención, a fin de que vierais la forma en la que algunas de estas

cosas se esconden bajo la superficie. Por ejemplo, el diezmo. ¿Os habéis preguntado por qué requiere Dios de nosotros el diezmo? ¿Por qué una décima parte? Decimos, 'porque le pertenece', y 'como un acto de adoración'. Bien, en realidad ¡le pertenece todo! ¡Son suyos los diez décimos! ¿Por qué retornarle sólo un décimo? Cierta día estaba leyendo cómo Jesús sanó a diez leprosos, y sólo uno volvió para darle las gracias. Otro día, leía en Isaías 6. E. White nos dice que la experiencia de Isaías 6 es un tipo de nosotros, en los últimos días. Al final de ese capítulo, dice: 'talad el árbol, pero dejad el tronco, porque quedará en ella una décima parte, y volverá' (Ver Isaías 6:11-13; Amós 5:2 y 3; Nehemías 11:1). Quizá Dios nos ha dado el diezmo para que aprendamos una lección sobre la redención.

Consideremos ahora el sábado. Se nos dice que el sábado es una señal, un símbolo de la redención. El Señor encargó a Moisés que dijese a los israelitas que el sábado era la señal entre él y su pueblo, para que sepan que yo soy Jehová que os santifico (Éx. 31:13). El sábado es la mejor señal que jamás pudiera dar, porque muestra la redención en tres maneras. Quizá más que eso. Nos muestra (1) lo que Dios quiere hacer --'yo soy Jehová que os santifico'--. En 1 Tesalonicenses 4:4 y siguientes, Pablo define la santificación como apartarse o separarse del pecado; abstenerse de pecar. La santificación es quitarnos el pecado, guardarnos de pecar. La pregunta es: ¿Cuán bien puede Dios hacer esa obra? 1 Tesalonicenses 5:23 nos dice que Dios nos santificará completamente, y en el versículo siguiente añade, "Fiel es el que os ha llamado; el cual también lo hará". Así, en primer lugar nos muestra lo que Dios va a hacer: santificar completamente a un

pueblo. Al final de los seis días de la creación, ¿qué vio Dios, tras haber acabado este mundo? --'He aquí que era bueno en gran manera': Era perfecto. No era posible hacer algo mejor. Al final de los seis mil años, cuando Dios --por Jesucristo nuestro Sumo Sacerdote-- haya consumado su obra de purificar un pueblo, no puedo imaginar a Jesús dirigiéndose a su Padre en estos términos: 'Lo siento, Padre, esto es lo mejor que he podido hacer. Tendremos que purificarlos en el cielo'. Lo mismo que en la creación, cuando la re-creación sea completa, Dios lo mirará y podrá decir: 'He aquí que es bueno en gran manera'. La obra es la misma. El sábado es la señal de lo que Dios va a hacer. La razón es que hay tanto poder en su Palabra, en la obra de la redención, como en la obra de la creación. De hecho sólo hay una diferencia entre la creación y la redención: en el segundo caso nuestra voluntad humana se puede interponer en el camino. Dice Isaías 55:10 y 11: "Como desciende de los cielos la lluvia... así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, antes hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié". Su palabra viene como una promesa. 'Yo os guardaré de caer' (Judas 24). 'Todo lo podéis en Cristo que os fortalece' (Fil. 4:13). La promesa está por doquiera, en la Palabra de Dios. Esa Palabra viene a nuestros corazones, y como dice Apocalipsis 3:20, 'llama'. Dios no fuerza a nadie, pero si abrimos nuestros corazones a su palabra, él hará absolutamente todo lo que ha prometido hacer. Incluso si nos parece humanamente imposible vencer el pecado, lo cierto es que en Efesios 3:20 se nos dice que Dios es poderoso "para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". Toda la Biblia está repleta de promesas semejantes. La última generación habrá aprendido a apreciar su palabra, y

permitirá que ésta sea derramada sobre ellos (1 Tes. 2:13). El sábado, pues, es la señal de lo que Dios va a hacer.

En segundo lugar, (2) el sábado es la señal de cómo va a hacerlo Dios. Nuestra "obra" es reposar en su obra. No nos vamos a extender en la justificación por la fe, en relación con el sábado, pues os ha sido ya presentado en anteriores ocasiones. En esencia, nuestro guardar el sábado no es una obra, sino que es un reposo: el reposo de nuestras obras imperfectas; nuestro reposo en su obra perfecta.

En tercer lugar, (3) el sábado señala también cuándo es que Dios va a completar su obra. No se trata de ningún juego de fechas, pero no es por casualidad que Dios creó el mundo en seis días. Lo podía haber hecho en un instante, o en otro período cualquiera de tiempo. Pero eligió hacerlo en seis días, y luego separó otro día más, el sábado, como símbolo de lo que había hecho en los seis días. Dios, en su sabiduría, previendo lo que sucedería después, miró a través del tiempo y vio que tomaría unos seis mil años hasta tener un pueblo deseoso de seguir al Cordero por dondequiera que fuere, hasta la misma cruz. Y sabiendo que tendríamos miles de preguntas que hacer cuando entrásemos finalmente en el reposo, estableció el milenio. Creó la tierra en seis días, y el séptimo --sábado--, descansó, como símbolo del plan de la redención.

En el Espíritu de Profecía encontramos más de treinta declaraciones referentes al principio de los seis mil años de historia de la tierra, en relación con la obra de la redención. Nadie puede hacerse una idea de la fecha en la que ocurre eso, pero hay ahí un principio. Si

aplicáis ese principio a los textos que nos hablan del sábado, esos textos se convierten en algo viviente. Dios obra seis días, durante seis días obró en la creación, descansando el séptimo. En Levítico leemos que en el Día de la Expiación el pueblo debía reposar de sus obras. No debía hacer obra alguna. En 2 Pedro 3 hay un texto interesante que habla del Día del Señor. Nos dice que habrá una purificación por fuego, que todo tendrá que pasar por el fuego. Podemos aplicar ese texto a la destrucción de la tierra por el fuego, tras el milenio. Pero hay una mejor aplicación, ya que el texto comienza con la idea de que el Día del Señor vendrá como ladrón en la noche, cosa que no sucede al final del milenio. No hay sorpresas ahí: sabemos cuándo comienza y cuándo acaba el milenio. Los perdidos están muertos entonces. Por lo tanto, no es la aplicación más perfecta del pasaje. Tampoco lo es si se aplica a la segunda venida de Jesús, ya que la purificación por fuego que se describe allí, la podemos encontrar también en Malaquías 3:1-3, claramente referida al Día de la Expiación. Obra durante seis días, completa su obra en el sexto día, y reposa en el sábado. Al final de los seis mil años se consuma el Día de la Expiación, justamente en el tiempo que precede al milenio. Al Día de la Expiación se le llama sábado (Lev. 23:32). No un sábado para Dios, sino "sábado de reposo será a vosotros". Dios está ahí obrando, hasta que logra hacernos entrar en su reposo. Pero en el Día de la Expiación, finalmente un pueblo reposa. Por tres veces se repite, 'ninguna obra haréis'. En Isaías 58, el capítulo "del sábado", el que dice E. White que deberíamos leer cada sábado, hay una frase en el versículo 13 que dice que 'no debes hacer tus caminos, ni hacer tu voluntad'. Se trata de no hacer nada "nuestro", ya que con Cristo estamos juntamente crucificados: Él

vive; nosotros estamos muertos. En eso consiste el verdadero reposo del sábado, cuando reposamos en él. Leemos en Gálatas 2: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí". No nosotros, no nuestras obras, no nuestros caminos; nuestro yo está muerto, y Cristo vive en nosotros. 'Y la vida que ahora vivimos, la vivimos en la fe del Hijo de Dios'. En eso consiste el sábado. Ved el versículo 12 de Isaías 58: la reedificación o restauración de la ciudad: otro símbolo de Dios perfeccionando un pueblo. En Daniel 9, que es la explicación de Daniel 8 en relación con la purificación del santuario, cuando el ángel se dispone a explicarle en qué consiste la purificación del santuario, dice: "para acabar la prevaricación, y concluir el pecado, y expiar la iniquidad; y para traer la justicia de los siglos". Cuando Dios nos da la profecía de tiempo al respecto, vemos que la profecía comienza con el decreto para reedificar --restaurar-- la ciudad. Reedificar la ciudad es precisamente de lo que trata la profecía. Purificar el templo, edificar el templo, edificar la ciudad, edificar la casa, hacer crecer al niño, hacer que la esposa esté preparada para encontrarse con el Esposo. Todos ellos simbolizando la redención. Lo encontramos en el "capítulo del sábado" (Isaías 58). Al final del capítulo 57 se nos muestra el problema del pecado: no hay paz en el pecado. Es por eso que en el primer versículo del capítulo 58 se nos dice que ha llegado el tiempo de que la casa de Jacob vea su pecado: es tiempo de purificación.

¿Cuáles son algunas de las leyes que encontramos en la Biblia, a propósito del sábado? No comprar ni vender en él. Toda compra y venta deben ser hechas durante los seis días: no deben hacerse

transacciones en el sábado. Cuando las diez vírgenes se despiertan, cinco de ellas quieren ir a comprar aceite, pero es demasiado tarde, porque Dios ha clausurado la obra de la redención y la puerta está ya cerrada. Están pretendiendo comprar en sábado, pero Cristo ha dejado ya sus vestiduras sacerdotales. No esperes a que sea demasiado tarde: ahora es el momento de comprar y vender. En Apocalipsis 3, ¿qué amonesta Cristo a la iglesia de Laodicea a que haga? Que compre. Ahora es el momento de comprar oro afinado en fuego, vestiduras blancas para cubrir nuestra desnudez, y colirio para que podamos discernir. Es ahora el tiempo de discernir (colirio), lo que es la justicia (vestiduras) por la fe (oro afinado en fuego). Tras esta hora, no habrá más ocasión de comprar. En el desierto, cuando el pueblo hebreo peregrinaba allí, ¿qué les ordenó el Señor hacer el viernes? Recoger la doble porción de maná. ¿Qué es lo que descende al final del tiempo, en la clausura de la obra? Doble porción del Maná, el Pan, la Palabra. Es por eso que en las bodas, Jesús dejó el mejor vino para el final. La "lluvia" viene al final. Esta mañana hemos visto cómo en Joel se expone el problema de la falta de pan. Hay una gran hambre en la tierra.

Mateo 24 es el capítulo de los acontecimientos del fin: 'Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado'. Durante tiempo me preguntaba por qué sería más difícil huir en sábado. Un día leí cómo David entró en el templo, quebrantó la ley, comió el pan reservado a los sacerdotes, y Dios dijo que fue sin culpa. No creo que el problema sea el hecho de tener que huir en día de sábado, una vez hemos comprendido la sustancia de lo representado por el símbolo. El sábado simboliza la redención. Ahora es el tiempo de

"escapar". Pasa algo similar con el "invierno". En Jeremías 8:20 encontramos el lamento de los que dejaron para demasiado tarde su preparación: "Pasóse la siega, acabóse el verano, y nosotros no hemos sido salvos". Hay un tiempo propicio para escapar del pecado, pero cuando llegue 'el invierno y el sábado' (Mat. 24:20), ya se habrá pasado la siega, será entonces demasiado tarde. E. White escribió mucho sobre escapar de los engaños de los últimos días. En el capítulo 4 de Isaías encontramos una ilustración de lo que significará escapar de la "marca de la bestia", en el contexto de la purificación, del juicio investigador. A veces pensamos en la marca de la bestia como referida meramente a un día u otro de la semana, pero esta mañana hemos visto que se trata en realidad de dos tipos opuestos de adoración. Más aún, dos evangelios contrapuestos: el verdadero evangelio -el Cristo verdadero-, por contraste con una falsificación del evangelio -todos los falsos Cristos-. Si hoy no cavamos profundamente en la palabra de Dios, mañana nos encontraremos inevitablemente en el grupo de los enemigos de Dios. No es porque Dios lo haya hecho expresamente inasequible a nuestra comprensión, sino porque el juicio revelará que no amábamos verdaderamente su obra. En El Conflicto de los siglos, E. White escribió que sólo los que hayan fortalecido su mente con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran conflicto (p. 651). Os animo a leer el capítulo "Nuestra única salvaguardia".

Otra cosa que no debía hacerse en sábado es encender fuego, ya que es ahora cuando debe tener lugar el proceso del afinado del oro en el fuego. No hay purificación ni refinamiento posibles, una vez que el sábado llegó.

Tampoco se debía llevar ninguna carga en el sábado (Jer. 17:21-24). La razón es que todas las cargas deben ser llevadas en los seis días previstos para obrar. Ahora es el momento de depositar nuestras cargas: no cuando la obra sacerdotal de Cristo haya terminado.

Una última consideración: Lucas 22:14-23: "Y como fue hora, sentóse a la mesa, y con él los apóstoles. Y les dijo: en gran manera he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca; porque os digo que no comeré más de ella, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y tomando el vaso, habiendo dado gracias, dijo: Tomad esto, y partidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga. Y tomando el pan, habiendo dado gracias, partió, y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado: haced esto en memoria de mí. Asimismo también el vaso, después que hubo cenado, diciendo: Este vaso es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama. Con todo eso, he aquí la mano del que me entrega, conmigo en la mesa. Y a la verdad el Hijo del hombre va, según lo que está determinado; empero ¡ay de aquel hombre por el cual es entregado! Ellos entonces comenzaron a preguntar entre sí, cuál de ellos sería el que había de hacer esto".

El servicio de la comunión es el tipo de la cena de bodas del Cordero. Lo que hemos visto es que, de la misma forma en que Cristo tomó el jugo de la uva junto a sus discípulos, un día en el cielo nos reuniremos en una gran mesa para beber el vino junto a Jesús. Es evidente, ya que dice que no lo beberá más hasta que lo

haga con nosotros en el reino. Pero hay muchas evidencias de que la cena de bodas del Cordero tiene lugar antes del retorno de Jesús (ver Luc. 12:36; El Conflicto de los siglos, p. 480). En el texto hemos leído que no bebería mas el vino hasta que viniese el reino. En Mateo 26:29 dice: "Hasta aquel día, cuando lo tengo de beber nuevo con vosotros en el reino de mi Padre". Si ese es un tipo de la cena de bodas, hay algo muy interesante que tiene lugar: el traidor es delatado en ese momento de la cena de bodas. Fue en el servicio de comunión cuando Judas fue expuesto. Jesús dijo 'alguien va a traicionarme'. Todos miraron a Jesús y pensaron, '¿seré yo?'. Así sucede en Zacarías 12 y 13, cuando "habrá manantial abierto" y lágrimas de arrepentimiento por "el pecado y la inmundicia", y nos dice que es en ese tiempo cuando la casa de David se lamentará, y las doce tribus "mirarán a mí, a quien traspasaron". En otras palabras, la última generación, el pueblo de Dios, va a reconocer su culpabilidad, su implicación, en la crucifixión del Hijo de Dios.

Es en la cena cuando Cristo apura la copa con nosotros. En Isaías dice que vamos a beber una copa profunda. En el Día de la Expiación, a medida que nos acercamos al tiempo de angustia, de la misma manera que "en toda angustia de ellos él fue angustiado" (Isa 63:9), Dios tendrá un pueblo que se afligirá en todas las aflicciones de él. Conocerán su pesar, cuando apuren esa copa de quebranto con él. El pueblo de Dios se sentirá muy solo, como Abraham durante aquellos tres días en que oraba angustiado a Dios: '¿por qué debo sacrificar a mi hijo Isaac?' Dios parecía no responder a su oración. Se debió sentir muy solo. Debió sentir las tinieblas cernirse en torno a él. Se debió sentir abandonado, y en esa experiencia, gustó algo de

aquello por donde debió pasar el Salvador. Se produce entonces una unión. "A fin de conocerle, y la virtud de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte" (Fil. 3:10). Cuando el pueblo de Dios beba esa copa, se sentirá muy solo, pero no estará solo. Cristo sentirá cada experiencia amarga por la que pasen. Cada lágrima que derramen, Cristo la derramará con ellos. Estará bebiendo la copa del vino nuevo con nosotros. Cuando Dios presente esa demostración ante el mundo, aunque nosotros podamos no estar dándonos cuenta, el reino estará ya entre nosotros, porque el reino venidero no consiste en una suntuosa edificación, sino que consiste en Dios reinando en nuestros corazones.

En la oración que Jesús nos enseñó, dice: 'Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra'. El reino de Dios viene cuando su voluntad es hecha en la tierra como lo es en el cielo. El reino no es tanto la nueva Jerusalem estableciéndose en la tierra, como la verdad eterna estableciéndose en las mentes de los que constituyen su pueblo. E. White define el sellamiento como "un afianzamiento en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de modo que los sellados son incommovibles" (CBA, vol. IV, p. 1183). Cuando las mentes sean selladas, Dios haya ganado todo posible corazón, y el resto del mundo haya tomado su decisión --'No queremos que éste reine sobre nosotros', el reino estará allí. Así, la última cena es un tipo de la cena de bodas.

Analicemos un versículo más, para que veáis que esas imágenes se encuentran por doquiera en la Biblia. El libro de Oseas, como el de Joel, son libros para los últimos días, llenos de poderosas

ilustraciones. En el último versículo del libro de Oseas leemos: "¿Quién es sabio para que entienda esto, y prudente para que lo sepa?" Y en Oseas 3:1 nos informa que esa imagen se trata de Cristo y su "esposa": el amor de Cristo por su iglesia. En el capítulo 2 tiene lugar la boda. Versículo 16: "Y será que en aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Marido mío, y nunca más me llamarás Baali". Hay aquí una notable transición: la novia madura finalmente, hasta convertirse en la esposa. Ya no está más interesada en el dinero de su futuro esposo: está preparada para casarse con él por lo que él es, no por lo que él tiene. Versículo 17: "Porque quitaré de su boca los nombres de los Baales, y nunca más serán mentados por sus nombres". En el día de las bodas desaparece absolutamente toda forma de adoración a los ídolos. Vosotros y yo adoramos todavía a ídolos sin saberlo. Pero aquí encontramos una descripción de la obra, finalmente completada. Sofonías 3 es muy similar. En el capítulo 2 de Oseas, la mujer, la iglesia, abandona a su marido y va a la búsqueda de amantes. Y se dice: 'es así como encontraré lana para vestirme, es así como encontraré el aceite para la vida espiritual, así obtendré mi pan'. Deja a su marido para entregarse a sus amantes. Nosotros tenemos tendencia a mirar hacia otras iglesias, o a técnicas aprendidas de ellas, para salvar nuestros matrimonios, para salvar nuestros niños y para hacer crecer nuestras iglesias.

Algún día el pueblo de Dios se dará cuenta de que la respuesta está en él, en su Palabra. En el relato de Oseas, la mujer finalmente se vuelve a su marido, y a fin de conseguir tal cosa, a fin de lograr que vuelva, él debe permitir que atraviere momentos muy difíciles.

Cuando Jesús dijo: 'destruid este templo, y lo reedificaré en tres días', podemos ver ahí también una imagen de nosotros, en los últimos días. Cuando Jesús dijo refiriéndose al templo: 'no quedará piedra sobre piedra', eso puede ser también una imagen de aquello por lo que habremos de pasar, a fin de que la orgullosa Laodicea se convierta en humilde. En los versículos 9 y 10, leemos: "Por lo tanto, volveré y tomaré mi trigo y mi vino en el tiempo de su cosecha, y recogeré mi lana y mi lino, que le había dado para cubrirse. A la vista de sus amantes pondré su desnudez al descubierto. ¡Nadie la libraré de mi mano!" (Versión Dios habla hoy). Dios va a exponer todo su pecado, va a desnudarla, para que la vergüenza de su desnudez sea puesta en evidencia. En Apocalipsis 3, cuando compramos las vestiduras celestiales para que no se descubra la vergüenza de nuestra desnudez, no se trata de un manto que oculta nuestro pecado, sino de la vida de Cristo que purifica la nuestra; y por lo tanto ya no hay nada que esconder. Aunque se nos exponga abiertamente, no habrá nada de qué avergonzarse. En el Edén, Adán y Eva no tenían vergüenza de su desnudez. Fue la constatación de su pecado lo que les trajo la vergüenza, al darse cuenta de que éste quedaba expuesto. Cuando Dios se les acercó, comprendieron que él veía lo que ellos eran, y sintieron vergüenza. Las vestiduras de Cristo purifican, de forma que no hay nada de lo que avergonzarse. Deben ser quitados los trapos de inmundicia que la mujer viste en Oseas 2, tanto como las hojas de higuera que Adán y Eva se hicieron tras haber pecado. En cierta ocasión, Isaías atravesó la ciudad desnudo. Les quería enseñar una lección. Ahí tenemos un símbolo de lo que va a suceder.

Versículo 14: "Yo la voy a enamorar: la llevaré al desierto y le hablaré al corazón". La atrae hacia el desierto. ¿Dónde se encontraban Juan el Bautista y Elías? ¿Dónde convocaban al pueblo? En el desierto. ¿Qué les daban allí? El evangelio, las buenas nuevas recibidas mediante el arrepentimiento. El versículo 14 nos sugiere la idea de Cristo hablando a su futura esposa, cara a cara. En Ezequiel 20:35 dice: "Os he de traer al desierto de pueblos, y allí litigaré con vosotros cara a cara". Al principio de ese capítulo (vers. 4) leemos: "¿Quieres tú juzgarlos? ¿Los quieres juzgar tú, hijo del hombre? Notifícales las abominaciones de sus padres". Se trata del arrepentimiento corporativo, de eso que tan poco gusta hoy a quien alberga orgullo como el del Israel de antiguo, aún sin saberlo. En ese día se humillará. Se detestará a sí misma al darse cuenta de quién es realmente (Ezequiel 36:31). En Oseas 2:15 leemos: "Convertiré el valle de Acor en puerta de esperanza para ella". ¿Sabéis lo que significa el valle de Acor? Fue allí donde fue apedreado Acán. Lo podéis ver en Josué 7:21-26. Dios dice aquí virtualmente: 'todo pecado va a ser expuesto', 'voy a quitar su cobertura, y exponerlos a la vista de sus amantes'.

Algún día resultará muy embarazoso ser un Adventista del Séptimo Día. Algún día nos encontraremos en la situación de Pedro. Vendrán a vosotros y os dirán: 'tú también eres uno de aquellos'. La situación distará mucho de ser cómoda por todo lo que va a suceder, y porque el mundo va a ver lo que realmente somos. Estaremos muy tentados a negar y maldecir, pero hay ahí buenas nuevas: ese valle de Acor (en hebreo: desgracia o catástrofe), que es la puerta de esperanza, allí donde se revelarán todos los pecados de Acán, es la misma

puerta de Apocalipsis 3, la puerta que se abre y se cierra, en relación con la purificación del santuario. En el versículo 15 continuamos leyendo que "allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de Egipto". ¿Cuál fue el cántico entonado a la salida de Egipto? El cántico de Moisés. Sólo hay otro grupo que cantará ese cántico: los 144.000. Israel a la salida de Egipto es un tipo de ese grupo de los 144.000, atravesando una experiencia de purificación. Es por eso que dice el versículo 16 "que en aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Marido mío, y nunca más me llamarás Baali". Comprenderéis los conceptos, y serán valiosos para vuestro corazón, a medida que abráis la Palabra y cavéis profundamente. Personalmente suelo escribir los textos de la Biblia a fin de analizarlos y memorizarlos. Los estudio y los repito. Intento guardarlos en la mente. Id a la Biblia, comparad los textos, intentad ver si hay relaciones que no sean casuales. El Espíritu Santo os asistirá. ¡Hay tantas cosas que el Señor nos quiere mostrar! Oro para que "Elías" y la "lluvia" vengan pronto. Quizá estén ya aquí.

Oremos:

Amante Padre celestial. ¡Estamos tan agradecidos por habernos abierto tu Palabra! No lo merecemos, pero tú nos muestras más y más que estás viniendo muy cerca de nosotros. Te rogamos que nos hagas estar despiertos, que distingamos tus pasos, que tengamos discernimiento a fin de poder seguirte por donde quiera que fueres. Danos hambre de tu Palabra: un hambre que aumente sin cesar. Que lo más importante para nosotros sea ver más claramente quién eres y en qué consiste el plan de la salvación, a fin de que seamos capaces

de dar un vaso de agua fresca a todos los sedientos. Te rogamos que bendigas con tu Espíritu Santo a todos los que se han reunido en tu nombre, y que pronto van a ponerse en viaje hacia sus casas. Que la experiencia de cada uno sea cada vez más profunda, nítida y firme. Sabemos que tú lo has prometido, pero a veces tenemos luchas para creerlo. Parece fácil, estando aquí reunidos. Pero cuando cada uno se encuentre solo, Padre, la vida nos golpea, y luchamos, y dudamos. Te rogamos que vengas a socorrer nuestra incredulidad. Que podamos creer que tú estás a la obra, edificando una casa que resistirá contra la tormenta. Gracias por el privilegio y la responsabilidad de ser Adventistas del Séptimo Día. En nombre de Jesús. Amén.

## Apéndice

### **Sentido práctico del Día de la Expiación**

Hechos 2:36-38

"Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús que vosotros crucificasteis, Dios ha hecho Señor y Cristo. Entonces oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Y Pedro les dice: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo"

Observad la secuencia:

1. Comprensión de haber crucificado a Cristo
2. Arrepentimiento
3. Derramamiento del Espíritu Santo

Observemos el llamamiento al arrepentimiento hecho por Jesús -el Testigo Fiel y Verdadero- a su futura esposa. Si se comprende este mensaje, tendrá lugar un reavivamiento y una reforma.

Apoc. 3:14

"Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios".

Jesús es el testigo fiel y verdadero. Nos va a decir exactamente lo que somos. No nos va a mentir. No nos va a adular. Nos va a decir clara y directamente cuál es nuestra realidad.

Pero la única forma en la que nos puede decir eso es en el contexto de las buenas nuevas.

Vers. 15:

"Conozco tus obras, que no eres caliente ni frío..."

Si llama al arrepentimiento, es porque tal cosa no es imposible. Nuestra condición le produce tales nauseas, que está a punto de vomitar. Pero nos mira y dice: 'Eso no tiene por qué pasar. Tengo Buenas Nuevas. Y las buenas nuevas consisten en que, incluso aunque (vers. 17) tú crees que eres rico, y estás enriquecido, incluso aunque no sabes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo, tengo buenas nuevas: Puedes comprar "oro afinado en fuego... vestiduras blancas... y ... colirio"'.

Si oímos con atención, Jesús nos dice exactamente cuál es nuestro problema: es el evangelio. Necesitamos colirio: discernimiento. Lo necesitamos para discernir las vestiduras blancas: la justicia y el oro: la fe. El problema está en el evangelio, en discernir la justicia por la fe.

Cada Día con Dios, p. 91: "Nuestras iglesias están agonizando por falta de enseñanza acerca del tema de la justificación por la fe en Cristo, y verdades semejantes".

Ahora es el momento de comprar, de cambiar, como leemos en 2 Cor. 5:21.

"Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él".

Ahora es el momento de comprar y vender, en los seis días de la semana (durante los seis mil años; no en el séptimo milenio).

En ese intercambio, él nos ofrece el oro de la fe y el amor, su carácter, su justicia, y el discernimiento del Espíritu Santo. Lo que hemos de dejar a cambio son nuestras falsas concepciones de quién es Dios y cuál es su obra.

Eso es lo que sucede en Laodicea. La purificación de nuestros corazones y mentes se cumple en gran medida mediante nuestra purificación de falsos conceptos en cuanto a quién es, y qué está haciendo. Dios es amor, y en el lugar santísimo del santuario celestial es donde está el amor. Desde allí nos ministra esa historia de amor que va a cautivar a los redimidos por la eternidad.

Esa historia va a ser nuestro tema por la eternidad. ¿Es ya el tema principal de nuestros pensamientos y conversaciones? Se trata de

ese amor increíble, incesante, incansable, que va en nuestra búsqueda cada día.

"Los últimos rayos de luz misericordiosa, el último mensaje de clemencia que ha de darse al mundo, es una revelación de su carácter de amor. Los hijos de Dios han de manifestar su gloria. En su vida y carácter han de revelar lo que la gracia de Dios ha hecho por ellos" (PVGGM 342).

Eso es revelado más plenamente en la historia de la redención. El amor se ha manifestado más plena y ampliamente desde que el hombre pecó, más que si nunca lo hubiera hecho: "donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia" (Rom. 5:20). No significa que Dios haya aumentado su amor, sino que su amor se ha revelado más plenamente. Será más claramente comprendido por la eternidad, hasta tal punto que el pecado no volverá a existir: "la tribulación no se levantará dos veces" (Nahum 1:9). Cada ser creado tendrá el pleno convencimiento de cuán grande es el amor de Dios, y cuán terrible es rebelarse contra ese amor: cuán terrible es el pecado.

Esa doble lección va a sellar el universo por la eternidad contra la rebelión. Pero estoy convencido de que esa lección va a ser aprendida y va a sellar en la verdad a un pueblo aquí en la tierra, antes de que Jesús venga otra vez.

El problema está en el evangelio, en las buenas nuevas. Una vez que las hayamos discernido, compraremos las vestiduras blancas. Nuestra fe crecerá entonces sin límites. Una vez comprendido,

dejaremos de resistir al Señor, y él derramará su Espíritu sobre nosotros.

Lo que necesitamos desesperadamente es buenas nuevas. En 1888 vinieron en la presentación del evangelio: la justicia por la fe. E. White dijo qué era exactamente lo que esta iglesia necesitaba. El Señor nos envió precisamente lo que nos hacía falta. Para nuestras familias, para nuestros matrimonios, para nuestros hijos, para nuestras relaciones con cada hermano en la fe, para volver el corazón de los hijos a los padres y viceversa. Todo cuanto necesitamos vino en el tren de las buenas nuevas.

Esa es la razón por la que E. White dijo:

"El mensaje que nos ha sido dado por A.T. Jones y E. J. Waggoner es el mensaje de Dios a la iglesia de Laodicea" (The E.G.W Materials, p. 1052).

Quizá os venga por sorpresa, porque Apocalipsis nos dice que consiste en el testimonio del Testigo Fiel y Verdadero. Jones y Waggoner dieron ese testimonio directo, pero no consistía en una larga lista de problemas en la iglesia. No fue ese el testimonio directo, en 1888. El testimonio vino como buenas nuevas. Todos sabemos que hay muchos y graves problemas en la iglesia. Lo último que necesitamos es que alguien nos venga con una larga lista de fallos. Eso no ayuda a aliviar la situación. Lo que necesitamos es una solución a los problemas. Jones y Waggoner presentaron la

solución al problema. Una vez que dispongo de la solución, estoy preparado para afrontar el problema.

Algunos se autoproclaman, o se sienten llamados por Dios para "enderezar" la iglesia, pero el mensaje que traen no hará nada para enderezar la iglesia. Lo único que endereza, que hace derecho, que da rectitud, justicia, es la auténtica justicia por la fe. Muy a menudo oímos lo que pretenden ser testimonios directos, y al prestarles atención, resultan estar saturados de legalismo: 'Volvamos a esos buenos y viejos sermones de hace 40 o 50 años', dicen algunos. Pero es quizá debido a esos "buenos" y viejos sermones por lo que estamos hoy en la confusión en la que estamos. Aquellas lluvias trajeron estos lodos.

"La influencia que derivó de la resistencia a la luz y la verdad en Minneapolis tendió a dejar sin efecto la luz que Dios ha dado a su pueblo mediante los Testimonios" (The 1888 EGW Materials, p. 1129).

Hoy algunos no quieren saber nada de esos Testimonios; otros quisieran recuperar los Testimonios para la iglesia, pero ¡qué triste contradicción!, continuando con "la resistencia a la luz y la verdad" proclamada en Minneapolis.

"Aquí están los movimientos secretos hechos para oponerse a los hombres que Dios envió con un mensaje de bendición para su pueblo. Esos hombres han sido odiados, el mensaje ha sido despreciado, tan ciertamente como Cristo mismo fue odiado y

despreciado en su primera venida. Hombres en posiciones de responsabilidad han manifestado los mismos atributos que Satanás ha revelado" (The 1888 EGW Materials, p. 1525).

"Piense, mi hermano, si el Señor ha suscitado hombres para dar al mundo un mensaje, para preparar un pueblo a fin de que permanezca en el gran día de Dios, ¿tendrá alguien, mediante su influencia, que detener la obra y cerrar la boca de los mensajeros?" (Id., p. 1138).

"Ha aborrecido los mensajes enviados del cielo. Manifestó contra Cristo un prejuicio del mismo carácter, y aún más ofensivo para Dios que el de la nación judía" (Id., p. 1656, año 1898).

El rechazo de 1888 nos ha llevado hasta donde ahora estamos. Si no andamos en la luz, como él está en la luz..., entre tanto que la luz está entre nosotros..., ¿qué viene entonces? Tinieblas. No somos una excepción. Se trata de un principio bíblico, y estamos tan sujetos a él como cualquier otra persona o comunidad. Si en una sola semana pudiésemos lograr que todo el mundo comenzase a guardar el sábado del séptimo día que nosotros guardamos tal como la Biblia enseña, pero todo ese mundo tuviera la indiferencia, la frialdad, el orgullo, el espíritu de acusación y la hipocresía que aflige a gran parte del pueblo remanente, ¿adelantaría eso el reino de Dios?

Imaginad que en un solo mes todo el mundo pudiese conocer las profecías de Daniel y Apocalipsis y la pronta venida de Cristo, tan bien como Uriah Smith; y a la vez albergase el mismo espíritu de incredulidad y oposición contra el Espíritu Santo que él demostró

contra el mensaje que el Señor envió mediante Jones y Waggoner. ¿Estaríamos entonces más cerca del derramamiento del Espíritu Santo?

"La obra que lleva las credenciales divinas es aquella que manifiesta el espíritu de Jesús, que revela su amor, su cuidado, su ternura al tratar con las mentes de los hombres... Entre aquellos que han desempeñado puestos de confianza en la obra de Dios ha habido manifestaciones de un espíritu duro, injusto y crítico... La sospecha, la desconfianza, los celos, las suspicacias, la mala forma de hablar y la injusticia se manifiestan aun en relación con la causa de Dios... La persecución que se está realizando entre miembros de iglesia es una cosa muy terrible... Muchos están dejando ver que no son guiados por el Espíritu de Cristo sino por otro espíritu. Los atributos que ostentan difieren tanto de los atributos de Cristo como las características satánicas... Los que quieren ejercer todas sus facultades para la salvación de las almas que perecen, deben unirse corazón a corazón y ser vinculados por los lazos de la simpatía y el amor" (TM 184-186).

"El tema más favorito de Cristo fue el carácter paternal y el abundante amor de Dios" (TM 192).

E. White nos transmite amonestaciones muy significativas. La única razón por la que la iglesia continúa es porque en algún momento en el tiempo, va a responder al fin. Son absolutamente necesarios el arrepentimiento, el reavivamiento y la reforma.

"Los que se conforman con una forma de piedad, exclaman: 'Sed cuidadosos, no vayáis a los extremos'" (The 1888 EGW Materials, p. 1251).

"Si se hiciera la voluntad de Satanás, no habría ningún otro reavivamiento, grande o pequeño, hasta el fin del tiempo" (I MS 144).

En algún momento un pueblo tiene que apreciar finalmente lo que Cristo ha hecho. Como dijo Jesús a la mujer junto al pozo de Jacob: 'si conocieras el don y si conocieras quién lo da, si supieras quién está ante ti y qué quiere darte, clamarías por las aguas de vida'.

No sabemos realmente en qué consiste orar. Debiéramos rogar, suplicar sobre nuestras rodillas, los unos por los otros. Y por Cristo. "Siempre orarán por él. Todo el día lo alabarán" (Sal. 72:15;19).

En el Día de la expiación, un pueblo comienza a interesarse en Jesús, quien se convierte en lo más importante, en lo único importante para ellos. En sus plegarias al Padre, su preocupación es qué pueden hacer para aligerar su carga. Comienzan a comprender quién es realmente, cómo es, cuánto les ama a pesar de lo que le han hecho a Él. Eso es lo que subyuga, entenece, funde sus corazones, y los lleva a esa experiencia, esa unión, esa reconciliación. Eso es lo que hemos de esperar en estos últimos días. Nos referimos a la experiencia del lugar santísimo, adentro del segundo velo.

Están ahí implicados el borramiento de los pecados, la reunión de su pueblo, la aflicción y el escrutinio.

E. White empleó esta expresión: "una fe que atraviesa el velo". A menos que comprendamos lo que significa, será una expresión vacía. Se trata de una apreciación del corazón, de lo que se ve a través del velo (Heb. 10:19-22; 24). Lo que había en el santuario israelita más allá del velo era la presencia misma de Dios. Una revelación plena de Dios, de Cristo. En términos prácticos, comenzamos a verle tal como es.

Hay ciertos hechos relativos a quién es, que necesitamos conocer:

(1) Hemos de comprender cuán bueno es. Salmo 22, el Calvario, el Getsemaní, nos muestran cuán lejos ha estado dispuesto a ir por ti y por mí.

(2) Jesús se ha hecho hombre por la eternidad. Jones y Waggoner presentaron a Cristo, no como un préstamo, sino como un don: un sacrificio eterno. Jesús no recogió sus enseres 33 años y medio después de nacer, para volverse al cielo tal como había venido. De hecho, sabemos que antes de hacerse hombre podía estar en todos los lugares al mismo tiempo. Ahora no es así, y por eso nos envió al Consolador. Su omnisciencia, su omnipresencia... Todos esos atributos de la divinidad que dejó de lado para venir a hacerse hombre, es posible que los haya dejado por la eternidad. En Mateo 24:35 leemos cómo en sus días en esta tierra, Jesús no sabía el día ni la hora de su retorno, sino el Padre sólo. ¿Lo sabe ahora? En

Apocalipsis 14:15 se lo describe como sentado sobre una nube. Un ángel le dice: "Mete tu hoz y siega; porque la hora de segar te es venida, porque la mies de la tierra está madura". ¿Podéis imaginar los deseos que tiene Jesús de que llegue esa hora en que "verá del trabajo de su alma, y será saciado"? E. White escribió en cierta ocasión que, cuando su Esposa lo rechazó:

"el chasco de Jesús es indescriptible" (RH 15 diciembre 1904).

¿Por qué se habría sentido chasqueado si hubiera conocido previamente el desenlace de su rechazo? ¿No será acaso porque estaba deseoso y dispuesto a reunirse en el altar con su Esposa? Uno que lo sabe y lo conoce todo, difícilmente podría sentirse chasqueado. Cuando se levantó en la resurrección, María Magdalena se aproximó, llevada por el frenesí, y quiso retenerlo, pero ¿qué le dijo Jesús? "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre" (Juan 20:17).

"Jesús se negó a recibir el homenaje de los suyos hasta tener la seguridad de que su sacrificio era aceptado por el Padre" (DTG 734).

Aparentemente, Jesús aún no sabía si su sacrificio había sido aceptado. No hasta que entró en los atrios celestiales y oyó la voz de su Padre. Sin embargo, ya se había levantado de la tumba con un cuerpo glorificado. Puede haber algo en el sacrificio eterno de Jesús mucho más solemne y profundo de lo que hemos comprendido hasta aquí.

Jesús se hace uno con la humanidad para siempre. "El que santifica y los que son santificados, de uno son todos: por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos" (Heb. 2:11). Y de entre todo el inmenso universo, viene a hacer su morada con nosotros por siempre. "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos" (Apoc. 21:3).

Cristo no fue un préstamo, sino un don por la eternidad.

(3) Necesitamos aprender a ver a Cristo tal como él es. Si aprendiésemos a verlo en su angustia y dolor, eso cambiaría nuestros corazones.

"Los que piensan en el resultado de apresurar o impedir la proclamación del Evangelio, lo hacen con relación a sí mismos y al mundo; pocos lo hacen con relación a Dios. Pocos piensan en el sufrimiento que el pecado causó a nuestro Creador. Todo el cielo sufrió con la agonía de Cristo; pero ese sufrimiento no empezó ni terminó cuando se manifestó en el seno de la humanidad. La cruz es, para nuestros sentidos entorpecidos, una revelación del dolor que, desde su comienzo, produjo el pecado en el corazón de Dios. Le causan pena toda desviación de la justicia, todo acto de crueldad, todo fracaso de la humanidad en cuanto a alcanzar su ideal... Dios fue 'angustiado a causa de la aflicción de Israel'. 'En toda angustia de ellos él fue angustiado'(Jue. 10:16; Isa. 63:9)" (La Educación, p. 263).

Lo que sucede al final del tiempo es que su Esposa, atravesando el velo, comienza a apreciar realmente a su Esposo, comienza a afligirse en las aflicciones de Él. En eso consiste el ser hechos una sola carne. Su esposa comprende el dolor, el sufrimiento, la aflicción que el pecado causan día tras día al corazón de Dios. Esta noche estaremos durmiendo plácidamente en nuestras camas, mientras miles de hermanos nuestros están muriendo sin esperanza, deshaciéndose por el hambre y la enfermedad, por las guerras... Pero Dios no puede dormir. En la visión del trono de Apocalipsis 4, aparece representado por seres que están "llenos de ojos". No hay nada que suceda en este planeta que le pase desapercibido.

Cada uno de nuestros actos de desprecio, de falta de consideración a los demás, nuestros actos de egoísmo, de ponernos los primeros, de criticar a alguien, cada acto de crueldad en el mundo... ninguno de ellos escapa a su mirada, y hace que su costado siga sangrando.

En el día de la expiación un pueblo recibe el don del arrepentimiento, porque comprende cómo lo ama Dios, comprende cuánto le ha sido perdonado.

En 1853, y posteriormente en 1893, E. White dijo que si lo hubiésemos permitido, Cristo habría regresado ya. Pero nuestra historia ha sido realmente la de los judíos. "¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti! ¡cuantas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mat. 23:37).

Pero en los últimos días habrá un pueblo que querrá. Esas son las buenas nuevas. Dios tendrá por fin un pueblo que va a comprender las dimensiones del amor de Dios demostrado en el sacrificio de su Hijo. Un pueblo que estará dispuesto a amar como Cristo lo ama.

Lo que produce ese carácter semejante al de Cristo es un proceso. Un proceso que llamamos el arrepentimiento. "Sé pues celoso, y arrepíentete".

¿Cómo opera el arrepentimiento? Cuando Israel caía en el pecado nacional, el Señor permitía que fuera afligido y oprimido por sus enemigos. Entonces les enviaba un juez, y los libraba del pecado, y a continuación eran liberados de sus enemigos. ¿Cómo? "No juzgarás tú a la ciudad derramadora de sangre, y le mostrarás todas sus abominaciones?" Eze. 22:2. Leer también vers. 7, 8, 9, 26, 27.

Si la salvación es salvación del pecado (Mat. 1:21) y el juicio es la liberación de ese pecado, en la hora del juicio él tiene que mostrarnos nuestro pecado. La obra de la salvación va paralela a la obra de mostrarnos nuestro pecado. Dios nos muestra su bondad, las buenas nuevas, y cuando lo contemplamos a él, como en un espejo, vemos y aborrecemos nuestro pecado. Los justos, los que tienen fe en él, no temen esa obra, porque saben cómo los ama el Señor.

En Santiago 1 leemos sobre el hombre natural, que se mira al espejo --la ley--, y luego se olvida cómo era. Cuando nos miramos en la ley --según es en Cristo--, sólo podemos hacer dos cosas: (1)

humillarnos, arrepentirnos; o (2) autoengañarnos y "olvidar". No está de moda humillarse y arrepentirse.

El espejo sí que está de moda. En la agenda de guardia de un joven médico, entre una larga lista de directrices prácticas terapéuticas, figuraba lo siguiente:

"Autoestima:

Soy consciente de que soy una persona .... (fabulosa) tengo grandes valores puedo conseguir lo que me propongo. Cuando llegue a la meta intentaré ser humilde, pero ahora la inseguridad no me beneficia en nada.

-- Repetirlo cada 8 horas, 3 veces, frente a un espejo".

Laodicea se suele mirar al espejo cada 7 días. Nos congratulamos por nuestro progreso como pueblo, por nuestros bautismos, por nuestras instituciones. Pero Alguien que no puede equivocarse, dice: "Yo conozco tus obras... eres pobre, miserable, ciego y desnudo". No conocemos nuestro verdadero estado, pero el Testigo Fiel y Verdadero quiere salvarnos de nuestro engaño.

"Jones y Waggoner han estado obrando bajo la mano de Dios, para llevar a la iglesia a comprender su verdadero estado y venir a la cena preparada para ella" (The 1888 EGW Materials, p. 1137).

"¿Qué es la justificación por la fe? Es la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que éste no puede hacer por sí mismo" (TM 456).

"Debe levantarse la iglesia para la acción. El Espíritu de Dios nunca podrá venir hasta que ella le prepare el camino. Debe haber un ferviente escudriñamiento de corazón. Debe haber oración unida y perseverante y, mediante la fe, una demanda de las promesas de Dios. No debemos vestirnos con cilicios como en la antigüedad, sino debe haber una profunda humillación del alma. No tenemos el menor motivo para felicitarnos a nosotros mismos ni exaltarnos" (TM 147).

Pero no hemos de olvidar que Dios nos muestra nuestro pecado, nos juzga, mostrándonos las buenas nuevas. "¿Menosprecias las riquezas de su benignidad, y paciencia, y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía a arrepentimiento?" (Rom. 2:4).

Cuando vemos su pureza, su amor y generosidad, nos damos cuenta de nuestra pecaminosidad, de nuestro egoísmo.

Eze. 22:2.

"Y tú, hijo del hombre, ¿no juzgarás tú, no juzgarás tú a la ciudad derramadora de sangre, y le mostrarás todas sus abominaciones?"

El propósito de Dios al mostrarnos nuestro pecado es limpiarnos de él. No condenar, sino purificar. "Yo reprendo y castigo a todos los que amo".

¿Quieres juzgar la ciudad sanguinaria --Jerusalem? Muéstrale sus abominaciones...

Hay algo muy interesante. Leed en Ezequiel 20:4. Se trata de algo muy parecido, pero con una variación significativa: "¿Quieres tú juzgarlos? ¿Los quieres juzgar tú, Hijo del hombre? Notifícales las abominaciones de sus padres".

Leed Jer. 26: 5, 8, 9, 11. Mat. 23:27 y siguientes. También el discurso de Esteban, en Hechos 7:51, 57. Israel no recibió ese último testimonio y selló su suerte como pueblo de Dios. Allí acabaron las setenta semanas "determinadas para tu pueblo". Cuando el pueblo de Israel se cerró a sí mismo su tiempo de gracia, Esteban le estaba 'notificando las abominaciones de sus padres'. No para condenarlo, sino para salvarlo. Pero no fue bienvenido, sino aborrecido y apedreado.

Hace falta que comprendamos toda la maldad de la que somos capaces, de la que sólo la gracia de Dios nos puede salvar.

"Dios traerá toda obra a juicio, incluyendo toda cosa oculta, buena o mala" (Ecl. 12:14).

¿Qué son esas cosas ocultas o encubiertas que Dios también traerá a juicio?

"La ley de Dios llega hasta los sentimientos y los motivos, tanto como a los actos externos. Revela los secretos del corazón proyectando luz sobre cosas que antes estaban sepultadas en tinieblas. Dios conoce cada pensamiento, cada propósito, cada plan, cada motivo. Los libros del cielo registran los pecados que se hubieran cometido si hubiese habido oportunidad. Dios traerá a juicio toda obra, con toda cosa encubierta" (EGW, V CBA 1061).

Mat. 23:29 y 30.

"¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si fuéramos en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas".

Los judíos del tiempo de Jesús no habían "matado" a nadie. Eran potenciales asesinos, pero eso les era "encubierto". Declaraban que ellos nunca habrían matado a los profetas que fueron en lo antiguo. Al negarlo, estaban en peligro de repetirlo. Jesús les quiso salvar de eso, pero no aceptaron. La única forma en la que podían haberse salvado de eso es aceptando que sí, que efectivamente, 'si fuéramos en los días de nuestros padres, habiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas'. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda

maldad". Pero "si dijéremos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros" (1 Juan 1:9 y 10).

Muchas generaciones, en el pueblo de Dios, se han distinguido por pretender reverenciar a los mensajeros divinos del pasado, a la vez que tratan a los contemporáneos con la misma crueldad con que fueron tratados los mensajeros en lo antiguo. "Y no conoces". Los judíos no admitían su culpa ni su necesidad de arrepentimiento. No se sentían implicados en la muerte de Abel, ni en la de Zacarías. Pero allí estaba el Testigo Fiel y Verdadero, diciéndoles: "Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, al cual matásteis entre el templo y el altar" (Mat. 23:35).

Sólo cabían dos posturas: (1) reconocerlo en humildad y confesarlo, arrepintiéndose de ese espíritu, con lo que habrían sido salvos de ese pecado que les era encubierto, o bien (2) negarlo. Eso es lo que hicieron, y acabaron, no sólo haciendo como sus padres, sino aún mucho peor.

Digo esto porque muchos de nosotros quizá hayamos pensado que si hubiésemos estado en el Calvario nunca habríamos crucificado a Jesús, ni habríamos consentido en su muerte; que nos habríamos puesto valientemente del lado de la justicia y de la verdad, en contra de todos los demás y de nuestra propia conveniencia. También es posible que pensemos que en Minneapolis hubiéramos estado del lado de los mensajeros delegados de Cristo, que nunca habríamos

sido capaces de insultar al Espíritu Santo y rechazar el Espíritu de Profecía, bajo la presión de los dirigentes oficiales.

Si ese es nuestro caso, estamos en un terrible peligro de repetirlo y ampliarlo. Quizá la única forma en la que el Señor pueda hacer que nos arrepintamos es permitiendo que en nuestra ceguera caigamos de forma vergonzosa y pública en esos terribles pecados, rechazando a Cristo y al Espíritu Santo tan abiertamente como hicieron los judíos en tiempo de Cristo, o nuestros precursores en Minneapolis, mientras creemos estar sirviendo al Señor. Si no reconocemos ese espíritu en nosotros, y no nos arrepentimos del mismo, si nos aferramos a nuestra propia justicia, rechazaremos el Espíritu Santo de igual manera, al ser derramado de nuevo.

Cuando vemos a alguien que cae en pecados que consideramos flagrantes, estamos tentados a orar a Dios: 'Gracias, Señor, porque yo no soy tan malo como ese publicano'. Entonces el Espíritu Santo nos tiene que decir: '¿Así que te crees mejor que él?' Y permite que seamos llevados a una situación difícil, en la que nos hace ver cómo somos en realidad, nos hace ver algo de lo que hay aún dentro de nosotros, algo que nos era encubierto. ¿Os ha pasado alguna vez? ¿Os está pasando?

Entonces podemos estar tentados a desanimarnos, a desesperar. Pero se trata de la obra del Consolador, y nos lo muestra sólo para que podamos ser limpios de ello, no para que nos desanimemos. Es el sentido práctico de la purificación del santuario. Se trata del

Representante de Jesús, preparándonos para ese momento en el que habremos de vivir ante la vista de un Dios santo sin mediador.

Dios quiere que comprendamos lo terrible que es el pecado. Quiere que veamos en qué se van a convertir esos pequeños deseos a los que nos aferramos, excepto que sean desterrados por la gracia de Dios.

La única forma en la que podemos ser limpios de nuestro pecado es si lo vemos tal como Cristo lo ve.

El problema de Laodicea es como el de Simón el fariseo. María Magdalena amó mucho porque era consciente de su pecado, de que se le había perdonado mucho. Pero Simón no era consciente. No se creía tan malo. La razón por la que no hemos conmocionado el mundo, por la que la tierra no está iluminada con su gloria, es porque no se nos ha perdonado mucho. ¡No nos creemos tan malos!

Si queremos conocer la devoción de María Magdalena por Jesús, hay dos maneras en las que podemos lograrlo:

1. Cayendo en el vicio abyecto y la posesión demoníaca en la que ella cayó, como única manera de darnos cuenta de cuál es nuestra justicia propia. Pero podría ser que nunca nos recuperásemos. Dios nos propone otra solución mejor:

2. Reconocer y confesar humildemente que eso es exactamente lo que seríamos, si nuestras oportunidades y condiciones no hubiesen

sido diferentes a las de ella, y si la gracia de Dios no nos hubiese salvado de eso. Digámosle: 'Sí. Tienes razón, tú eres el Testigo Fiel y Verdadero. Tú no te equivocas. Eso es lo que soy. Y me lo muestras porque me amas'. "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres", "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:32, 36). Nunca tengáis miedo a la Verdad. Es el único Camino a la Vida.

Así oró el salmista: "Los errores ¿quién los entenderá? Líbrame de los que me son ocultos. Detén asimismo a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí: Entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión" (Sal. 19:12 y 13; Lev. 16:16, 21).

Buenas nuevas: "Hasta 2.300 días de tarde y mañana, y el santuario será purificado" (Dan. 8:14).

Entre muchos otros textos, en estos Dios nos muestra nuestra iniquidad, en relación con la de nuestros "padres":

Sal. 106:6; Lev. 26:39, 40; Neh. 9:2; Jer. 14:20; 2 Reyes 22:13; Dan. 9:3-20...

No es que nos haga responsables de la maldad de ellos, ni que tengamos que arrepentirnos en lugar de ellos, sino que desea que reconozcamos que "en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien"; que no soy mejor que ninguno de aquellos a los que me siento tentado a juzgar o despreciar; que toda mi justicia ha de ser la que Jesús me da como un don, y que la única manera de ser limpio del

pecado es reconocer el fariseo, el Simón, la María Magdalena pecadora que hay en mí; aborrecer y desechar mi propia justicia, y aceptar en su lugar la justicia de Cristo. "Yo te aconsejo que de mí compres..."

Cuando el Espíritu Santo haya terminado esa obra de purificación en los creyentes, y haya sido rechazado por los demás y se retire del mundo su influencia refrenadora del mal, habrá sólo dos clases: unos pocos fieles oprimidos hasta lo sumo, y todos los demás, a quienes la venida de Cristo sorprenderá intentando de nuevo crucificar a Cristo en sus santos perseguidos. Igualmente, después del milenio, cuando todos los habitantes de la tierra que no han sido salvos despiertan en la segunda resurrección y ven el trono y la ciudad que desciende del cielo, ¿cuál es su propósito unánime? Tomarla, y no mediante negociaciones. Ese es el corazón natural del hombre. Eso demuestra lo que hay en cada uno de nosotros, sin Cristo. Por nosotros mismos somos incapaces de ver el homicidio escondido en cada una de nuestras pequeñas semillas de pecado. Quizá las circunstancias me han impedido desarrollar la manifestación externa, pero está allí. "Cualquiera que aborrece a su hermano, es homicida" (1 Juan 3:15).

La cruda verdad es que cada uno de nosotros, por naturaleza, es un asesino. ¡Nada de qué gloriarse! Nadie es de forma inherente mejor que ningún otro. Sólo la justicia de Cristo imputada, nos hace justos. Todos los que hemos de llegar al reino, habremos comprendido que toda nuestra justicia habrá sido la suya. "En sus días será salvo Judá,

e Israel habitará confiado: y este será su nombre que se llamarán: Jehová, justicia nuestra" (Jer. 23:6).

"Habrá un solo interés prevaleciente, un solo propósito que absorberá a todos los demás: Cristo, justicia nuestra" (Hijos e hijas de Dios, p. 261).

La última generación sabrá que se le ha perdonado mucho, y amará mucho.

Terminaremos leyendo un fragmento de una predicación del pastor Jones, en la Asamblea de la Asociación General de 1893 (General Conference Daily Bulletin, n° 18, p. 129):

"'Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra' (Apoc. 3:10). Y después de ello, la entrada en la ciudad celestial. Gracias al Señor por ello. Hay pruebas por las que hemos de pasar; pero hermanos, cuando tenemos esa justicia de Jesucristo, tenemos aquello que superará todas las pruebas.

En ese día habrá dos grupos. Ante la puerta cerrada, algunos querrán entrar, y dirán: --'Señor, ábrenos; queremos entrar'.

Alguien les preguntará: '¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis para entrar en la heredad?'

--"Te conocemos bien. Hemos comido y bebido en tu presencia; tú has enseñado en nuestras calles. Sí. Además, hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado demonios, y hemos hecho muchas maravillas. Señor, ¿no es esa evidencia suficiente? Ábrenos la puerta'.

¿Cuál es la respuesta? "Apartaos de mí, obradores de maldad". ¿Cuáles fueron sus razones? Nosotros hemos hecho muchas y grandes cosas. Nosotros somos buenos. Nosotros somos justos. Ábrenos la puerta.

Pero allí de nada vale el 'nosotros'.

Habrà otra compañía en ese día, una gran multitud que nadie puede contar, de entre toda nación, tribu, pueblo y lengua, dispuesta a entrar por las puertas. Y si alguien les preguntara: '¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis para entrar en la heredad?', su respuesta es:

--Oh, no he hecho nada en absoluto para merecerlo. Soy un pecador, dependiendo sólo de la gracia del Señor. Era tan desgraciado, tan rematadamente cautivo, estaba en tal esclavitud, que nadie hubiese podido librarme, excepto el Señor mismo; tan miserable que todo cuanto podía hacer era tener al Señor siempre a mi lado para consolarme; tan pobre fui que tuve que pedir constantemente al Señor; tan ciego que sólo el Señor pudo hacerme ver; tan desnudo que nadie pudo vestirme, sino el Señor mismo: Todo cuanto puedo aducir es lo que Jesús ha hecho por mí. Pero el Señor me ha amado.

Cuando en mi desesperación clamé, Él me libró; cuando en mi miseria busqué amparo, Él me consoló sin cesar; cuando en mi pobreza le pedí, Él me dio riquezas; cuando en mi ceguera le pedí que me mostrara el camino, Él me llevó a todo lo largo de la senda, y me hizo ver; cuando estuve tan desnudo que nadie podía vestirme, me dio este manto que llevo puesto; y así, todo cuanto puedo presentar, todo lo que tengo por presentar, lo único que me permite la entrada, es nada más que lo que Él hizo por mí. Si eso no es suficiente, entonces me quedaré sin entrar, y eso me parecerá justo. Si soy dejado fuera, no tengo ninguna queja que hacer, pero ¡Oh!, ¿acaso eso no me dará entrada en la heredad?'

Pero una voz dice: 'Hay personas muy particulares aquí, y querrían estar satisfechas con cada uno de los que entren aquí. Tenemos un decálogo de examinadores. Cuando consideran a un hombre y dan el visto bueno, entonces puede pasar. ¿Estáis dispuestos a que examinen vuestro caso?' Entonces responderemos: --Sí, sí. Estoy dispuesto a pasar el examen que sea necesario, puesto que incluso si soy dejado fuera, no tendré queja alguna: dejado a mí mismo, estoy perdido de todas maneras'.

'Está bien, llamaremos a los Diez'. Al llegar, dicen: --Sí, estamos perfectamente satisfechos con él. La liberación que obtuvo de su esclavitud es la que trajo nuestro Señor; el consuelo que siempre tuvo, y que tanto necesitó, es el que dio nuestro Señor; las riquezas que posee, todo cuanto posee, pobre como estaba, es lo que nuestro Señor le dio; y la vista que recibió en su ceguera, es la que el Señor le dio, y sólo ve lo que es del Señor; y desnudo como estaba, esta

vestidura que lleva es la que el Señor le dio: el Señor la tejió, es toda ella divina. Es sólo Cristo. Sí, ¡que entre!

[En ese momento, de forma espontánea, dos o tres en la sala se pusieron en pie, y comenzaron a entonar un himno, al que toda la congregación se añadió en seguida. La letra dice así: 'Jesús pagó el precio / Todo lo debo a Él / El pecado había dejado una mancha carmesí / Él la hizo blanca como la nieve].

Entonces, hermanos, sobre las puertas se oirá una voz como el canto más dulce que quepa imaginar, la voz llena de simpatía y compasión de mi Salvador: '¡Venid, benditos de mi Padre!' [Congregación: Amén] '¿Por qué estáis fuera?' Y las puertas se abrirán de par en par, y "de esta manera os será concedida amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 1:11). Amén.